EDUCACION Y ARTE



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 81

PEDRO FIGARI

EDUCACION Y ARTE

Cuidado del texto a cargo de las señoritas
ELISA SILVA CAZET y MARÍA ANGÉLICA LISSARDY

PEDRO FIGARI

EDUCACION Y ARTE

Prólogo de
ARTURO ARDAO

MONTEVIDEO
1965

elevados de INIAL. 1977.



PROLOGO

En el campo de la enseñanza, Figari fue un doctrinario y un realizador. Dejó un pensamiento educacional y una obra educacional: ésta, aplicación práctica de aquél. Expresó el primero en una serie de textos, entre 1900 y 1925; llevó a cabo la segunda, a través de una memorable reforma, de 1915 a 1917. Es uno de los aspectos más olvidados o menos conocidos de su siempre desconcertante personalidad; lo erige, sin embargo, en uno de nuestros grandes de la educación, al par que constituye una verdadera clave para la comprensión de esa misma personalidad.

Este volumen recopila sus dispersas producciones de significación educacional. Su sola enunciación[1] nos informa de su carácter. No se trata de obras realizadas en ambiente académico por un profesional de la pedagogía, sino de trabajos circunstanciales de un hombre de acción, guiados por una idea dominante: radicar en el país —y en América— una determinada forma de enseñanza, a la vez artística e industrial. Sólo que, por un lado, tal idea no fue un interés entre otros, para ese hombre de acción, sino la dirección privilegiada de donde iba a salir su gran creación filosófica, plástica y poética; y que, por otro

[1] Complemento de la bibliografía educacional de Figari, son el parágrafo "La enseñanza" contenido en el cap IV de la parte primera de su obra filosófica *Arte, estetica, ideal*, y el capítulo "La escuela" de *Historia Kiria.*

lado, en torno a una preocupación tan concreta como fue en cierto momento la de reorganizar la antigua Escuela de Artes y Oficios, se iba a ordenar un verdadero pensamiento educacional, que llega a ser toda una pedagogía de valores nacionales y americanos.

Arte e industria, criterio y vocación, autonomía y americanismo: he ahí las que nos parecen ser algunas de las ideas directrices que mejor iluminan la naturaleza de ese pensamiento. Aunque el propio autor no haya establecido así tales parejas de conceptos, su formulación puede ofrecer una guía para la comprensión del conjunto: la primera pareja recae sobre el objeto de la actividad postulada, la segunda sobre su sujeto, la tercera sobre la relación entre uno y otro.

* * *

Arte e industria son para Figari, en el terreno educacional, conceptos inseparables. Cuando proyectaba una Escuela de Bellas Artes, quería una enseñanza artística que fuera industrial; cuando años después organiza la Escuela Industrial, quiere una enseñanza industrial que sea artística.

No es que se tratara de dos enseñanzas, cada una de las cuales debiera buscar por su lado la aproximación o el contacto con la otra. Se trataba de una sola y misma enseñanza. Que ella debiera ser al mismo tiempo artística e industrial, no obedecía tanto a la conciliación o combinación de dos finalidades, como al reconocimiento de la identidad esencial entre el arte y la industria, tomados ambos conceptos en acepciones más amplias y más profundas que las corrientes. Por eso, la concebía práctica y utilitaria en el mismo grado que humanista y creadora.

Por eso también quiso que la enseñanza industrial fuera la base de la totalidad de la instrucción pública. "Enseñanza industrial" llegó a ser para él sinónimo de "educación integral".

Figari fue elaborando paulatinamente sus doctrinas educacionales. Pero esa idea madre está ya en su primera iniciativa. Su lejano y frustrado proyecto parlamentario de creación de una "Escuela Nacional de Bellas Artes", se recuerda con razón como un antecedente de sus inquietudes estéticas. Pero estaba allí, también, la concepción que más tarde iba a desarrollar de la enseñanza industrial. Habiéndolo presentado en 1900, le tocó a el mismo redactar en 1903, en la siguiente legislatura, el informe de la comisión respectiva, oportunidad que aprovechó para revisarlo y perfeccionarlo.[2]

Comenzaba calificándolo "de verdadera trascendencia para el completo desarrollo de la industria y la cultura nacional". Y añadía:

"Cree vuestra Comisión que es oportuno agregar un nuevo centro de instrucción a los ya existentes, encargado de propagar la enseñanza artística, y muy especialmente cuando se dedique a difundir sus formas de aplicación a la industria. Este complemento a la obra de la instrucción pública, refluirá

[2] Presentó el proyecto inicial en la sesión celebrada el 16 de junio de 1900 por la Cámara de Representantes. Se nombró entonces una comisión especial que lo encarpetó El 23 de junio de 1903, en la siguiente legislatura, Figari, que seguía siendo diputado, recuerda su proyecto y pide que se nombre nuevamente una comisión para estudiarlo. Así se hizo. Como miembro de la comisión redactó el informe que incluyó después en apéndice en *Plan general de organización de la enseñanza industrial* Está fechado el 10 de julio de 1903; la Comisión lo aprobó, pero no llegó a discutirse en Cámara (La actual "Escuela Nacional de Bellas Artes", incorporada a la Universidad de la República en 1957, vino a ser creada recien por un decreto-ley de 10 de febrero de 1943, que oficializó los cursos del Círculo de Bellas Artes, fundado el 18 de mayo de 1905)

en bien de las clases menesterosas, abriéndoles campo para desarrollar su acción en la multiplicidad infinita de las manifestaciones de esta rama de conocimientos, y preparará a la vez el medio para el cultivo del arte superior. A medida que se eduque el sentimiento público por la divulgación de las nociones estéticas, se acentuará el desarrollo industrial y el espíritu de sociabilidad, ampliando los factores intelectuales y los temas de estudio tranquilo, instructivo y ameno... *El florecimiento industrial sería una consecuencia feliz y obligada de tales enseñanzas, y otra consecuencia no menos halagüeña sería formar la educación nacional artística, como coronamiento de nuestra cultura*".[3]

En ese mismo informe manifiesta también ya Figari su preocupación por el destino de la vieja Escuela de Artes y Oficios. Dice de ella que "podría haber producido algunos de los beneficios que se esperan de la escuela proyectada, si se hubiera dedicado a la enseñanza del arte aplicado, puesto que se habría formado millares de artesanos hábiles capaces de secundar el movimiento industrial, cuando no de promoverlo". O sea, si en lugar de funcionar como internato de corrección de menores indisciplinados, estuviera organizada como libre externato de artes aplicadas para jóvenes de uno y otro sexo.

Es lo que propone formalmente en 1910, en el proyecto contenido en *Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios*. Fracasada la idea de crear como nueva la institución con que soñaba, opta por hacerla surgir por transformación de la vieja, con la ventaja adicional de la desaparición de ésta,

---

[3] El subrayado es nuestro

para integrar cuyo Consejo había sido designado en el mismo año 1910, en las postrimerías del gobierno de Williman. Se llamaría ahora "Escuela Pública de Arte Industrial". Pero era en sustancia la misma "Escuela Nacional de Bellas Artes" que propusiera años atrás. Que ambas denominaciones fueran en su espíritu equivalentes, es una nueva prueba de la amplitud con que asimilaba las nociones de arte e industria.

Otro proyecto de reorganización de la vieja Escuela acababa de formularse, asignándole la finalidad de "formar obreros hábiles en el ejercicio de su profesión, así como contramaestres y jefes de taller, para la industria" Figari se alza contra ese criterio: "El fin racional de la institución no puede ser el de formar simples operarios, más o menos hábiles, oficiales mecánicos, artesanos en la estrecha acepción que se da a esta palabra y ni aun contramaestres y jefes de taller, con algunos conocimientos generales... Más racional y más digno del Estado sería formar artesanos en la verdadera acepción que debe tener esta palabra, dada su etimología, es decir, obreros-artistas, en todas las gradaciones posibles, si acaso hay un punto de separación entre el artista escultor estatuario, por ejemplo, y un artista decorador, vale decir, obreros competentes, con criterio propio, capaces de razonar, capaces de intervenir eficazmente en la producción industrial, de mejorarla con formas nuevas y más convenientes o adecuadas, así como de promover nuevas empresas industriales, de mayor o menor entidad".

Insistiendo en la necesidad de "encarar la enseñanza industrial del punto de vista de las artes deco-

rativas, más bien que del punto de vista fabril manufacturero", invoca el ejemplo de los más adelantados países europeos, en especial Inglaterra, el país de Ruskin, donde "los más grandes artistas no desdeñan contribuir a las manifestaciones del arte aplicado".

Así como al proyectar la Escuela de Bellas Artes no dejaba de subrayar las necesidades positivas del desarrollo industrial, al proyectar la Escuela de Arte Industrial no deja de destacar las exigencias estéticas del sentimiento de lo bello. "Nada hay tan elevado como el culto del arte, el culto impersonal de la belleza, el cual denota una positiva superioridad sobre la vida de simple consecución de las apremiantes necesidades materiales". Y, profeta de sí mismo, agregaba· "Esto debe proclamarse como una solución impuesta por el mismo buen sentido, cuando se piense que con sólo el color y la línea, con estos dos elementos que casi abundan como el aire y la luz, pueden crearse formas estéticas infinitas". La promoción de la industria le resultaba inseparable de la promoción del arte.

Es en medio de estas preocupaciones educacionales que siente entonces la profunda necesidad de reelaborar teóricamente las ideas tradicionales sobre el arte y la belleza. Pocos meses después, en enero de 1911, inicia un enclaustramiento intelectual que iba a durar casi dos años, al cabo del cual entrega a la imprenta el libro *Arte, estética, ideal.* Más que una doctrina estética contenía una filosofía general. Pero en su génesis se hallan sin duda alguna sus iniciativas sobre la enseñanza artística expuestas a lo largo de la década anterior. A ellas vuelve en los años siguientes con un concepto más seguro por más

lúcido, pero no diferente en sus inspiraciones esenciales, sobre la misión y la naturaleza del arte.

Después de un viaje a Europa en 1913, dicta en 1914 una conferencia de síntesis de algunas ideas de su libro, editada en folleto con el título de *Arte, técnica, crítica.* A principios del año siguiente, colocándose de nuevo en el terreno estrictamente educacional, eleva al Poder Ejecutivo un memorándum titulado *Cultura práctica industrial.* El Presidente Viera, que comenzaba su período de gobierno, lo nombra entonces Director de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, para llevar a cabo su transformación conforme a los puntos de vista que desde hacía años venía sustentando.[4]

Durante veintiún meses, de mediados de julio de 1915 a mediados de abril de 1917, cumplió Figari su cometido en términos tales, que bien puede

[4] Sobre las circunstancias de su designación el propio Figari proporciona estos datos: "El año 1911, cuando ocupó el eminente conciudadano don José Batlle y Ordóñez la Presidencia de la República, por segunda vez, me hizo el honor de encargarme de un plan de organización de la cultura artística en el país Presenté mis ideas generales sobre este asunto, y por razón de algunas desinteligencias ocurridas acerca de la mejor orientación a adoptarse, se aplazó este punto, hasta que nuevas exigencias de gobierno fueron demorando toda solución indefinidamente, a pesar de reiteradas gestiones que hice para definirla Fue entonces que propuse al actual Presidente de la Republica, doctor Feliciano Viera, el memorándum que se hizo público. Excuso decir que nunca fue mi idea aceptar cargos directivos, sino, simplemente, hacer de modo que se adoptaran los mejores rumbos, que, a mi ver, podían conducir a este pueblo a mejores destinos". Seguía en nota al pie: "Tanto el gobierno del señor Cuestas cuanto el del señor Batlle y Ordóñez (durante su segunda administración), me ofrecieron la dirección de la Escuela N. de Artes y Oficios, ofrecimientos que decliné, y al manifestarle al señor Presidente de la República doctor Feliciano Viera, hallarme en el mismo estado de ánimo, me expresó que era yo quien debía llevar mi plan a la práctica, y que, para hacerlo fructuoso, debía consagrarme a esta obra por ocho o diez años por lo menos Ante las manifestaciones que expuso el señor Presidente doctor Viera para inducirme a aceptar, acepté, no sin saber que esto implicaba para mí la responsabilidad y la lucha, y también el sacrificio" (Apéndice Nº 2 al *Plan* de 1917).

decirse que es a partir de su reforma que la moderna enseñanza artístico-industrial cobra existencia en el país. Como consecuencia de ella, la Escuela de Artes y Oficios, creada por Latorre en 1879, pasó a ser por una ley de julio de 1916, la Escuela Industrial, convertida por un decreto-ley de setiembre de 1942, en la actual Universidad del Trabajo. El propio Figari resumió la obra realizada, en un sustancial informe titulado *Lo que era y lo que es la Escuela de Artes,* que figura como apéndice al *Plan de organización de la enseñanza industrial,* de principios de 1917. No se ha hecho todavía el merecido estudio de esa histórica obra reformista, que hubo de quedar trunca al renunciar Figari a su cargo por desinteligencias con el gobierno, pero que resultó en definitiva irreversible.[5] El día en que ese estudio se haga, dicho informe servirá de guía capital.

El citado *Plan* que le siguió, redactado por Figari un mes antes de renunciar, para que orientara las futuras etapas de la reforma, está dominado también por su conocida identificación de los conceptos de arte e industria. Puede ahora remitirse, y así lo hace, a los fundamentos expuestos en su obra filosófica. Pero sólo para respaldar mejor lo que en esta materia había sostenido en sus escritos de la primera década del siglo. Así, dice. "Al hablar de trabajo manual, no entiendo referirme a un trabajo mecánico de las manos, sino a un trabajo guiado por el ingenio, en forma discreta y variada, constantemente variada, que

[5] Figari se hizo cargo de la Dirección el 15 de julio de 1915 y renunció el 14 de abril de 1917, el mismo día que tomó posesión el Consejo de Enseñanza Industrial designado por el P. Ejecutivo el 29 de marzo. (Véase *El Día* del 16 de julio de 1915, p. 5, y del 15 de abril de 1917, p. 3)

pueda determinar poco a poco, un criterio productor artístico, vale decir, estético y práctico, cada vez más consciente, y, por lo propio, más hábil y más apto para evolucionar".

Esa misma filosofía humanista de la enseñanza industrial inspira finalmente a *Educación integral,* el trabajo que realizó poco después en colaboración con su hijo Juan Carlos. Figari retoma aquí una vieja idea suya: la de que la propia instrucción pública general incluyera la enseñanza artístico-industrial, tal como la concebía.

En el proyecto de 1910 había dicho: "Es conveniente en sumo grado que las escuelas públicas despierten en el niño el concepto del arte y de la belleza, como se ha hecho en otras partes. Esto concurrirá a formar el carácter del pueblo dentro de un plano más alto y más culto". En el memorándum de 1915, decía que la Escuela llamada a suplantar a la caduca de Artes y Oficios, "prepararía además al personal de la Instrucción Pública Primaria, para que éste, a su vez, pueda formar el carácter industrioso del alumno, al propio tiempo que lo instruye teóricamente... los maestros y maestras deben adquirir conocimientos prácticos de producción, según sus aptitudes, a fin de que, al rotar, puedan difundir en todo el país formas múltiples de producción razonada". Ahora, en 1918, concluye que "la enseñanza industrial debe ser la base de la instrucción pública", no sin aclarar en nota que cierra el trabajo: "Según el concepto corriente, se da al vocablo *industrial* una acepción técnica, puramente, mientras que, según nuestro modo de ver, significa productividad, aptitudes para esgrimir el ingenio práctico,

iniciador, creador, ejecutivo, fecundo y ordenador, lo que presupone una *instrucción educativa integral*".[6]

* * *

Criterio y vocación: he ahí, entre otras, dos ideas centrales de la pedagogía de Figari, a propósito del sujeto de recepción de la enseñanza, llamado a ser al mismo tiempo el sujeto de la creación artístico-industrial.

Se trataba para él de transformar al país por la transformación de su elemento humano. A la *industrialización* de aquél por la *industriosidad* de éste. Tal industriosidad del agente individual, no debía ser, empero, un simple medio para la industrialización del cuerpo colectivo. Constituía un fin en sí misma. Mucho le importaba el fomento de las riquezas materiales, pero subrayando que la verdadera riqueza está en la cultura y elevación espiritual de los habitantes. Llegar a ella en armonía con la satisfacción de las necesidades prácticas y utilitarias de la civilización, constituye el verdadero desiderátum. De ahí que el gran objetivo pedagógico sea formar el criterio y el ingenio antes que la mera habilidad profesional, la capacidad de iniciativa y de creación, antes que la de repetición e imitación. La libre revelación y realización vocacional del que aprende, habría de ser, más que el camino para alcanzar ese objetivo, su obligada consecuencia.

A la vieja Escuela de Artes y Oficios le reprochaba Figari el régimen de internato, que reducía

[6] Conforme a esto, se explica que en las bibliografías publicadas en sus libros *El Arquitecto* (1928) e *Historia Kiria* (1930), Figari sustituyera el título "Enseñanza industrial" de aquel trabajo en colaboración con su hijo Juan Carlos, por el más comprensivo de *Educación integral*

el alumnado a una cifra exigua, y el reclutamiento de éste entre los menores necesitados de corrección, lo que excluía a los más aptos, más disciplinados y más deseosos de aprender. Pero le reprochaba, en primer término, la falsa orientación de la enseñanza, dirigida a formar profesionales antes que artesanos conscientes, el oficio antes que el criterio. Por eso en su proyecto reformista de 1910, proclamaba: "En pocas palabras, el fin de la Escuela debe ser el de *formar el criterio* de los que se amparan a sus enseñanzas, dando luz a su espíritu, más bien que una manualidad, por hábil que sea".

Lejos esas palabras de una intención teoricista. Si por un lado se enfrentaba así al concepto rutinario del oficio manual, propio de la tradición de aquella Escuela, por otro se alzaba contra el intelectualismo, también tradicional, de la instrucción pública. El criterio de que hablaba habría de ser un criterio forjado al contacto con la acción y con la práctica, por el favorecimiento de la espontaneidad ejecutiva del alumno. Junto a aquella norma incluía esta otra en su proyecto de 1910: "Dar instrucción práctica más bien que teórica, adoptando, en cuanto fuere posible, procedimientos experimentales, de modo que el alumno consiga por sí mismo la verdad o el resultado que busca". Lo que en definitiva quiere es "despertar y desarrollar en el alumno el espíritu de observación y el sentido estético, preparándolo para razonar, adecuar, adaptar, ordenar, proporcionar, equilibrar, armonizar, etc.". En una palabra, "despertar y desarrollar las facultades de inventiva del alumno".

Esas mismas normas y otras complementarias, las reitera, reajustadas en su redacción, en la parte segunda de su *Plan* de 1917. Les da, en fin, vuelo

doctrinario y filosófico en el ensayo *Educación integral* que firma con su hijo Juan Carlos, una de las piezas más importantes de la literatura pedagógica uruguaya del siglo XX. Como en otros aspectos de su filosofía biológica, vuelve allí a revelarse su esencial afinidad con el pensamiento de Dewey.

A partir de su interés por la enseñanza industrial y artesanal, ha ido integrando Figari en sus sucesivos escritos una concepción general de la educación pública primaria, de notable coincidencia con la del filósofo norteamericano: desde la idea de la educación como una fase de la adecuación orgánica al medio ambiente natural, y su sentido social por la identificación del interés individual con el de la especie —de donde la consideración de la escuela, con palabras que parecen de Dewey, "no como un paréntesis en la vida, sino como la vida misma conducida de un modo ideal"—, hasta la organización de la enseñanza en torno a la actividad experimental del alumno, reemplazando la disciplina autoritaria por la libertad orientada, y haciendo del trabajo productor su resorte esencial. Merece, sin duda, un estudio detenido este paralelismo de las ideas pedagógicas de Figari con las de Dewey, cuya difusión en el mundo hispánico comenzó recién en la década del 20.

En el citado ensayo sustenta y desarrolla las siguientes tesis: vivir es adaptarse; adaptarse es mejorar; la adaptación presupone esfuerzo: trabajo. En fin, "educar es favorecer el esfuerzo orgánico de adaptación". Y para ello hay que formar el criterio, cultivar el ingenio. Es, a su juicio, lo que menos se hace: "Lo que debería ser materia de más elevado cultivo: el ingenio, el ingenio práctico, es precisa-

mente lo que más excluido queda de todo programa educacional". Son éstas sus palabras finales: "Desde que un pueblo superior no sólo es instruido, sino criterioso; no sólo hábil, sino emprendedor, ejecutivo, práctico, debemos trabajar. Sólo por el trabajo severo podemos conquistar un puesto eminente en el concierto internacional. Cada vez más la vida civilizada exige un fondo pensante, sesudo y ecuánime, y un ingenio sagaz y práctico, capaz de aprovechar de las ventajas que le ofrece el ambiente. Descuidar este axioma pedagógico de proyecciones individuales, sociales, humanas, es errar el camino más firme de la cultura escolar".

En cuanto a la selección vocacional, convertida hoy en una de las más activas preocupaciones pedagógicas, era para Figari un fruto espontáneo de la formación y desarrollo eficiente del criterio. Escribía en el memorándum de 1915: "Dentro de la forma evolutiva, cada uno va aquilatando sus vocaciones y aptitudes, inequívocamente. Los ensayos juiciosos, como una serie de tamices, van colocando a cada cual en su plano, *al demostrarle lo que puede hacer mejor*... se van seleccionando así aptitudes y direcciones productoras". Y reiteraba en su *Plan* de 1917: "Sin perjuicio de las escuelas de especialización productora, todas las escuelas deben aplicarse a fomentar la producción en la forma más efectiva posible, de modo que se acostumbre al alumno a trabajar *pensando* y a pensar *trabajando*. Esto conducirá a una constante experimentación, la que ha de ser de efectos preciosos para el país; y, por otra parte, este plan será también eficaz para hacer la selección vocacional, tan importante como es, al propio tiempo que prepara las facultades ejecutivas del alumno, entre

ellas algunas que se supone no pueden ser convenientemente adiestradas fuera de los primeros años de la infancia".

A esta correspondencia entre los conceptos de criterio y vocación, aludía luego implícitamente en el ensayo *Educación integral,* al decir: "Cualquiera que sea el grado de preparación escolar, supone dos elementos indispensables: 1º) formación de una conciencia-guía; 2º) aptitudes para esgrimir prácticamente el ingenio". A lo que añadía: "Enseñar a producir es guiar el esfuerzo productor de modo que vaya lo más directa y eficazmente a dar satisfacción a la necesidad o aspiración orgánica que lo determina. El ideal sobre este punto es conducir las energías por la línea individual más espontánea, a fin de que el niño obtenga el mayor número y la mejor calidad de recursos, esto es, en la vía vocacional, que es la única que le permite obtener el máximum de su productividad".

En cuanto a la existencia de aptitudes intrínsecas en el poblador de nuestro país, sólo necesitadas de la criteriosa orientación vocacional, era Figari profundamente optimista: abundan inexplotadas, del mismo modo que las riquezas naturales, las capacidades latentes Por este lado se abre todo un importante aspecto sociológico de su pensamiento educacional, constituido por sus observaciones sobre la realidad social y psico-social del Uruguay. No hacemos aquí más que apuntarlo. Piensa que no es por carencia de aptitudes, como sostienen algunos, ni por pereza congénita, como sostienen otros, que no se trabaja, sino por falta de la conciencia y el hábito del trabajo. Hay que enseñar a trabajar, hay que formar hombres que *sepan* trabajar, y lo demás

vendrá por añadidura. "Mediante una educación apropiada, este pueblo puede producir como cualquier otro de la tierra". Pero hay que enseñar también a vivir, a bien vivir, empezando por crear el amor a la vivienda, que no existe entre nosotros en su verdadero sentido. Es fundamentalmente el destino del hombre de campo lo que quiere rescatar, por la elevación industriosa, más que industrial, de la campaña, cuyo atraso y desamparo, material y cultural, contrasta a menudo con la situación de la ciudad; pero señala también las deficiencias sociales de ésta, en especial el parasitismo burocrático y el crecimiento del proletariado intelectual. La enseñanza artístico-industrial, tal como la concebía, por igual del hombre y de la mujer, estaba llamada a transformar el medio urbano tanto como el rural.

Por discutibles que sean algunos giros de ese mesianismo educacional, por mucho que el país haya evolucionado, medio siglo después sus observaciones mantienen una esencial validez.

* * *

Autonomía y americanismo: otro par de conceptos cuya aproximación pone de relieve las proyecciones sociológicas, históricas y culturales del ideario pedagógico de Figari, a la vez que las raíces anímicas de la que fue su gran obra plástica. A la industriosidad, factor de la industrialización, no la concebía de otro modo que como la puesta en acción de las aptitudes creadoras de un nuevo tipo de hombre: el hombre llamado a realizar una forma original de cultura, propia de esta región del mundo que era su país, y por extensión, su América.

La autonomía debía comenzar por la puesta en valor productivo de las materias primas nacionales. Es ésta una constante idea directriz de Figari, que recorre todos sus escritos educacionales. En el informe de 1903, fundamentando el proyecto de Escuela de Bellas Artes, piensa en "las riquezas aún inexploradas e inexplotadas del territorio". En el proyecto de 1910 destaca "la conveniencia de preparar el fomento y desarrollo de las industrias relacionadas con nuestras riquezas naturales y con las materias primas de producción nacional", porque "lo primordial es prepararnos para utilizar nuestras riquezas, las que se exportan para ser transformadas en el extranjero y devueltas a veces a nuestro país valorizadas por la mano de obra y por el ingenio de otros pueblos". En el memorándum de 1915 y en el plan de 1917, se extiende sobre este punto, que fue, además, uno de los fundamentales de su acción práctica cuando su reforma de la enseñanza industrial.

Sobre esa autonomía material, la espiritual, por la afirmación de la originalidad o individualidad del tipo humano nacional. Es también una idea ya contenida en aquel inicial informe de 1903, preciosa simiente de todo su ideario posterior. Entre los bienes que esperaba de la nueva enseñanza estaba el de que "vendría a completar auspiciosamente la cultura del país, haciendo que nuestro tipo, en vez de tributario de otras civilizaciones, por deslumbrantes que fueren, encuentre dentro de sí los elementos y recursos necesarios para determinar su propia individualidad moral, una individualidad superior y bien adaptable al medio".

En el proyecto de 1910, vuelve en forma más explícita a esa idea de recuperación y revelación del

carácter nacional, en la que debe verse el desenlace de su doctrina pedagógica: "Todos los hombres superiores que han visitado estos países han observado que no se perfila suficientemente el carácter, la individualidad de nuestros pueblos en los que hay mucho reflejo, mucho acopio indeliberado, mucha imitación y hasta la copia servil... Nuestra instrucción industrial debe tender, como todos nuestros esfuerzos, a seleccionar, antes de asimilar, a buscar lo que más se ajusta a nuestra complexión. Dado este criterio, no hay duda de que nos conviene adoptar un tipo americano superior, lo mismo para nuestros productos que para lo demás, todo, y no tanto independiente cuanto bueno, apropiado, intenso, mejor, lo mejor posible".

Dos capítulos de su *Plan* de 1917 se titulan respectivamente así: "Debe aprovecharse de la virginidad de América como de un tesoro"; "Por el solo hecho de producir en un sentido autóctono se duplica el valor y la entidad de nuestra producción". En esos capítulos se completa la formulación de su *paideia* americanista. Al primero pertenecen estas palabras: "no incorporar al organismo nacional más de lo que le conviene por estricta adecuación, lo que supone naturalmente dejar de lado las rémoras, por sugestivas que fueren, y esto nos permitirá perfilar con carácter franco y propio nuestra individualidad, al mismo tiempo que nuestra producción". Al segundo, el siguiente pasaje puntualizador del sentido de su regionalismo artístico:

"Cuando se habla de arte autóctono, se comprende que tal cosa no quiere ni puede significar, tanto menos en nuestros días, una cultura exclusivamente nacional o regional, sino el estudio del medio, el producto de

la observación y de la experimentación hechas en el mismo, y la asimilación de todo lo conocido, *previa selección hecha en conciencia,* vale decir, tomando nota del ambiente propio con un criterio autónomo. Y esto, conviene repetirlo, es lo único que podemos hacer sensatamente, puesto que lo demás es pura afectación que raya en lo simiesco. Perdemos nuestro carácter".

¿Cómo no ver en esta zona de su espíritu la fuente de la inmensa obra pictórica a la que se entregó de lleno, precisamente a partir de entonces, y a la que él mismo llamó siempre una empresa de "arte regional"? Si el filósofo se manifestó en él a partir del educador, lo mismo cabe decir del pintor Con el agregado, en este caso, de que a la revelación del pintor concurrieron tanto como sus ideas, sus realizaciones educacionales. En su informe, que ya hemos citado, sobre su obra reformista de 1915 a 1917, se mencionan, por ejemplo, trabajos en madera, "esculpidos y tallados sobre motivos americanos"; el ensayo, en el taller de alfarería, de "unas treinta arcillas nacionales fuera de otras tierras americanas y caolín", con las que se llevaron a cabo "piezas originales, o inspiradas, principalmente, en las viejas cerámicas americanas"; la realización en los talleres de dibujo, composición decorativa y pintura, de "más de dos mil quinientos estudios y composiciones del natural, y algunas de éstas sobre la base de documentaciones arqueológicas americanas". Esto último seguido de la siguiente referencia sobre su propia intervención personal en los trabajos: "Para aprovechar de los preciosos coleccionamientos americanos que guardan el Museo de La Plata y el Museo Etnográfico de Buenos Aires, han ido la Dirección, sus colaborado-

res, maestros y alumnos de la Escuela a estudiarlos y a tomar nota de los mismos".

En el inmediato ensayo sobre *Educación integral,* aquella pedagogía nacional es preconizada para todo el continente: "Para que esta obra pueda sernos honrosa y de provecho, debe ser dirigida por nosotros sobre el substrátum americano genuinamente regional, y dentro de un plan que, como sistema óseo, sirva de base al ordenamiento cultural... Hay que esmerarse, no sólo en multiplicar las culturas productoras, sino en encaminarlas bien, a fin de imprimirles el sello de nuestra individualidad americana, poniendo a contribución nuestras aptitudes imaginativas y nuestro ingenio. Hay que hacer valer nuestra fauna y nuestra flora, tan generosas, y nuestra rica arqueología, virgen —lo cual por sí solo centuplica su valor—; hay que estudiar las condiciones de nuestras materias primas, para darles la aplicación más hábil y más provechosa; hay que poner en fermentación todas las savias constructivas de la raza, haciendo de modo que se conserve lo que de ella está más identificado con el ambiente americano; y, así, mediante estas disciplinas, entonces, sí, es de esperar que estas razas vivaces de Sud América hagan proezas, puesto que asimilan admirablemente y tienen gran imaginación".

En esas mismas ideas se inspiran otros olvidados y pioneros escritos de Figari, que completan este volumen: *Industrialización de la América Latina; autonomía y regionalismo,* de 1919, donde propone al gobierno que el Uruguay asuma la iniciativa de una vasta empresa de industrialización del continente, sugiriendo, además, la aplicación a los países hermanos de su plan educacional de 1917; *Autonomía*

regional, artículo de 1924 y *Hacia el mejor arte de América.* predicacion americana de las mismas doctrinas desde *La Prensa* de Buenos Aires, en 1925.

* * *

En el Uruguay, lo que es Varela a la enseñanza primaria y Vásquez Acevedo a la secundaria y universitaria, lo es Figari a la artístico-industrial: un reformador con mucho de fundador. Al igual que ellos, está en la base misma de la institución respectiva, como autor práctico a la vez que doctrinario de una verdadera recreación de la misma. Por su ideal americanista, así como por el humanismo de sus concepciones, se incorpora, aún, al grupo escogido de los grandes educadores de América.

ARTURO ARDAO

PEDRO FIGARI

Nació en Montevideo el 29 de junio de 1861, hijo de Juan Figari de Lázaro y de Paula Solari, italianos. Realiza en esta ciudad sus estudios y obtiene en 1886 el título de Abogado, siendo designado Defensor de Pobres en lo Civil y en lo Criminal El mismo año contrae matrimonio con María de Castro Caravia y emprende un prolongado viaje a Europa.

Retorna al Uruguay en 1893; funda "El Deber" del cual es codirector, ejerce su profesión defendiendo al Alférez Almeida, es electo diputado en 1896 y 1899, entra a formar parte del Consejo de Estado en 1898, y en 1903 figura como Promotor y Secretario de un Congreso de Notables para tratar la Reforma Constitucional Presidente del Ateneo en 1901, ocupa luego la presidencia de diversas comisiones y es elegido miembro de varios directorios Realiza un viaje a Francia en 1913 y en 1915 se le designa Director de la Escuela Nacional de Artes y Oficios y encargado de su reforma según su Proyecto de 1910

Renuncia a su cargo en 1921, y pasa a radicarse en Buenos Aires entregándose de lleno a la pintura. Hacia 1925 viaja nuevamente a París desde donde organiza exposiciones de sus cuadros en Europa y América, allí, en 1927, pierde a su hijo Juan Carlos Figari Castro que fue su colaborador. En 1930 es nombrado Delegado del Uruguay a la Exposición Iberoamericana de Sevilla en la cual obtiene una Medalla de Oro; gana el mismo año, el Gran Premio de Pintura en la Exposición del Centenario del Uruguay.

Regresa al país en 1933, es designado Asesor Artístico del Ministerio de Instrucción Pública, y fallece en Montevideo el 24 de julio de 1938. Sus obras publicadas son: *Ley agraria.* Montevideo, 1885. *El crimen de la calle Chaná* Montevideo, 1896 *Defensa del Alférez Almeida.* Montevideo, 1897 *Un error judicial.* Montevideo, 1899 *La pena de muerte.* Montevideo, 1903 *La pena de muerte.* Montevideo, 1905. *Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Proyecto sobre transformación de la Escuela Nacional de Artes y Oficios en Escuela Industrial* Montevideo, 1910. *El momento político.* Montevideo, 1911. *Arte, estética, ideal* Montevideo, 1912 *Champ où se développent les phenomènes esthétiques* Paris, 1913 *Arte, técnica, crítica.* Montevideo, 1914. *L'opinión de l'Uruguay sur la guerre européenne* Paris, 1916. *Plan general de la organización de la enseñanza industrial* Montevideo, 1917. *Enseñanza industrial* Montevideo. 1919. *Industrialización de la América Latina.* Montevideo, 1919 *Art, esthétique, ideal.* Paris, 1920. *Essai de philosophie biologique Art, esthétique, ideal.* Paris, 1926. *El arquitecto.* Paris, 1928. *Dans l'autre monde.* Paris, 1930. *Historia Kiria.* Paris, 1930 *Cuentos,* Montevideo, 1951.

CRITERIO DE LA EDICION

La presente edición de escritos del Dr Pedro Figari sobre EDUCACIÓN Y ARTE, reproduce los textos publicados por el autor en las ediciones que en cada caso se mencionan. Se ha modernizado la ortografía, con sujeción a las normas de la Academia.

EDUCACION Y ARTE

DISCURSO SOBRE CREACION DE UNA ESCUELA DE BELLAS ARTES*

SR. FIGARI. — Sólo voy a decir pocas palabras en favor del proyecto que acaba de leerse. Conviene eludir las disertaciones extensas en asuntos de esta índole, porque se corre el peligro de decir cosas muy sabidas, hiriendo así la ilustración y competencia de los que escuchan, lo cual sería imperdonable.

Debo declarar, ante todo, que la iniciativa del proyecto que he presentado no es mía; viene de tiempo atrás. Según informes que he obtenido, el Presidente de la República, señor Cuestas, en instantes en que desempeñaba una Senaturía, presentó al Cuerpo Legislativo un proyecto análogo, creando una Escuela o Academia de Bellas Artes, el cual quedó por desgracia relegado al olvido. Posteriormente, nuestro ilustrado Ministro en Italia, don Daniel Muñoz, en una interesantísima epístola encarecía la conveniencia de crear una Escuela de Bellas Artes, no sólo para dotar al país de una institución reclamada por su cultura, sino también como medio de corregir nuestra práctica viciosa de enviar pensionados a los grandes centros del arte, a perfeccionar conocimientos que no han podido adquirir en el país, y que pueden adquirirse donde quiera que haya una modesta escuela —siempre que sea formal— como

* *Diario de Sesiones de la H. Cámara de Representantes,* T. 161, págs. 189 a 192 (Sesión del 16 de junio de 1900).

las hay en todas partes, donde se cursan las asignaturas que comprende ese estudio. Pocas son las ciudades adelantadas, no ya las capitales, donde no se cuente con una o más escuelas de arte.

Yo también debí presentar en la anterior Legislatura este mismo proyecto, conjuntamente con mi distinguido amigo el Senador don Antonio María Rodríguez, pero una serie de sucesos que todos conocen nos hicieron aplazar el pensamiento, hasta mejor oportunidad. Ahora me parece llegado el caso de abordar esta cuestión y de pedir la sanción de esa ley.

Me he dado clara cuenta de que en estos momentos estamos tal vez demasiado imbuidos de la idea práctica de la economía, y aun cuando todos reconocemos que las economías saludables son las economías bien entendidas, como hay en nuestro modo de ser cierto espíritu de novelería, extremamos fácilmente las cosas; lo cual, si se quiere, es genuinamente humano. Y por más que estas reacciones, como digo, van a menudo más allá del justo límite, confío, sin embargo, en la discreción y el tino de la H Cámara; puesto que a nadie escapará que sería pasarse de prácticos el menospreciar el culto de las bellas artes y la producción artística. Parecería que eso se deja de lado sólo porque no procura lana, cueros, trigo y otros elementos de orden necesario.

Yo también soy partidario, señor Presidente, y más que partidario, admirador del espíritu de orden, de sobriedad y economía, pero entiendo que el criterio con que han de dirigirse los destinos de un país, no puede ser tan restrictivo sin excederse y desnaturalizar la misión del legislador. Para la vida nacional, sobre todo en los pueblos adelantados, no son sólo necesidades las materiales y las más apremiantes;

hay necesidades que aun cuando no nos aboquen una pistola al pecho, deben también ser satisfechas.

El culto de las bellas artes es una de ellas. Hoy en día eso es más que un lujo, una necesidad moral.

Nadie ignora que la vida de una Nación no puede consagrarse ya a atender solamente las necesidades más perentorias de la animalidad. Es demasiado primitivo eso de concretarse a llenar necesidades materiales y a vivir perpetuamente preocupados, en absoluto, de dar batallas campales, por el pan de cada día. El espíritu moderno de sociabilidad busca además una tregua que mitigue esas crudezas, un campo neutral donde pueda lograrse el solaz, el reposo mental y donde puedan, después de las asperezas de la lucha, estrecharse las manos los adversarios y los amigos.

En los grandes centros se ha operado ya este admirable fenómeno, de una manera amplia: y nosotros debemos aspirar a igual bien. ¿por qué han de reducirse los elementos del trabajo útil y honesto?; ¿por qué ha de excluirse el arte de nuestra acción social? Eso sería sancionar una tesis que pueda complacer a la política colonial, mas no, de ningún modo, a las ambiciones legítimas de una nación libre y adelantada. Eso sería desmentir la historia misma de la civilización que, desde la antiguedad a la fecha, adopta el arte como un segundo barómetro para medir la cultura de los pueblos.

Haciendo, naturalmente, excepciones honrosas, vivimos aquí —preciso es confesarlo— poco menos que a ciegas en materia de arte.

Reina entre nosotros el empirismo artístico. Creemos en mil sortilegios y supercherías; se dicen, se exhiben y se estampan herejías de todo tamaño; en

estos mismos momentos un pintor relámpago hace las delicias y la admiración de muchísimas personas; y la prensa daba cuenta, no ha mucho, de que en un trabajo crítico del conocido Sarcey se decía que hay fábricas en París que hacen jarrones churriguerescos y otros adornos detestables, expresamente confeccionados para Sud América. Quiero creer que esos mamarrachos serán destinados para otros países sudamericanos: pero habría sido muy satisfactorio para nuestro decoro nacional, que se hiciera esta salvedad: "No serán, de cierto, para el Uruguay".

El caso es que no hemos hecho nada, nada serio por lo menos, en materia de bellas artes, para poner nuestra conciencia a salvo de reproches, si bien es proverbial la brillantez de la intelectualidad juvenil uruguaya y habría por lo mismo mucho que esperar. El Museo Nacional no habla tampoco muy alto en favor de nuestra pericia en esta materia. No niego que se haya bregado algo, individual y privadamente, por señalar un puesto mejor a las artes uruguayas; pero como es tan débil e ineficaz la iniciativa privada, en cuanto a pintura y escultura se ha hecho muy poco; y me parece sensato que el Estado intervenga abriendo una nueva vía a la intelectualidad nacional y fomente esa hermosa producción, como lo han hecho todos los países que van al frente del progreso general.

Hay error cuando se piensa que una Escuela de Bellas Artes produce solamente la gran pintura y la estatuaria. Esto queda para los elegidos, que son pocos; pero se producen mil derivaciones aparte de la estatuaria y de las diversidades de la gran pintura: la escenografía, la decoración con sus infinitas variedades y sus múltiples aplicaciones a la industria, que

son incalculables; el reclamo, tan en auge; la litografía, los cincelados, el grabado, la ebanistería, las ilustraciones, la escultura en madera, la fototipia, etc., etc., y pocos son los artesanos que pueden prescindir del dibujo. Y no diré que no hay demanda al respecto, cuando la gran mayoría, sino la totalidad de estos trabajos, vienen del exterior, como vienen los artistas.

Las pensiones en la forma en que se han otorgado si bien en algunos años han llegado a importar más de lo que se requiere para hacer funcionar juiciosamente una escuela, no han producido resultado positivo y no podrán producirlo mientras no se exijan previamente a los pensionados los conocimientos técnicos y manuales, capaces de prepararlos al trabajo de asimilación en el medio ambiente de los grandes centros del arte.

Para eso hay que estudiar y estudiar mucho y concienzudamente. Eso de mandar pensionados a perfeccionar conocimientos que no han podido adquirir en el país, de mandarlos a hacer palotes, es absurdo.

Y aquí una vez que tratamos de fomentar industrias, dictando leyes proteccionistas, ¿por qué no hemos de fomentar las bellas artes que son una riqueza y un bien moral y social tan estimable?

Y precisamente así se fomentarían muchas nuevas y pequeñas industrias, puesto que son las más, las que requieren la intervención del artista. Yo no sé, señor Presidente, qué se diría en los países más avanzados si se pusiera en duda la conveniencia de fomentar esta rama del saber; pero de seguro no se vertería un juicio muy edificante. Aparte del valor material de las obras de arte, es una escuela educativa del sentimiento y es una fuerza muy apreciable

de sociabilidad y cultura. Hay países cuya mayor riqueza material y moral, puede decirse que consiste en su stock y producción artística, y ya sabemos que los hombres más prácticos de la tierra, según las crónicas, los ingleses y los yankees, pagan sumas fabulosas por lienzos y estatuas.

Es sólo en medio del completo atraso, señor Presidente, que no se cotizan estas obras y las ventajas de ese género. Los indios cambian una preciosa tela o una estatua admirable por un puñado de cuentas de vidrio a condición de que ostenten colorinches; luego comienzan a gustarse las armonías del color y de la forma, y entonces el cuadro y la estatua se aprecian algo más, si bien no se distinguen un facsímil, una oleografía, o un yeso toscamente modelado de una obra de arte exquisito; y así sucesivamente se van cotizando más y más los productos artísticos a medida que se desarrolla la cultura, al extremo de que se pagan decenas y centenas de millares de francos, verdaderas fortunas, por un lienzo, como ocurrió con el "Mercado de Caballos" de Rosa Bonheur, "L'Angelus" de Millet y tantos otros cuadros. Y hay, como es sabido, obras de arte cuyo precio no podría fijarse.

Nosotros tenemos un Presupuesto General de Gastos de más de 16 000.000. Se dedica una suma importante a la Instrucción Pública y a las diversas Facultades de enseñanza superior; bien puede, pues, emplearse una pequeña cantidad como la que representa el proyecto de ley presentado, al fomento de las bellas artes, sin que tal cosa pueda en buena ley, tacharse de derroche, de imprevisión o de imprudencia. Esto nos ha de honrar mucho más que el hacer esa pequeña economía de cabo de vela.

En ese proyecto, he tratado de planear en la forma más modesta posible, la instalación de una escuela, sin preocuparme de otra cosa que cimentar su funcionamiento sobre bases serias, impidiendo que invada allí el empirismo y la informalidad.

Aun cuando estamos en una época de economías, me parece que esta ley no habrá de hallar mayores resistencias porque no produce trastornos al erario público y en cambio se procurará ventajas materiales y morales, que pueden ser muy halagueñas. Por otra parte, los que se precian de conocer el carácter nacional no creen que sea hecho de medida para vivir en perpetua y estricta economía.

Corremos, pues, el albur de que se invierta en cualquier momento en pensiones, en adquisiciones de obras de arte para el Museo, o en subvenciones, mayor capital del requerido para la Escuela, sin obtenerse los beneficios de una institución permanente que produce riqueza, que educa y dignifica.

Por mi parte declaro que, cualquiera sea la suerte de este proyecto, me consideraré honrado por el solo hecho de haber secundado esta noble iniciativa.

Antes de terminar, debo hacer presente a la Mesa, que no encontrándose este asunto encuadrado en las atribuciones de las diversas Comisiones de la H. Cámara, debe nombrarse para que lo informe, si fuese apoyado, una Comisión especial, y mociono en ese sentido.

He dicho.

INFORME SOBRE CREACION DE UNA ESCUELA DE BELLAS ARTES*

Comisión Especial

Honorable Cámara de Representantes:

Ha sido unánime la opinión de los miembros de vuestra Comisión Especial, en el sentido de apoyar y prestigiar el pensamiento que encierra el proyecto de creación de una Escuela de Bellas Artes, como de verdadera trascendencia para el completo desarrollo de la industria y la cultura nacional.

Cree vuestra Comisión que es oportuno agregar un nuevo centro de instrucción a los ya existentes, encargado de propagar la enseñanza artística, y muy especialmente cuando se dedique a difundir sus formas de aplicación a la industria. Este complemento a la obra de la instrucción pública, refluirá en bien de las clases menesterosas, abriéndoles campo para desarrollar su acción en la multiplicidad infinita de las manifestaciones de esta rama de conocimientos, y preparará a la vez el medio para el cultivo del arte superior. A medida que se eduque el sentimiento público por la divulgación de las nociones estéticas, se acentuará el desarrollo industrial y el espíritu de sociabilidad, ampliando los factores intelectuales y los

* Este informe producido en 1903 en la Camara de Representantes, lo incluyó Figari en el Apéndice Nº 2 de su opúsculo *Plan General de organización de la Enseñanza Industrial*, 1917, pags. 82 a 87.

temas de estudio tranquilo, instructivo y ameno. El arte, en su acepción superior, así como en sus mil aplicaciones, solaza, y por lo mismo, estimula y facilita el contacto social, puesto que sustituye los asuntos candentes, las controversias políticas y económicas, los debates filosóficos, morales y religiosos, por temas neutrales, capaces de mantener la discusión en un campo sereno.

Las proyecciones de tal orden de factores en nuestra economía social, son incalculables. Aquí, donde vivimos privados casi en absoluto de tales beneficios; donde no hallamos el reposo mental para nuestras agitaciones diarias en la inmensa variedad de nociones estéticas, no nos damos clara cuenta de los perjuicios morales y sociales que esto apareja, mas sí experimentamos las consecuencias a cada paso. Como no hay solución de continuidad en la lucha activa, las pasiones campean más fácilmente en nuestro escenario. Hay pues, positiva utilidad en promover —también desde este punto de vista— tal forma de instrucción, como un poderoso propulsor de sociabilidad y de cultura.

En otros países, en los más avanzados, aun cuando el arte ha tomado un desarrollo extraordinario, se destinan ingentes sumas para su cultivo, y se le considera de tan magna importancia para la marcha nacional, que, con ello solo, se forma una de las ramas superiores del gobierno. Cierto es que no vienen a llenarse con el arte necesidades materiales, mas sí se llenan otras necesidades a veces tan atendibles y tan estimables cuanto aquéllas, en la vida civilizada, puesto que genera mil recursos a la intelectualidad y abre anchas vías de actividad, en su íntima aplicación a las industrias.

Si entre nosotros aún no pueden propiciarse las modalidades más altas de la cultura estética, cree vuestra comision oportuno y ventajoso prestigiar su desarrollo rudimentario general, y con esto se irán preparando sus altos cultivos a medida que se forme el ambiente de que han menester: la divulgación del buen gusto y de la educación artística.

Las derivaciones del funcionamiento de una Escuela, en las condiciones que se proyecta, son múltiples y muy complejas; podría decirse que son indefinibles, sobre todo si se dedica a las aplicaciones del arte a la industria, que es la forma verdaderamente práctica y más adecuada para nuestro país como medio de iniciación. Esta forma, por lo demás, se halla perfectamente encuadrada en el movimiento moderno que tiende en todas partes, a universalizar el arte, haciendo que todo producto industrial lleve su sello.

Son verdaderamente halagadoras las perspectivas de trabajo y de progreso que se diseñan al pensar en la variedad infinita que pueden tener sus aplicaciones a las industrias nacientes del país, y a las que su propio desarrollo habrá de promover. La escuela no sólo habrá de procurar la mayor adaptabilidad y baratura de los productos, embelleciendo a la vez todos los objetos que nos rodean, sino que impulsará vigorosamente el desenvolvimiento industrial, dando trabajo y ocupación a muchos brazos, facilitando las corrientes inmigratorias y, a la vez, aumentando la cultura y riqueza del país.

El temperamento nacional nos deja esperar un desarrollo artístico e industrial considerables, así que se le ponga en condiciones de adquirir en tal materia los conocimientos indispensables.

Sin optimismos, puede presumirse que, en breves años, el Uruguay habrá formado su propio criterio y su ambiente al respecto, y esto contribuirá a modelar el tipo nacional, bien delineado y superior, lo cual significa un progreso efectivo, y muy estimable, como lo es todo lo que tienda a perfilar netamente la nacionalidad, de una manera elevada y consciente. Con el concurso que aportan las civilizaciones incorporadas al país, con la lozanía de nuestro organismo social, las facilidades de existencia, las riquezas aún inexploradas e inexplotadas del territorio, y con las condiciones psíquicas que todos reconocen al uruguayo, no es aventurado pensar que esta nueva rama vendría a completar auspiciosamente la cultura del país, haciendo que nuestro tipo, en vez de tributario de otras civilizaciones, por deslumbrantes que fueren, encuentre dentro de sí los elementos y recursos necesarios para determinar su propia individualidad moral, una individualidad superior y bien adaptable al medio. Este debe ser uno de los anhelos de la cultura del país.

Además de las diversas Facultades superiores que tanto bien han producido en la intelectualidad nacional, habría una institución complementaria, más accesible a las clases menesterosas, en la que podría obtenerse instrucción fácil y práctica, aumentándose considerablemente la variedad de ocupaciones, y, fuera de la arquitectura, la escultura y la pintura, que en su faz superior serían acometidas por los elegidos, por los talentos excepcionales, surgirían vigorosamente las artes aplicadas, las artes decorativas que comprenden, puede decirse, la mayor parte de las manifestaciones estéticas, puesto que intervienen íntimamente en la edificación, en parques, jardines, en cerámica, tejidos, papeles, cristalería, en muebles,

joyería, ebanistería, grabados, tallados, herrería, carpintería, albañilería, encuadernación, escenografía, ilustraciones, fototipia, zincografía, litografía, etc., etc.

El florecimiento industrial sería una consecuencia feliz y obligada de tales enseñanzas, y otra consecuencia no menos halagüeña sería formar la educación nacional artística, como coronamiento de nuestra cultura.

* * *

La Escuela de Artes y Oficios podría haber producido algunos de los beneficios que se esperan de la escuela proyectada, si se hubiera dedicado a la enseñanza del arte aplicado, puesto que se habrían formado millares de artesanos hábiles capaces de secundar el movimiento industrial, cuando no de promoverlo. Dicha Escuela cuesta alrededor de cincuenta mil pesos anuales y sólo da instrucción a unos doscientos alumnos.

Se ha optado por el pupilaje, que siempre es muy dispendioso y que no se ajusta a los fines del Estado, en esta materia sobre todo, cuando éste no tiene los medios de vulgarizar ampliamente los conocimientos esenciales; se ha planteado dicho establecimiento sin una organización adecuada, y de ahí que se hayan insumido fuertes capitales sin provecho positivo. Como casa de corrección no llena debidamente sus fines. Si se aplicara, en cambio, la suma anual invertida en esta institución, al funcionamiento de una escuela-externato de artes aplicadas, podría darse preparación a millares de alumnos poniéndolos en aptitud de ocuparse en las distintas modalidades industriales.

Fuera de que es muy limitada la acción de la escuela, por razón del exiguo número de internos

que puede educar, es demasiado cara esa forma de instrucción, resultando, en el caso feliz de que el pensionista aproveche la enseñanza —lo cual es más bien la excepción que la regla— alrededor de mil a mil doscientos pesos, lo que cuesta cada alumno.

Comprende vuestra Comisión que no es posible suprimir de un solo golpe aquella Escuela, pero sería llegado el caso de buscar soluciones en el sentido de utilizar lo más posible las sumas invertidas para mantenerla, aplicándolas a necesidades más sentidas.

Conviene tener presente, a la vez, que dicha Escuela, al adscribirse a los demás cometidos de la Comisión Nacional de Beneficencia y Caridad, no puede prosperar, puesto que no cuadra en los fines de tal institución de una manera franca y fácil y, por lo tanto, no puede ser administrada como fuera de desearse. Es notorio que la Comisión referida ha hecho repetidas gestiones ante el Gobierno para que se la libere de tal cometido.

Aun cuando Vuestra Comisión está conforme en general con las prescripciones contenidas en el proyecto materia de este informe, ha creído conveniente eliminar de la ley todo lo que puede mejor ser motivo de reglamentación, la que a su juicio debe tener cierta latitud.

Por todo lo expuesto, os aconseja prestéis sanción al adjunto proyecto de ley.

Sala de la Comisión, 10 de julio de 1903.

Pedro Figari - B. M. Cuñarro - Francisco Miláns - O. Solé Rodríguez - Juan Smith J. Silván Fernández - Francisco J. Ros

REORGANIZACION DE LA ESCUELA NACIONAL DE ARTES Y OFICIOS*

PROYECTO DE PROGRAMA Y REGLAMENTO SUPERIOR GENERAL PARA LA TRANSFORMACION DE LA ESCUELA NACIONAL DE ARTES Y OFICIOS EN "ESCUELA PUBLICA DE ARTE INDUSTRIAL"

PROGRAMA

Artículo 1° El fin de la Escuela es la enseñanza de las ciencias y del arte, en sus aplicaciones industriales.

Art. 2° En el cumplimiento de su misión, la Escuela ajustará la enseñanza y todos sus actos a las reglas siguientes:

a) Dar instrucción práctica más bien que teórica adoptando, en cuanto fuere posible, procedimientos experimentales, de modo que el alumno consiga por sí mismo la verdad o el resultado que busca.

---

* En las páginas que siguen se reproduce textualmente el opúsculo que publicó Figari en 1910 con este título "1910 Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Proyecto de Programa y Reglamento Superior general para la transformación de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, en Escuela Pública de Arte Industrial, presentado al Consejo en la sesión del 23 de julio por el doctor Pedro Figari, miembro del mismo Montevideo, Tip Escuela N de Artes y Oficios 1910".

b) Instruir al mayor número de personas, sin distinciones de ninguna clase, dándose además cursos especiales para obreros, en las horas y días que a éstos más les convengan.

c) Formar el criterio del alumno dentro de las peculiaridades de su individualidad, estimulando y respetando sus energías como una fuerza muy estimable.

d) Despertar y desarrollar el espíritu de iniciativa, de organización y de empresa, alentando las facultades ejecutivas del alumno.

e) Despertar y desarrollar en el alumno el espíritu de observación y el sentido estético, preparándolo para razonar, adecuar, adaptar, ordenar, proporcionar, equilibrar, armonizar, etc.

f) Despertar y desarrollar las facultades de inventiva del alumno mediante clases de composición racional y decorativa,[1] así como por los demás medios que se consideren conducentes.

g) Enaltecer las ventajas de la perseverancia como medio de realización, que es la finalidad de todo esfuerzo.

h) Dar la instrucción más adecuada para que el alumno pueda producir de la mejor manera

---

[1] En estas clases el profesor propone la solución de una dificultad cualquiera o que se proyecte una construcción más o menos simple, por ejemplo un candelero, una percha, una silla, etc., los discípulos modelan, dibujan o exponen su solución, y entonces el profesor examina y juzga en forma crítica las soluciones presentadas, haciendo resaltar sus cualidades y defectos, comparándolas con lo que ya se haya hecho, analizándolas al través de los diversos criterios admitidos y de toda otra tendencia conocida, encareciendo el carácter y la originalidad de la obra, así como su adaptación, entre las mejores cualidades, poniendo de relieve las demás condiciones que el alumno ha manifestado, tanto las buenas como las malas, y expresando el profesor lo más claramente posible los fundamentos del juicio crítico emitido

posible, teniendo presente que cada cual puede obtener un máximum de capacidad productiva, y que la misión de la Escuela es hacerlo alcanzar.

i) Modelar el criterio y el ingenio del alumno más aún que su manualidad, optando a la vez por su preparación general, más bien que por especializaciones debiendo tenerse presente, sin embargo, la conveniencia de preparar el fomento y desarrollo de las industrias relacionadas con nuestras riquezas naturales, y con las materias primas de producción nacional.

j) Fomentar el espíritu de asociación y todos los demás factores de sociabilidad y de cultura.

k) Reglamentar y reformar los reglamentos de modo que siempre respondan, lo más posible, a los fines de la enseñanza.

Art. 3º La Escuela dará instrucción elemental y podrá dar también instrucción compleja y superior, pero siempre que deba optarse, optará por la mayor divulgación de sus enseñanzas elementales, más bien que por la limitación de enseñanzas superiores a un número menor de alumnos.

Art. 4º La asistencia a las clases será enteramente libre y sólo cuando sea perturbada la enseñanza, podrán imponerse las restricciones indispensables.

Art. 5º No se aplicarán castigos.

Art. 6º La Escuela podrá certificar todo hecho que resulte de su funcionamiento, y podrá también dar informes acerca de las condiciones de preparación que hayan demostrado sus alumnos; pero no les exigirá exámenes, sin perjuicio de las pruebas que convengan a la enseñanza ni les otorgará diplomas.

Reglamentación Superior General

Artículo 7º Los cursos se irán abriendo a medida que se reputen necesarios, agregándose en el mismo orden, si fuere el caso, las instalaciones que se requieran, toda vez que los recursos de la Escuela lo permitan.

Art. 8º Se formarán museos y coleccionamientos con todo aquello que pueda servir a los fines de la enseñanza, comenzándose por uno de reproducciones.

Art. 9º Se formará una biblioteca con todos los libros y publicaciones que puedan servir a las enseñanzas de la Escuela.

Art. 10. Toda vez que el Consejo lo estime oportuno y útil para los fines de la institución, se harán concursos y exposiciones.

Consejo de Patronato

Artículo 11. La superintendencia general superior de la Escuela, en todas las ramas, corresponde al Consejo, quien dictará todas las reglamentaciones internas dentro de los lineamientos generales del programa y de este reglamento, y designará a los profesores y demás empleados.

Art. 12. El Consejo determinará las atribuciones y deberes del Director Técnico, del Administrador y de los demás empleados de la Escuela.

Art. 13. El Consejo elevará anualmente al Poder Ejecutivo una memoria sobre la marcha de la Escuela,

con los cuadros estadísticos y demás antecedentes que sirvan para mejor ilustrar respecto del movimiento de la misma.

Dirección Técnica

Artículo 14. Desempeñará la Dirección Técnica y disciplinaria de la Escuela el Director Técnico, de acuerdo con el programa y los reglamentos.

Art. 15. El Director Técnico propondrá al Consejo todas las reformas y medidas que a su juicio convengan para la buena marcha de la Escuela, así como los programas de enseñanza, debiendo estarse siempre a lo que resuelva el Consejo.

Administración

Artículo 16. La Administración del Establecimiento estará a cargo del Secretario de la Escuela, entre tanto puedan ser desempeñados ambos cargos por una sola persona, a juicio del Consejo.

Art. 17. El Administrador, toda vez que lo crea conveniente, propondrá al Consejo las medidas que considere más eficaces para el buen manejo de los fondos de la Escuela, así como para la mejor organización de todos los servicios administrativos.

Disposiciones Complementarias

Artículo 18. El Consejo tratará de que los internos participen, en cuanto sea posible, de los beneficios del nuevo programa de la Escuela, y dispondrá

lo que juzgue más conducente al cambio de régimen de la misma, que debe ser de externato.

Art. 19. La Escuela Nacional de Artes y Oficios se denominará *Escuela Pública de Arte Industrial.*

Art. 20. Este Programa y Reglamento superior general será sometido a la aprobación del Poder Ejecutivo, y no podrá ser modificado sin la previa aprobación del mismo.

* * *

EXPOSICION DE FUNDAMENTOS DE UN PROGRAMA PARA LA TRANSFORMACION DE LA ESCUELA NACIONAL DE ARTES Y OFICIOS

PROGRAMA Y REGLAMENTOS

Sin perjuicio de las diversas reglamentaciones que deben formularse "dentro del programa", para la mejor marcha del Establecimiento, conviene estudiar por separado *el programa de la Escuela.*

En la Escuela, naturalmente, el fin es la enseñanza del alumno. Este debe ocupar, pues, el lugar culminante de toda organización y reglamento desde que, lo demás, todo, incluso las autoridades escolares, profesores y empleados, es simplemente una serie de resortes de que se echa mano para hacer funcionar a la institución.

Conviene fijar bien la dirección de la Escuela, sus finalidades y orientaciones, de modo que no hayan dudas ni vacilaciones sobre puntos tan importantes,

las que quitarían firmeza a los encargados de dirigirla, y perturbarían su funcionamiento. Por lo demás, es claro que el punto más digno de estudio, cuando se proyecta una organización de esta clase, es la determinación de los rumbos que ha de tomar para conseguir sus fines, no ya sus fines mismos. Las reglamentaciones internas deben evolucionar constantemente, dentro de los Estatutos de la Escuela, para ceñirse lo más posible a las exigencias de la enseñanza, toda vez que se demuestre su conveniencia en los ensayos y tanteos prácticos; pero los estatutos deben estar estudiados y resueltos de antemano. La Escuela dará frutos tanto mayores y mejores cuanto mejores y más claras, bien meditadas y precisas sean las bases de su programa.

La Escuela debe planearse de acuerdo con las exigencias locales, es decir, de acuerdo con las conveniencias del país y no pretendiendo trasplantar instituciones que si acaso pueden funcionar en otras partes con provecho, podría ocurrir que aquí no respondieran a la satisfacción de una necesidad verdadera puesto que, para nosotros, no bastará que sea útil la Escuela o que pueda prestar un servicio cualquiera; es menester, además, que *dé satisfacción a las necesidades más urgentes y más sentidas,* desde que hay muchas necesidades que atender a la vez.

El artículo 1° del Proyecto de Reglamento propuesto por el señor Director Técnico establece que el fin de la escuela "es formar obreros *hábiles en el ejercicio de su profesión* así como contramaestres y jefes de taller, para la industria".

Debe entenderse por un cúmulo de circunstancias que esta palabra "habilidad" se emplea en la acep-

ción menor, equivalente a la dexteridad profesional, a la manualidad ágil, pero sin la inteligencia artística y sin vuelo, y es en ese concepto que la interpreto yo aquí.

En el artículo siguiente se establece que también se encargará la Escuela de dar preparación manual a sus alumnos.

Si bien peca de vaguedad este punto fundamental de todo programa, se ve suficientemente que la Escuela se dedicará con arreglo a ese plan, a formar "obreros manuales hábiles" así como contramaestres y jefes de taller los que, por otra parte, no se explica en el Reglamento proyectado a qué distinta preparación han de ser sometidos.

No basta, a mi juicio, que se dé instrucción manual para que resulte práctica la Escuela; es menester para ello que tienda a llenar necesidades *positivas,* y a llenarlas del *mejor modo posible,* es decir, teniendo presente el medio y el tiempo en que se actúa.

Por todo esto, lo fundamental es "encaminar" a la Escuela, porque eso es lo que determinará si va a llenar o no necesidades cuya satisfacción el Estado se halla en el caso de proveer, en la actualidad.

La dirección de la Escuela, repito, es hoy día, principalmente hoy día que se han operado tantos progresos y que se ha acumulado tanta experiencia, lo que merece mayor y más detenido estudio; y sobre este punto que reputo esencial, deseo emitir mi opinión aunque sea con mayor brevedad, de la que se requeriría para un asunto tan complejo y trascendental.



Orientaciones de la Escuela

Esta Escuela debe modelar de tal modo la personalidad del alumno, que lo prepare *para producir de la mejor manera posible.*

El fin racional de la institución no puede ser el de formar simples operarios, más o menos hábiles, oficiales mecánicos, artesanos en la estrecha acepción que se da a esta palabra y ni aun contramaestres y jefes de taller, con algunos conocimientos generales que sea, puesto que pronto se satisfaría la demanda de éstos en los establecimientos industriales, y los demás tendrían que emigrar en busca de trabajo, cuando no se consideraran engañados como ocurre a menudo, con los que han recibido un diploma que habilita para servicios especiales y, decepcionados, pierden sus bríos en estériles lamentaciones.

El diploma resulta casi siempre, en el hecho, una limitación a la iniciativa individual, a la libertad de trabajar

Más racional y más digno del Estado sería formar artesanos en la verdadera acepción que debe tener esta palabra, dada su etimología, es decir, obreros-artistas, en todas las gradaciones posibles, si acaso hay un punto de separación entre el artista escultor estatuario, por ejemplo, y un artista decorador, vale decir, obreros competentes, con criterio propio, capaces de razonar, capaces de intervenir eficazmente en la producción industrial, de mejorarla con formas nuevas y más convenientes o adecuadas, así como de promover nuevas empresas industriales, de mayor o menor entidad.

En pocas palabras: el fin de la Escuela debe ser el de *formar el criterio* de los que se amparan a sus enseñanzas, dando luz a su espíritu más bien que una manualidad, por hábil que sea.

Esto último, no es llenar una misión social elevada y hasta puede dudarse de su positiva utilidad, desde que tiende principalmente a proveer de operarios a los establecimientos industriales, que los demandan en escaso número y que siempre pueden obtenerlos mientras que, formar hombres criteriosos, aptos para las múltiples formas de la producción industrial, es contribuir directa y lo más intensamente posible a la cultura nacional y al mejoramiento de la producción, preparando a la vez al país para las manifestaciones superiores de la civilización

Los alumnos de la Escuela, los mismos oyentes y todos los que concurrieran a cualquier título a ella, hombres, mujeres y niños llevarían una idea, un nuevo concepto, una nueva dirección más clara, más positiva y más consciente a sus actos y a sus aspiraciones.

Formar obreros mecánicos, obreros que tienen el automatismo de una máquina —ya sea ésta una maravillosa linotipia— cuando cuesta menos tal vez formarlos deliberantes, accesibles al razonamiento, propios a distinguir y a juzgar por sí mismos, sería un verdadero error.

El enseñamiento artístico no es una asignatura o una serie de asignaturas, sino un punto de vista, un criterio aplicado al trabajo y, en materia de arte decorativo e industrial, puede afirmarse que está basado muy principalmente en la racionalización, y, ¿por qué no hemos de proponernos formar obreros idóneos, pudiendo hacerlo, más bien que simples obreros manuales hábiles? Preparando obreros cons-

cientes, obreros-artistas, podemos esperar que sus energías se insinúen útilmente en todas las formas imaginables de la producción y de la vida, y esto es lo que constituye la verdadera riqueza, la elevación, la cultura de un pueblo, y es también la mejor forma de cimentarla por cuanto ofrece un promedio más halagador y efectivo, y no aquella engañosa apariencia en la cual surge un ínfimo porcentaje de grandes intelectuales y refinados, en medio de una llanura pampeana de ignorancia y de atraso.

El enseñamiento artístico, con la amplitud que tiene esta conquista moderna es, puede decirse, la opción de lo más directo, de lo más útil, de lo más eficaz, sencillamente. Es un método comprensivo de todo lo demás.

Las organizaciones académicas, anticuadas, siempre complicadas, lentas y formalistas en exceso, dan más importancia a la escuela y a las instalaciones que al alumno, desconociendo así en su propio fundamento, los fines de la institución. Y no llegan a ser prácticas aun cuando agreguen a su programa los ejercicios manuales, y grandes talleres.

La faz manual, la destreza en el manejo de las facultades mecánicas del alumno debe ser un medio, no un fin de la escuela; un medio de exteriorizar ideas y conceptos aun en las formas simples y más rudimentarias de la producción.

La escuela debe tratar de desarrollar las facultades del alumno, enseñándolo a razonar, a comparar, a juzgar por sí mismo, a ordenar, a relacionar, a armonizar, a adecuar, a adaptar *dentro de su temperamento,* dentro de su personalidad. No tiene el alumno que abdicar de su propia individualidad para someterse al uniforme tipo académico, el que debería produ-

cirse por fuerza así si no fuera contranatural, desde que para todos se usa del mismo régimen. En una escuela moderna ha de tratarse, muy al contrario, de desarrollar en cada uno los elementos que tiene para el arte decorativo, constructivo, industrial, dentro de sí mismo, utilizando precisamente las peculiaridades personales *como una base,* y haciendo de modo que cada cual busque su propia individualidad y dentro de ella sus aptitudes, más bien que llenarlos de conocimientos abstractos, largos y fatigantes, e inútiles a menudo. La escuela debe darles la idea más clara posible de la *responsabilidad* y el medio de valorar las propias energías, en vez de ofrecerles como perspectiva máxima un premio o un diploma, que acaba de desorientarlos, desmoronando su personalidad.

Dar un diploma, puede decirse que equivale a establecer —no siempre con verdad siquiera—: "El portador sirve para tal cosa y sólo sirve para eso", lo que implica limitar horizontes e iniciativas. El diplomado difícilmente se ingenia para sacar partido de una situación particular cualquiera, si ella no se ajusta a las sugestiones, ¿qué?, ¡al mandato imperativo del diploma! Es a veces como una piedra puesta al cuello.

Mucho mejor es *certificar,* simplemente, que se han seguido tales y cuales cursos.

En vez de una escuela fría, formalista y que, por lo mismo, inspira cierta prevención antipática, debe crearse *un ambiente* que interese al alumno. Conviene que éste sepa que va a encontrar ideas, direcciones y consejos para su cerebro anheloso de perfilar su individualidad, y no cursos largos y abstrusos cuya aplicación se le presenta, con razón, tan dudosa. En la escuela deben sí, encontrarse todos los elementos necesarios, los más posibles, para que el alumno pueda

echar mano de ellos a medida que los va necesitando; mas no es lo mismo ingerirle, que quieras que no quieras, una serie de años de estudios fatigosos, a menudo vanos y que quitan, por lo mismo, amor al trabajo, fuera de que engendran desapego a la verdad, a la realidad, como todo lo artificioso.

La escuela debe estimular, debe fomentar el deseo de frecuentarla y de trabajar, lo cual difícilmente se obtiene por los regímenes anticuados y malsanos de la rutina, que vierte las mismas enseñanzas, las mismas asignaturas y los mismos consejos y procedimientos a todos los alumnos, por igual, por más diversas u opuestas que sean sus aptitudes y demás condiciones personales.

Es menester que la escuela forme hombres criteriosos y no simples manuales, autómatas.

Desde mediados del siglo pasado, se advirtió en Inglaterra que no bastaba adiestrar para trabajos determinados a un número dado de alumnos, comprendiéndose que si se quería prepararlos para trabajar provechosamente, para incorporar su esfuerzo a la obra compleja del mejoramiento de la producción, era menester dar instrucción artística, y no puramente comercial, industrial (de manualidad hábil), modificándose desde entonces las enseñanzas, de aquel punto de vista.

Ruskin, el gran cultor de la belleza, tiene que haber influido poderosamente en el desarrollo artístico de aquel país, por su empeñosa actuación, si bien otras causas y factores habrán contribuído a tal resultado; pero es lo cierto que en Inglaterra ha tomado un amplio desenvolvimiento ese cultivo, en todas sus formas, y acusa más que nada su complexión modernísima, el hecho de que los más grandes artistas no

desdeñan contribuir a las manifestaciones del arte aplicado, en el cual se han logrado en toda clase de construcciones industriales y en telas, principalmente, verdaderos prodigios. En dicho país, como en Alemania, Suiza, Bélgica, Suecia, Noruega y Dinamarca, se dan muchísimos y variados cursos de arte industrial. Sólo en Alemania, fuera de cerca de 600 escuelas industriales, se siguen más de 2.000 cursos de perfeccionamiento industrial y allá, en Europa, es difícil excluir el arte de cualquier manifestación. Podrá quizás estar mejor o peor orientado, pero la prescindencia artística es ya imposible allá, como lo es en nuestro país.

En Suecia, Noruega y Finlandia también se han operado grandes e importantes progresos en las manifestaciones modernas del arte, y en dichos países es tal la difusión de la cultura que Guillermo Ferrero, asombrado, llama a esta región casi ártica "paraíso terrenal". Es claro que la primera consecuencia de la mayor cultura diluida es el bienestar social, que llega hasta conceder al labriego la lectura de revistas y muchos *conforts* que, por lo común, son un privilegio de las aristocracias. Es allí que se ha realizado el significativo hecho de que una revista científica cuente más de sesenta mil suscriptores.

Y si a un pueblo con un estado social admirable como el que nos describe el eximio escritor, se agregara el concurso del arte intenso, se le convierte, en verdad, en un paraíso terrenal, más que eso, en un pueblo homogéneo de inteligentes, de conscientes.

Nada hay tan elevado como el culto del arte, el culto impersonal de la belleza, el cual denota una positiva superioridad sobre la vida de simple conse-

cución de las apremiantes necesidades materiales; y esto debe proclamarse como una solución impuesta por el mismo buen sentido, cuando se piense que con sólo el color y la línea, con estos dos elementos que casi abundan como el aire y la luz, pueden crearse formas estéticas infinitas. Parecería un sueño vivir en un país donde aún los labriegos y los operarios todos, gozasen de los beneficios de la cultura general y donde su criterio artístico les permitiera procurarse un ambiente estético en su vivienda, por modesta, humildísima que fuese. Se habría consumado entonces en una forma bastante práctica, lo que pareció siempre una idealidad irrealizable: la igualdad. Acaso la ecuación de este gran anhelo sea el arte, como complemento de la ciencia.

En Francia hace ya mucho tiempo que se han impuesto las nuevas tendencias artísticas; y en Italia, que había quedado atrás en este movimiento, se está operando una transformación fundamental, cuyos resultados no tardarán en verse. En estos países que han acumulado tanta tradición gloriosa, han tenido que darse verdaderos asaltos heroicos contra el academismo, contra la rutina y el estancamiento que vivían a expensas de las glorias tradicionales, con la estrechez de todo comensalismo, pretendiendo hacer causa común con las incuestionables manifestaciones anteriores, como si fueran de ellas una florescencia o un fruto, más bien que una repudiable vegetación parasitaria.

En Norteamérica, pueblo que ha asombrado al mundo por su vigor productivo y por su espíritu avanzado y práctico, hace ya muchos años que se reputa una "necesidad" el arte, y se vienen haciendo esfuerzos de todo género, para darle el mayor des-

arrollo a su cultivo, en espera de los consiguientes beneficios.

Desde que, en 1870, el estado de Massachussetts reconoció oficialmente la necesidad de agregar la enseñanza del arte a la instrucción pública, hasta el día de hoy en que se crean a cada paso asociaciones de propaganda, para estimular más el desarrollo artístico, y se hacen exposiciones, y se instalan museos y se organizan escuelas municipales de enseñanza artística, se ha echado mano de todos los recursos imaginables, para mejor satisfacer esa positiva necesidad de las agrupaciones cultas.

Aprovecharon de inmediato la iniciativa de Luis Prang, apenas comprendieron sus proyecciones, con un tacto, una perspicacia y una decisión realmente admirables. Helem Zimmern en 1898, hace ya doce años decía: "En estos últimos nueve años se ha des- " arrollado rápidamente en los Estados Unidos de " América, un movimiento el cual ha llegado a tal " punto que no puede quedar ignorado por los edu- " cadores de Europa.

"La vía adoptada por los promotores de este movi- " miento logrará cambiar el estudio y criterio de arte " de las masas, hasta en sus raíces, desde que el curso " es popular y se manifiesta en su forma más elevada, " en las escuelas públicas... En los ocho años de " instrucción obligatoria, se suministra una educación " gradual artística, que deberá despertar el sentimiento " del arte en las generaciones venideras. No es impro- " bable que el sistema Prang, llegue a considerarse " como uno de los pasos más notables que se hayan " dado en la ciencia pedagógica...

"Cuando se considera que en América en estos " últimos veinte años, la técnica de la reproducción,

" por lo que respecta a los dibujos, litografías, zinco-
" grafías, incisiones en madera, etc., ha hecho más
" progresos que en cualquier otra parte del mundo,
" es natural que se sienta el deseo de buscar las causas
" que han producido estos resultados".

Ahora, en los años transcurridos desde entonces, se han comenzado a desplegar ya las proyecciones sorprendentes de todo proceso progresivo. Sólo los que ignoran los adelantos realizados, pueden decir que no hay manifestaciones artísticas en aquel pueblo admirable.

Este país que acusa en la raza blanca sólo un seis por ciento de analfabetos (el porcentaje del 13 % parece debido a la inmigración y étnicos inferiores), agrega a la instrucción común la enseñanza artística, elevada y propia para formar hombres tan competentes, como ejecutivos.

Este es un signo de verdadera sabiduría.

Ese plan, que tiende a hacer de cada hombre un buen obrero, habrá de dar resultados estupendos. Baste considerar que, encaradas todas las formas de producción con un criterio artístico de buena índole, le dará una riqueza tal esta alianza, un prestigio y una dignidad, que ha de representar progresivamente valores imposibles de apreciar, ni de concebir siquiera. Hasta en el campo de la ética social se percibirán sus resultados.

Y si en el viejo mundo no se ha ido más resueltamente hacia las formas modernas de enseñanza, es por las resistencias que opone el resabio, tanto más arraigado cuanto menos puede cimentarse en el raciocinio, como ocurre siempre.

Nosotros que estamos libres de toda rémora tradicional, debemos ir derecha y abiertamente a las formas

mejor conceptuadas, más racionales, más científicas, más prácticas y provechosas. ¡Sería inexcusable que pudiendo evitar las resistencias del prejuicio, que tanto ha costado vencerlas al espíritu moderno y que sólo pudo vencer por su innegable justeza, las creáramos aquí gratuitamente!

En las escuelas modernas reina un espíritu de observación, de racionalidad y de liberalismo tal, que las peculiaridades del alumno quedan protegidas como un caudal, produciéndose así entre otras consecuencias favorables, la diversificación de aptitudes. El alumno va a la escuela a equiparse de conocimientos, como iría a un arsenal a buscar las armas que más le conviene a su defensa.

En las academias, en cambio, se adoptan dos o tres arquetipos, como moldes de instrucción, y a todos los alumnos se les da en su clase respectiva el mismo tratamiento, hasta llegar al punto terminal que es la diplomación. Ese es el fin de la escuela.

Esto es inconsulto y arbitrario porque arrasa la espontaneidad que es a la individualidad humana, lo que el perfume es a la flor.

El plan moderno acusa un mayor conocimiento de la realidad, y está basado en el respeto a la personalidad humana como valor que es, muy estimable; en el régimen académico, al contrario, se condenan hasta las más preciosas rebeldías como delitos; se somete a todo alumno, por igual, a complicados formalismos, y no descansa la palmeta del preceptor hasta que aquél se rinde, y entrega su personalidad abdicando, defeccionando, sometiéndose a la pauta impuesta por las autoridades escolares, como un dogal. Esta es la oposición misma al ideal pedagógico moderno.

En vez de cursos interminables, sistemáticos y campanudos debe tratarse, en cuanto fuere posible, de que el alumno busque en cada materia lo que necesita para completarse, y es así como conserva sus energías y entusiasmos que, de otro modo, se pierden en la realización de un sacrificio estéril, casi siempre. El profesor debe ser el consejero, el guía, más no su verdugo mental.

En vez de darse cursos de tres, cuatro o más años deben darse clases, la mayor variedad posible y clases prácticas, así como exposiciones, explicaciones, demostraciones, a fin de que cada cual pueda recoger cuanto necesita para modelar su personalidad. Conviene que haya más direcciones y consejos pertinentes que cursos sistemados, más enseñanzas que maquinarias, más clases prácticas que talleres, más alumnos que instalaciones, más conocimientos que diplomas.

Conviene, es de toda conveniencia y entra en el sapientísimo plan del gobierno, dar más instrucción elemental que instrucción superior limitada.

El estado no debe hacer distinciones en la distribución de la enseñanza, por el contrario, debe tratar de hacerla llegar a todos los que la demandan y debe hacer propaganda a la vez, para que la demanden lo más posible. Exigir un examen de ingreso, para acordar los beneficios de la enseñanza industrial, me parece menos que práctico, inconveniente e injusto.

El estado debe conceder estos bienes, principalmente *a todos por igual*. La suma de conocimientos que puede suministrar con arreglo a sus recursos, debe ser dividida por el número de aspirantes, y nunca constituirse un privilegio como ocurre en la actualidad, que está distribuida y limitada arbitrariamente.

El orgullo de una nacionalidad si acaso puede justificarse alguna vez, será cuando no tenga analfabetos ni ignorantes, y para reducir su número hay que hacer al revés de lo que se estila: debe abrírseles las puertas de toda escuela, de par en par.

Conviene dirigir la instrucción en el sentido de preparar el mayor número de hombres con algunos conocimientos, por rudimentarios que fueren, siempre que los inicien para comprender los resultados sorprendentes de un trabajo inteligente y perseverante.

De este programa, aun cuando no pudiera darse por algún tiempo mucha amplitud a la enseñanza, podría asimismo esperarse la formación de obreros preparados para iniciar la transformación del país; y es hasta de buena táctica ir de lo simple a lo complejo, para obtener resultados más positivos.

Pero, dar oficios simplemente, formar "manuales", obreros manuales, por más hábiles que sean: zapateros, hojalateros, herreros, tipógrafos, encuadernadores, litógrafos, carpinteros, torneros, etc., no es de seguro un fin superior del estado, y en esta oportunidad menos. Tanto es así, que nadie dirá que se ha sentido la necesidad de esta clase de productores; pero de seguro no se dirá así respecto de la producción artística, ni del ambiente.

Si se necesita una escultura de estilo, una puerta, una verja, una aplicación cualquiera, basta que se la requiera con alguna condición que no sea lo rutinario, para que haya dificultad en encontrarla.

Se dirá que esto es un lujo y que, por lo mismo, no es urgente darle satisfacción; pero no es así. El arte aplicado, por lo menos el arte decorativo industrial no es un lujo, es una necesidad, y dicha nece-

sidad satisfecha constituye una positiva riqueza, dentro de una civilización más elevada.

En todas partes se ha comprendido esto y se trata de cultivarlo como algo indispensable en el sentido que tiene esta palabra, en los centros cultos.

Poner en duda los beneficios de la instrucción artística no puede excusarse hoy día. Nadie podrá desconocer, que si agregáramos a nuestros adelantos los elementos del arte; si su esencia complejísima se incrustara, más aún, informara toda nuestra economía y toda nuestra producción, el país se habría transformado en una década, de tal modo, que miraríamos con piedad acaso lo mismo que hoy nos enorgullece.

No basta dar instrucción industrial, es menester encaminarla de la mejor manera posible y con tanto más cuidado cuanto que tenemos recursos limitados y debemos, en consecuencia, utilizarlos de modo que vengan a satisfacer las necesidades más verdaderas, más positivas y urgentes.

Nosotros debemos, a mi juicio, encarar la enseñanza industrial del punto de vista de las artes decorativas, más bien que del punto de vista fabril, manufacturero.

La preparación para las industrias fabriles, como se ha instituido en la República Argentina no es adecuada para nuestro país, si acaso lo fuera para aquél. Aquí pasarán muchos años antes de que sea un centro fabril —si llega a serlo— con manufacturas, talleres y usinas de importancia, en cuanto a su extensión, digo, para que pueda preocupar esto seriamente al estado determinando, desde luego, un sacrificio de previsión. Si esa institución puede prestar

grandes servicios a la Argentina, no es de seguro la que más puede convenirnos a nosotros.

Nosotros debemos fomentar primeramente el orden de industrias o recursos industriales más apropiados para la explotación de nuestras materias primas: cueros, hueso, pieles, astas, lana, etc., y de nuestras riquezas más explotables mármol, granito, ónix, ágatas, hierro, oro, plata, etc.

Para ello, para utilizar lo más convenientemente estas riquezas, debemos dirigir la enseñanza a formar el criterio a la vez que el sentimiento estético, de modo que puedan promoverse las múltiples formas del arte decorativo.

Debemos preocuparnos, por ahora, de preparar convenientemente el alma nacional, el organismo económico y productor en una forma *bien individual* y consciente, para que pueda dirigirse hacia sus verdaderas y más racionales orientaciones y no de un modo irreflexivo e inconsulto, de simple imitación.

Es claro que todo puede ser más o menos utilizable, y de ahí la facilidad con que nos confundimos. Pero si es cierto que todo puede ser utilizado, no basta esto solo para constituir un plan racional de enseñamiento. Lo acertado es dirigir la enseñanza en el sentido de lo que es más aprovechable, más directo, más eficaz.

En la Argentina, si bien se han hecho instalaciones suntuosas y amplísimas que honran su espíritu de cultura y ponen de manifiesto los anhelos de ese pueblo progresista, no han podido todavía implantar los cursos necesarios para las diversas manifestaciones industriales, y el Director declara que para eso se exigirían mayores recursos, "un capital inmenso", lo mismo que había manifestado diez años antes, cuando

aún no se habían invertido las sumas considerables insumidas en el edificio y en las instalaciones de la "Escuela Industrial de la Nación".

Nosotros, que no podemos hacer por ahora nada aproximado, ni debemos hacerlo, a mi juicio, aunque lo pudiéramos, ¿por qué hemos de seguir ese mismo plan?

El director de aquella escuela, señor Krause, en una erudita exposición publicada en 1899, en los "Anales de la Sociedad Científica Argentina" hace la apología incondicional de la división del trabajo, de la producción a todo trance, de la "manualidad hábil" de las "facultades mecánicas" para la producción industrial, prescindiendo del arte, en vez de hacerla presidir por él, como un elemento sustancialmente apreciable e insustituible en toda obra.

De ahí que encare la producción industrial de un punto de vista extensivo, puramente mecánico, encauzando la instrucción en el sentido de producir *lo más posible,* en vez de producir *lo mejor posible* y asimismo *lo que el medio se halle más en aptitud de producir bien.* Es claro que en esa anchísima vía no hay millones que basten. No hay selección, ni hay barreras. Los recursos van entrando a un tonel sin fondo.

Ese plan es erróneo porque siendo tan vasto el campo industrial y limitados los recursos, ha debido comenzarse por determinar, previo examen, qué forma de instrucción convenía iniciar, postergando la ambición de abarcarlo todo, si acaso, para la debida oportunidad.

Allá mismo en Norteamérica, cuyo genio productor asombra tanto como su potencialidad, hace tiempo

que han reaccionado contra el régimen de la instrucción encaminada en una vía de extrema división del trabajo, que tiende forzosamente a formar el hombre-máquina. En ese país, cuyas enseñanzas aconsejadas por su proverbial sentido práctico son tan dignas de respeto, se trata más bien de formar obreros competentes, no sólo hábiles, sino también capaces de deliberar y juzgar con sesudo criterio, y tal propósito se aviene mejor, sin duda alguna, a la consecución de nuestro interés nacional bien entendido.

"Según Paul Adam *(Vues d'Amerique)* en un mismo lapso de tiempo el obrero norteamericano produce 9.440 francos de mercaderías, en tanto que el inglés produce 3.950 francos y el francés y el alemán producen 2.050 francos". Esta cita la trae Omer Buyse en su notable obra sobre los métodos americanos de educación general y técnica, y agrega: "El norteamericano parece ser, pues, el primer obrero del mundo. Si bien es el que está mejor pagado, su salario no representa más que el 18 % sobre el total del rendimiento, merced a su máximum de esfuerzo; el francés 32 %, el alemán 28 % y el inglés 26 %. Todo el trabajo europeo resulta inferior, comparado con el americano. Esta sola cualidad, si se mantiene, asegura a este último la supremacía completa e incontestable del porvenir".

Nosotros, particularmente, que no podremos ser nunca un centro productor de gran potencialidad cuantitativa, debemos encarar nuestro engrandecimiento por la calidad, por la intensidad, por el prestigio de nuestros productos.

Todo tiende a aconsejarnos la opción de lo mejor, y acaso sea esto debido a la pequeñez de nuestra entidad material.

Si los argentinos pueden aspirar a la grandeza extensiva de su producción, nosotros debemos buscar nuestro engrandecimiento en otro sentido: *producir lo mejor posible; lo más intensamente posible.* Todos los hombres superiores que han visitado estos países han observado que no se perfila suficientemente el carácter, la individualidad de nuestros pueblos en los que hay mucho reflejo, mucho acopio indeliberado, mucha imitación y hasta la copia servil. A veces por lo irreflexivo de la elección de modelos caemos en un verdadero hacinamiento de exotismos, los más incoherentes e incongruentes.

Nuestra instrucción industrial debe tender, como todos nuestros esfuerzos a seleccionar, antes de asimilar, a buscar lo que más se ajusta a nuestra complexión. Dado este criterio no hay duda de que nos conviene adoptar un tipo americano superior, lo mismo para nuestros productos que para lo demás, todo, y no tanto independiente cuanto bueno, apropiado, intenso, mejor, lo mejor posible.

Esto es lo que debemos hacer nosotros.

Lamento que mi distinguido compañero y amigo don Pedro Cosio proponga para nuestra escuela industrial un plan que, si bien ofrece todos los espejismos imaginables, no responde a una finalidad práctica más de acuerdo con la estructura nacional y hasta con la misma idiosincrasia intelectual de tan estimable y tan preparado hombre de estudio.

Para darse cuenta clara de que no es tan práctica como parece ser esa instrucción en la forma que la proyecta, ni son tan eficaces sus finalidades, bastará hacer esta simple reflexión. Demos por admitido que la escuela ha funcionado regularmente y que tenemos ya cien o más técnicos mecánicos, cien o más electro-

técnicos, y otros tantos técnicos químicos y maestros de obras: ¿qué hacen?, ¿qué podrán hacer en el país por muchos años?...

El interesante opúsculo del señor Cosio presenta bajo las sugestiones de un estilo vigoroso y moderno, un plan por completo académico y por lo tanto anticuado; peor que eso, inconducente. Cierto que es preciso meditarlo para no dejarse influir por las atracciones de la exposición; pero si bien se observa, se verá que se sustentan allí, en sustancia, las mismas ideas que inspiraron el plan argentino y el mismo plan del programa proyectado por el Director Técnico, todo lo cual además de hallarse encarado académicamente y, por lo mismo, fuera de las corrientes modernas, no toma en cuenta las necesidades del país en la actualidad, por lo menos.

No es un régimen bien concebido el de instruir profesionalmente con generalidades de simple carácter técnico y manual para todos los oficios y para todas las modalidades industriales, puesto que se hallará, desde luego, la dificultad de los recursos que hasta tiende por sí misma a hacer un seleccionamiento, y se corre el peligro de preparar y diplomar para servicios que no se demandan, ni se pueden utilizar. En cambio la instrucción, de otro punto de vista, como la establece mi programa, no ofrece ese carácter desalentador, al contrario —¡ojalá concurrieran todos a recibirla!—, y en cuanto a las especializaciones, pueden también ser atendidas a medida que se vayan exigiendo por una necesidad.

Lo primordial es prepararnos para utilizar nuestras riquezas, las que se exportan para ser transformadas en el extranjero y devueltas a veces a nuestro propio país, valorizadas por la mano de obra y por el ingenio

de otros pueblos. Es claro que si esa transformación la hiciéramos aquí, habríamos fomentado tanto nuestra riqueza, cuanto nuestra cultura. Y, ¿por qué no podremos aspirar a que se transformen aquí mismo esos productos, y no sólo que se transformen sino que se transformen de la mejor manera posible, cuando tal resultado es tan fácil de obtenerse, puede decirse, cuanto es de auspicioso?

Esta aspiración no sólo es más promisora, sino también más razonable que la de formar simples auxiliares mecánicos de las industrias que funcionan en el país y de otras que sea; es más razonable, digo, porque es más directo y más eficiente el resultado y porque viene a llenar una necesidad más hondamente sentida, y a satisfacer un anhelo mucho más positivo, y más grande y elevado.

Y debe advertirse además que, encarada así la instrucción de la escuela, no dejará por eso de producirse también, por un proceso segregativo y con mayor ecuanimidad el tipo menos apto, de simple habilidad mecánica, manual, sin vuelo, el que con menos aptitudes o ambiciones opta por aprovechar, desde luego, su preparación incompleta.

Estos serían los más, seguramente, y con ellos podría darse satisfacción con creces a las exigencias de la demanda.

Como se ve, la clase de instrucción que propongo, no es excluyente de la habilidad manual sino más comprensiva, más intensiva y de mayor alcance.

En cuanto al afán de dar profesiones técnicas en ramas fabriles, que acaso han de pasar muchos años antes de que puedan tomar un desarrollo digno de fijar desde ya la atención del estado, es una exigencia secundaria, y menos urgente. En cambio, una

legión de obreros-artistas muy pronto podría iniciar el mayor aprovechamiento de las riquezas nacionales, como un enjambre capaz de promover formas nuevas, múltiples, inesperadas, de trabajo en el país, despertando complejísimas y saludables actividades productivas.

No es posible predecir los beneficios que de esto recogería el Estado, tanto morales, como materiales.

El alborear de nuevas y pequeñas industrias que dan ocupación a millares de personas, pequeñas industrias que permitirían a muchas familias mediante un simple torno, acaso, o un pequeño taller, procurarse los recursos necesarios para equilibrar sus presupuestos por medio del arte industrial doméstico, el *hemslöjd* de los suecos, y que darían a la mujer, cuyas dificultades para vivir son notorias, elementos para luchar decorosamente, y que aumentarían la riqueza nacional dando mérito a lo que sirve apenas para exportar como materia prima de escaso valor; en fin, el arte incorporado a toda construcción, a todo objeto, a todo utensilio y, más que nada, *a toda persona*, dándole a la población un más alto nivel moral e intelectual, es una aspiración superior de todo hombre sensato. ¡Son incalculables los beneficios que ha de producir una institución de esta clase!

Si ha podido dudarse de las ventajas de la enseñanza artística, cuando era academica, y cuando cada academia era un almácigo donde a menudo brotaban los amanerados, vanidosos, holgazanes, pedantes, malhumorados que languidecían soñando perpetuamente con obras fantásticas, enfermizas y casi siempre superiores a sus fuerzas y aptitudes, lo cual sería una verdadera calamidad para nuestro país por ahora, a lo menos, si ha podido dudarse entonces, digo,

no puede ocurrir tal cosa cuando es tan práctico el fin de la enseñanza.

Pero también es menester que una escuela de arte aplicado no se implante con los vicios del academismo, porque en una institución de este género sería doblemente malo, doblemente inoportuno e imperdonable hacerlo. Basta el más simple buen sentido para comprender esto.

Si la Escuela de Artes y Oficios se mantuviera dentro del plan anterior y asimismo dentro de las condiciones del proyecto de programa de que me ocupo, que a su vez se ha inspirado en el mismo orden de ideas, no se habría hecho más que agregar nuevas organizaciones, nuevos mecanismos, nuevas complicaciones sin modificar su esencia, y eso que nadie duda ya de que la Escuela fue siempre un completo fracaso.

Sería lo mismo, pues, en una forma más aparatosa y más cara.

Enseñanza práctica. — Estas clases de carácter práctico son las que pueden formar el ambiente de la Escuela.

Así, por ejemplo, el profesor propone la solución de una dificultad, o que se proyecte una construcción más o menos simple. Los alumnos modelan, dibujan o exponen su solución, y entonces el profesor formula la crítica de los trabajos, haciendo ver sus cualidades y defectos, comparándolos con lo que ya se ha hecho, analizándolos al través de los criterios diversos conocidos y poniendo de relieve las condiciones que el alumno ha manifestado, tanto las buenas como las malas.

Estas clases, a condición de estar regenteadas convenientemente, son las que van a dar un impulso eficaz a la Escuela, pues van a despertar la inventiva y las demás facultades del alumno —las más aprovechables— y van a fomentar las nobles emulaciones que forman el ambiente de la escuela. Por medio de estas clases es que puede producirse la mayor frecuentación del establecimiento, estimulando el entusiasmo por el estudio, haciendo ver a cada uno las ventajas que puede obtener de cada asignatura, de cada curso especial y de cada esfuerzo, según la índole de sus aspiraciones, sus modalidades, etc. Estas clases mantendrán el buen ánimo que debe acompañar a todo esfuerzo intelectual saludable, y en vez del aspecto sombrío y triste de esas aulas que uno jamás sabe a ciencia cierta para qué sirven, se verá un núcleo de gente animosa que acude en busca de un esclarecimiento, aguijoneada por la esperanza de disipar una duda, por el afán de completarse, de mejorarse.

Estas clases, poniendo a contribución las facultades personales del alumno, cumplirán la misión de modelarlo convenientemente y de formar su criterio, haciendo valer sus aptitudes más utilizables y dentro de un orden práctico, enteramente práctico y sin perjuicio, naturalmente, de las demás enseñanzas.

Museo de la Escuela. — Fuera de la biblioteca y de los demás coleccionamientos apropiados para facilitar estos cursos prácticos, es también indispensable un pequeño museo de reproducciones, por embrionario que sea, el que permitiría ir formando una idea clara de la historia del arte, además del conocimiento de los estilos conocidos.



La utilidad y las ventajas de esta institución no se pueden discutir, tanto más cuanto que no sólo serviría un museo para la escuela, sino también para la población toda.

Régimen de la Escuela. — Es muy difícil mantener en buen pie una organización como la actual, agregando aun los externos que van a concurrir a las clases.

El internato no es un régimen favorable y mucho menos cuando todavía está complicado con los inválidos que manda al Establecimiento la Comisión Nacional de Caridad y con los que se han hecho dignos de corrección, o simplemente con aquellos cuyas familias, por desidia o por comodidad a veces, no se deciden a educarlos e instruirlos a su costa, como debieran.

Con una población tan heterogénea no es fácil hacer marchar a la Escuela, convenientemente.

Ya es bastante que el estado dé facilidades para instruirse para que todavía deba llevar su tutela hasta esa edad, y con una desigualdad irritante; y si a todos se les pudiera atender así, ¡todavía!... Para el estado es preferible, repito, dar instrucción a millares de personas, por elemental que sea, antes que destinar la misma suma para instruir a dos o tres centenares de jóvenes cada tres o cuatro años que duran los cursos, y aunque sea con conocimientos más complejos.

Entre tanto no se haya operado la evolución será menester independizar los diversos núcleos de modo que no se perturben unos a otros, tanto en los talleres, como en las clases; y del mismo modo los talleres destinados a producir y los talleres dedicados a la

enseñanza, deben funcionar por separado, disponiéndose una rotación de clases y trabajos que permita a cada grupo el mayor aprovechamiento posible.

Si se quisiera mantener dentro de las mismas condiciones actuales a la Escuela, no es posible prever los ensanches de local y las costosas instalaciones que se demandarían, en orden sucesivo y progresivo, a medida que se ordenara y se ampliara el establecimiento, aumentando así sus alicientes y el pedido de becas.

Ya el Director, por exigirlo perentoriamente el proyecto de reglamento de que me ocupo, piensa en buscar terrenos en la vecindad de la Escuela, para ampliaciones inmediatas.

Yo creo, sin embargo, que basta por ahora con lo que hay, siempre que se contraiga principalmente la Escuela a dar instrucción y, si acaso con lo que en el propio terreno de la Escuela pueda aprovecharse de espacios libres, y con los locales existentes que una más racional distribución de oficinas y depósitos podría proporcionar, esto bastaría por muchísimos años para los fines de la Escuela.

Es posible que una serie de medidas, dentro de un régimen apropiado, permitiera costear un día el establecimiento con sus propios recursos, pero este punto deberá estudiarse después que se haya visto que es posible lograrlo sin menoscabo de la enseñanza, que es el fin primordial de la institución, si acaso tal cosa puede hacerse honestamente.

Por el momento, lo que debe estudiarse en primer término y con más detención, es la índole del enseñamiento que conviene dar y los métodos que deben adoptarse para mejor llenar este fin nacional, y para

servir lo más eficazmente que sea posible los intereses del país.

He dejado ya expuesta mi opinión a este respecto. Yo creo que lo más indicado será ir gradual y razonadamente agregando cursos e instalaciones *a medida que sean requeridas por la enseñanza,* debiendo comenzarse antes que nada por los cursos prácticos que son los que van a propagar las ideas más sanas y prestigiosas sobre el arte aplicado, decorativo e industrial, y a propiciar la creación de un ambiente.

Lo más esencial y urgente será dotar al establecimiento de dos o más profesores de enseñanza práctica, fuera de la enseñanza que pueda dar el Director, para que inicien la transformación y a fin de encauzarla cada vez más dentro del plan programado. Para esto bastan por ahora los locales y tal vez los mismos talleres existentes que deben ser reformados, completados y ampliados a medida que sea esto requerido, y cuanto fuere menester.

Por regla general, y en cuanto lo permita el régimen actual de internato, mientras no se opere la evolución, no deberán darse los mismos cursos que puedan ser aprovechados por los alumnos en otros establecimientos públicos de enseñanza.

Como lo propuse hace ya muchos años a la Honorable Cámara de Representantes, podría contratarse en Europa, dos o tres profesores sobre la base de dar varios cursos cada uno, con lo cual se podría obtener un personal idóneo, con poco desembolso.

Hago constar que las apreciaciones apuntadas se han vertido en el concepto de que la Escuela se ocupe puramente de externos, pues no concibo como definitiva institución del estado una escuela de arte, circunscrita a instruir a dos o tres centenares de

jóvenes que han de permanecer por varios años recluidos. Me parece un régimen absurdo.

Desde luego, ¿con qué derecho, con qué equidad se aceptan a unos y se desechan a otros, acaso a los más aptos y necesitados?

Esto es atrasado, injusto e inaceptable. Hay que cambiar de rumbos resueltamente.

Si se quiere que la escuela preste servicios, es necesario hacer penetrar de una vez el espíritu moderno en aquellos lóbregos claustros, y hacer de modo que su soplo saludable entre a torrentes, para vivificar las tristísimas aulas escolares. Hace falta allí como el sol y la luz, el espíritu amplio que preconiza la actualidad; hay que desinfectar y hay que oxigenar y galvanizar ese organismo anémico, lleno de melancolía.

Las ideas nuevas son las que pueden operar ese resultado, actuando como la higiene en el orden físico, como la libertad en el dominio de las conciencias y como la justicia en el campo de las ciencias jurídicas, sociales y políticas.

El espíritu moderno se caracteriza principalmente por la descentralización, por la democratización y por la mayor difusión de las ciencias y las artes, como bienes sociales, los más estimables.

Para que una escuela de esta clase llene su verdadera misión y produzca resultados proporcionados al sacrificio que implican, debe dar enseñanza y dirección no a un ciento o dos de alumnos, sino a muchos cientos, a millares, a todos los que la demanden, y debe hacerse propaganda para que la demanden cada vez más.

Esto es lo práctico y es lo razonable.

Para mantener el régimen de internato, sólo se pueden aducir dos o más argumentaciones que si tienen algún valor efectista, no lo tienen efectivo.

Se dice, por ejemplo, que no se sabrá qué hacer con los jóvenes a quienes no puede educar, ni disciplinar la propia familia, el día que no los acepte la Escuela, como pensionados.

Puede contestarse que esto es de fuerza aparente, más bien que real, pues a nadie escapará que habría antes que amparar a todas las mujeres, con igual criterio proteccionista, cuando las familias no supieran qué hacer con ellas, y con mayor espíritu de justicia cuando se trate de mujeres menores. En el mejor de los casos se prestaría, pues, un servicio muy incompleto; peor aún, muy injustamente distribuido. Ni hay cárcel de menores, por lo demás, con ser tan necesaria y, ¿será imprescindible una institución como ésta para cuidar a los rebeldes, a los turbulentos, ejerciendo la tutela que incumbe a la familia?

Por otra parte, nada es peor que anexar en un mismo centro dos instituciones tan poco similares, por no decir incompatibles, como la corrección de los díscolos y la instrucción de la juventud ordenada y estudiosa, y particularmente en escuelas que deben tener un carácter cada vez más universal, más divulgador y más prestigioso. Para darse cuenta de los inconvenientes de estos organismos híbridos, basta saber que se han alojado allí en la Escuela, *quince idiotas!*...

Estas dos consideraciones, sin acudir a otras convergentes, refutan por sí solas aquella razón que se aduce en favor del internato.

Se alega, en segundo lugar, que los habitantes de la campaña no recibirían iguales beneficios que los de la ciudad, no existiendo el internato.

Esta consideración es también más efectista que real, pues podría aducirse con igual o mayor razón respecto de todas las facultades, incluso la de Veterinaria y Agronomía que son los que más de cerca interesan a la campaña. Es la eterna cuestión: no es posible que tengan iguales beneficios los que viven en campaña que los que viven en la ciudad, ni económica ni socialmente; pero ésta es una desigualdad que emerge de la naturaleza de las cosas, como la de que no respiren los habitantes de la ciudad aires tan puros como los de la campaña. No quiero establecerlo como una compensación, sino como un hecho.

Puede asimismo refutarse esta argumentación, recordando que el internato presupone una reducción, una gran reducción de alumnos, de lo que resultaría que no se atienden ni pueden atenderse las propias aspiraciones de los habitantes de la campaña, al respecto, sino en escasísimo número, y lo peor es que todavía la selección se establece en pro de los menos meritorios, de los menos dignos.

Y hay que convenir en que para el estado, es preferible dar instrucción a un gran número —lo repito una vez más de ex profeso— aunque sea elemental, antes que constituir un privilegio en favor de unos pocos y aun cuando éstos reciban una instrucción más compleja.

En último término se aduce, también, que este régimen permite hacer producir a los talleres de la Escuela. A este respecto no estoy habilitado aún para dar una contestación dentro del orden económico, pero puedo sí, decir que si fuera legítimo hacer pro-

ducir a la Escuela, sosteniendo una competencia de dudoso linaje con los industriales privados, como lo hacen ya otros establecimientos, no hay duda de que se desnaturaliza su fin capital, que es el de enseñar.

Para los fines superiores y bien entendidos del Estado, *al Estado le conviene y le compete más enseñar que producir,* si acaso pudiera esto aceptarse dentro de ciertas líneas y en casos muy limitados como el de las cárceles, para las que milita una razón positiva y fuerte: la necesidad. No hay otro medio de regenerar —en la significación que admite esta palabra hoy día: formar hábitos de orden y dar los elementos personales que se requieren para convivir socialmente, lo cual no puede obtenerse sin el trabajo.

Respecto de la Escuela, por el contrario, ninguna consideración compensa los perjuicios de la limitación de la enseñanza, no ya los inconvenientes que acarrea el contacto de elementos recluidos por su mala conducta, con los más honestos y anhelosos de estudiar.

Y en un establecimiento de esta clase, el pupilaje sólo puede convenir para hacer producir a los talleres, y para dar oficios. Lo primero no es muy legítimo y lo segundo no es necesario ni siquiera útil para los fines sociales, ni eficaz desde que jamás podrá instruir aprendices una institución pública, ni tampoco mantener sus instalaciones en un pie de adelanto tal como lo hacen los privados. El celo de éstos es mayor y más persistente.

Y si se quiere agregar el hospedaje para los de campaña, sería mejor instalarlos a costa del estado fuera de la Escuela o acordar un número de pensiones, o bien distribuirlos como aprendices en los establecimientos industriales que quisieran aceptarlos

mediante el alojamiento y la comida, o mediante cualquier otro convenio, a condición de que se les permitiera concurrir a la escuela durante dos o más horas, a instruirse en sus respectivos oficios.

Acaso pueda hacerse esto a base de un establecimiento industrial que utilice todos esos brazos, durante un número dado de horas.

Cualquiera de estas soluciones ofrecería la ventaja de que no se empaña el prestigio de la escuela, ni se perturba la enseñanza, si llega como llegan así a limitarse los recursos destinados a dar una instrucción de la que tanto hay que esperar, para bien del país.

Está en tal descrédito la Escuela por su carácter correccional, principalmente, y hay tales prevenciones contra ella, que hasta es conveniente con motivo de su reorganización cambiarle de nombre, para concurrir así también a disipar aquellas causas de resistencia, las que serían muy inconvenientes más que nunca en los instantes iniciales.

Podría llamarse por ejemplo: "Escuela Pública de Arte Industrial" o simplemente "Escuela de Arte Industrial" o "Escuela de Arte Aplicado".

Instrucción pública artística. — Es conveniente en sumo grado que las escuelas públicas despierten en el niño el concepto del arte y de la belleza, como se ha hecho en otras partes. Esto concurrirá a formar el carácter del pueblo, dentro de un plan más alto y más culto.

En Norteamérica se dirige la instrucción en el sentido de hacer de cada hombre un obrero. Es una nobilísima aspiración, fuera que es de resultados incuestionables.

Se trata de formar el carácter de modo que nadie imponga tutelas sino la de cada uno para sí mismo, "the self-control", lo cual prepara a los hombres para darse una conveniente dirección en la lucha, sin menoscabo de las disciplinas obligadas por la convivencia y, sobre todo, se preparan hombres idóneos y no entes incompletos, faltos de convicciones y expuestos a verse mistificados y explotados más tarde, por otros más expertos y de menos escrúpulos; y conviene asimismo, como allá, hacer converger a una aspiración integral, todas las enseñanzas. Nacen de un plan como éste los elementos de la inteligencia práctica, industrial, positiva, conjuntamente con las energías del esfuerzo inicial, y de las facultades ejecutivas.

Es conveniente preparar a los ciudadanos y a los hombres que nos sucedan para que no sólo sean capaces de comprender y realizar los ideales que esboza el porvenir, sino también dignos de sustentarlos.

Y para llenar bien este fin, convendrá aprovechar la experiencia de los demás, por la que se ha comprobado que no basta la enseñanza de un arte inferior, mercantil, sino que se deben abarcar los más amplios horizontes, para que el educando pueda moldear su personalidad con los elementos de una cultura superior. Dar tales enseñanzas a un niño, es dotarlo de facultades y de recursos tan estimables que difícilmente se podrían valorar.

Consejo y Dirección. — Con arreglo al proyecto de reglamento del señor Director Técnico resultaría demasiado recargada de tarea y responsabilidad la Dirección y demasiado circunscrita la acción del Consejo. No se concibe que se reúnan varios ciudadanos

para desempeñar funciones tan pequeñas y de tan escasa importancia; y en cambio, la Dirección tiene un recargo que haría imposible su marcha, convenientemente.

La dirección técnica y la dirección superior general y administrativa deberían independizarse, para que puedan ser ejercidas con eficacia y para que no se perturbe la enseñanza que es lo principal, lo primordial, en un establecimiento de este género.

Ocupar a un director técnico con conocimientos especiales y de vasta erudición en administrar, vigilar y cuidar de la economía toda del establecimiento, es anularlo.

El Director Técnico, a mi juicio, no debe tener más cuidado y preocupación que la de la enseñanza.

Mi programa. — Al redactar mi proyecto de programa y reglamento he tenido en vista los inmensos beneficios, cada vez mayores, que deben esperarse de la divulgación de enseñanzas encaminadas a formar el criterio, la conciencia del obrero, dentro de un plan amplio y moderno, desarrollando el espíritu de observación, de organización, de iniciativa, de asociación, de inventiva, de ejecución, y formando el sentido estético, dentro de un orden práctico de adecuación, de adaptación, de ordenamiento, de equilibrio y de armonía, todo lo cual debe preparar por un lado, hombres capaces de intervenir provechosamente en las modalidades más complejas de la producción, y con sentido práctico, y por el otro, múltiples factores de cultura, determinando rumbos más positivos y razonados a la actividad, como a la producción general. Este beneficio se anticipará y se acentuará eficientemente con el régimen de externato, que con-

vierte a cada alumno en portavoz de las ideas y enseñanzas que se vierten en la escuela, hacia todos los extremos, irradiándose así las luces de la instrucción, que es uno de los más proficuos bienes que puedan esperarse.

La acción de esta escuela, en la que podrán abrirse también cursos de confecciones y otros más apropiados para la mujer, y sobre todo cuando haya adquirido un desarrollo proporcionado a la población y cuando la instrucción pública, y las escuelas de menaje y del hogar, así como las demás formas de instrucción, hayan concurrido a integrar con sus elementos el alma nacional, dándole todas las complejidades que requiere la vida moderna, puede ser de una trascendencia fundamental en los destinos del país.

Azuzado siempre por el deseo de comprobar más y más el fundamento de mis opiniones, aproveché la oportunidad de la visita del eminente maestro don Santiago Rusiñol, para exponerle mi plan de transformación de la Escuela de Artes y Oficios, y me es muy satisfactorio manifestar que lo aprobó enteramente, afirmando que ese programa estaba de completo acuerdo con las ideas más prestigiadas, hoy día, en todos los centros adelantados, y que él anhelaba verlas implantadas en su país, cuanto antes. Que hace tiempo que se está luchando allá para llevar ese anhelo a la práctica, y que en ese sentido él no había omitido, ni omitirá esfuerzos.

Tengo la satisfacción también de expresar aquí que el propio Director Técnico señor Thomas Cadilhat no está de acuerdo y, por el contrario, me manifestó hallarse en completa disconformidad con el reglamento sometido a la aprobación del Consejo.

Debo suponer, pues, que si lo ha proyectado así fue por creer que debía mantenerse el viejo régimen, en el inexacto concepto de que el país no estaba preparado aún para implantar una institución moderna y avanzada, con ser esto más práctico, más provechoso y más fácil tal vez.

Como quiera que sea, yo he debido hacer la crítica del proyecto sometido al Consejo a que tengo el honor de pertenecer, debiendo hacer notar que no he creído necesario detenerme en los detalles secundarios y sí sólo en lo fundamental, en la inteligencia de que establecidas las principales líneas directrices de la Escuela, lo demás puede deducirse fácilmente.

Montevideo, 20 de julio de 1910.

Pedro Figari

CULTURA PRACTICA INDUSTRIAL*

MEMORÁNDUM PROVISIONAL - LO QUE DEBE HACERSE

1°) Transformar la Escuela Nacional de Artes y Oficios en centro de preparación e información general, de amplio externato, agregando a esos cometidos la propaganda, destinada a prestigiar las mejores formas de producción nacional en todo el país. Dicho centro, abierto por igual a todos los que deseen aprender o informarse, hombres y mujeres, prepararía además al personal de la Instrucción Pública Primaria para que éste a su vez, pueda formar el carácter industrioso del alumno, al propio tiempo que lo instruye teóricamente.

2°) Los maestros y maestras deben adquirir conocimientos prácticos de producción, según sus aptitudes, a fin de que, al rotar, puedan difundir en todo el país formas múltiples de producción razonada. La reglamentación dispondrá lo necesario para que la distribución de esta enseñanza se haga del mejor modo posible en todo el territorio de la República.

3°) Al mismo tiempo que se tienda a mejorar las grandes industrias nacionales, debe promoverse la

---

* Con este título, Figari presentó un plan provisional de enseñanza industrial al Poder Ejecutivo, en el comienzo de la presidencia de Viera, marzo de 1915. Lo incluyo en el Apéndice N° 2 de su opusculo *Plan general de organización de la Enseñanza Industrial*, 1917, págs. 100 a 110.

mayor variedad posible de pequeñas industrias complementarias, comenzando por las más fáciles y apropiadas, a fin de que se adviertan inequívocamente las ventajas del estudio y del trabajo. De este modo, empezando por lo que es más simple y útil, fuera de obtener en el país un ambiente más optimista y práctico, podrá hacerse una selección juiciosa tanto en la dirección de las iniciativas industriales aptas para prosperar, cuanto en las aptitudes personales aplicadas a servirlas.

4°) Para empezar, podrían iniciarse los cursos que cuentan desde ya en el país con profesionales o industriales capaces de enseñar, teniendo siempre muy presente que, para no malograr el propósito primordial de esta institución, deben impulsarse en primer término las industrias más fáciles y más reditivas, así como que conviene dar preferente atención a las formas industriales que aprovechan nuestras materias primas. También deben merecer atención especial las industrias femeninas, tanto en la capital como en campaña.

5°) Para impulsar el espíritu de industriosidad nacional, podría intentarse desde luego el ensayo de las ramas siguientes de producción, en sus formas rudimentarias:

Cuero: Curtido, teñido, repujado, trenzado, para aperos, monturas, arreos, látigos, cojines, estuches, carteras, valijas, zuecos y demás formas de calzado, carpetas, encuadernación, etc.

Crin, paja, esterilla, caña, mimbre, bejuco, bambú, junco, cáñamo, esparto, alambre, etc.: Corte, armado, trenzado y tejido, para cepillos, escobas, esteras, pantallas, parasoles, canastos, cestas, sombreros, muebles,

fiambreras, pajareras, cedazos, jardineras, cuerdas, envases, cache-pots, etc.

Lana, lino, algodón: Limpiar, preparar, teñir, tejer, para jergas, fajas, gorros, redes, macramé, cinchas, colchones, frazadas, cojines, medias, toallas, toldos, carpas, colchas, carpetas, vestidos, ropa blanca, pasamanería, puntillas, bordados, encajes, etc. Corte, zurcido, cosido, planchado, lavado, engomado, etc.

Astas y huesos: Cabos de cuchillo, navajas, herramientas, bastones y paraguas; botones, peines, cortapapeles, boquillas, abanicos, adornos; tallado, torneado, cincelado, etc.

Plumas: Limpieza, preparación, teñido; Duvet para almohadones, plumeros, etc.

Pieles: Su preparación para industrias de abrigo.

Aves, liebres, conejos, pescado, etc.: Conservas, salazón, ahumados, escabeches, etc.

Carnes y vísceras en general: Formas diversas de aprovechamiento y conservación; jamones, embutidos, grasas, jabones, velas, etc.

Avicultura, apicultura, piscicultura, sericicultura, fruticultura, floricultura: Nociones prácticas, elementales; podas, injertos, etc.

Frutas, legumbres, etc.: Conservas en general, turrones, compotas, jaleas, confites, etc.

Leche, miel, huevos, etc.: Quesos, cremas, cuajadas, manteca, caseína, dulces, caramelos, yemas, bombones, etc.

Aceites, vinagres, perfumes, refrescos, licores, etc.: Su fabricación.

Arboles forestales: Su plantación y cuidado; abonos naturales y químicos, etc.

Maderas: Corte, preparación, tallado, torneado, calado, esculpido, ensambladuras, empalmes, machihembres, encolados, encerados, lustrado, barnizado, etc., para estanterías, camas, catres, baúles, cajas, armarios, sillas y demás muebles; escaleras, bancos, cercos, verjas, balaustradas, tranqueras, portones; carretillas de mano, carros, toneles, puertas y ventanas; colmenas, gallineros, cobertizos, cigüeñas, instrumentos de labranza, pisos, marquetería, etc.

Juguetes: De plomo, madera, trapo, hojalata, cartón, etc. (Adviértase la importancia de esta rama extraordinariamente apropiada a la industriosidad femenina).

Pintura y escultura: Formas simples de decoración.

Tipografía, zincografía, litografía, grabado, aguas fuertes, galvanoplastia, etc.: Nociones.

Alfarería: Ollas, vasijas, ánforas, cántaros, envases, baldosas, macetas, hornallas, ladrillos, tejas, ménsulas y demás objetos y adornos.

Cerámica, esmaltes, vidriería, orfebrería, etc.: Vajillas, azulejos, cabujones y demás objetos y adornos (entre otros "vitraux"), cuando no requieran más que rudimentos de modelado y dibujo.

Metales: Corte, soldaduras, remaches, fundición, temples, repujados, torneados, forjados, para herrajes y cerrajes simples, goznes, visagras, etc. Construcción de utensilios y herramientas; sierras, tijeras, podadoras, injertadoras, etc.; aprovechamiento de los envases para pequeñas construcciones (bebederos de aves y animales domésticos, hornos, braseros, trampas, ralladores, etc.), candeleros, candelabros y arañas, jardineras, verjas, repisas, ceniceros, alhajeros, "videpoches", etc., etc.

Granito, mármol, areniscas, ágatas, amatistas, pórfido, etc.: Tallado, mosaicos rudimentarios para diversas aplicaciones, etc.

Construcción: Formas elementales con barro, madera, ladrillo, cemento armado para tanques, bateas, piletas, chimeneas, aleros, etc.

Aunque se trate de simples rudimentos de arte industrial y decorativo, debe tenerse presente la conveniencia de encaminar su enseñanza dentro de las sendas más positivamente científicas, en la inteligencia de que estas prácticas elementales servirán asimismo de base angular a las formas ulteriores de producción nacional, que seguirán enseñando progresivamente, y que el mayor o menor vuelo de su evolución dependerá, precisamente, de la efectividad de la cultura cimental en que repose. La orientación que se adopte en los comienzos, es pues, de importancia fundamental.

6º) Fuera de la enseñanza confiada a las escuelas rurales, debería mandarse maestros a los vecindarios donde no hay escuela, a fin de darles, por lo menos, algunas nociones teórico-prácticas y algunos recursos de producción. A tal efecto podría constituirse un cuerpo de maestros ambulantes encargado de recorrer dichos vecindarios.

Estos maestros tendrían como principal misión la de constituir centros productores congruentes con las modalidades y calidad de las materias primas regionales y, como cometido complementario, el dar nociones prácticas de "higiene" (modo de prevenir y combatir las infecciones, de destruir los insectos dañosos, demostrándoles las ventajas del aseo personal, de la habitación, de los animales domésticos y

de corral); de "economía" (ventaja y posibilidad de agregar al cuidado que demandan la ganadería y la agricultura, otras formas complementarias de producción que hasta pueden contrarrestar los efectos de un "mal año"; la conveniencia que hay en producir "más y mejor", para mejorar de condición; solidaridad entre el poblador, el vecindario y el estado; conveniencia de cuidar de las sendas, caminos, puentes, calzadas, desagües, etc., de uso común); y de "estética racional" (demostrar prácticamente cómo el orden, la previsión, el aseo y cuidado de la vivienda son más eficaces y más fundamentales para el esteticismo doméstico, que el boato y la ostentación; demostrar en igual forma cómo puede obtenerse por medio del árbol, la planta y las flores un resultado muy superior al de los nimios arbitrios de afectación así como demostrándoles también las consecuencias beneficiosas que emergen de un ambiente grato, tanto para los moradores cuanto para el vecindario, y para cimentar la vida en sociedad).

7°) Siendo esta forma de instrucción de efectos tan proficuos como inmediatos y evidentes, es de esperar que todos presten un decidido apoyo desde que van a participar, directa o indirectamente, todos igual de sus beneficios y, para dar un impulso más general y vigoroso en todo el país, podrían organizarse Comisiones Departamentales, Seccionales y Vecinales, destinadas a facilitar y secundar esta obra de transformación de la actividad productora nacional. Dichas comisiones tenderían a propiciar la enseñanza práctica en sus respectivas regiones y a estimular a los vecindarios desprovistos de escuelas para que se acojan a los beneficios de la enseñanza de modo que en

el caso de no poderse costear por los fondos de la institución central todos los gastos que ella demande, propongan las condiciones en que se hallarían dispuestas a coadyuvar a dicho propósito.

Esta doble acción, al llevar a todos los extremos del territorio una instrucción práctica, y fácil de aprovechar y, al dar coparticipación en la dirección y vigilancia a todos los centros poblados ofrecerá un estímulo saludable a los habitantes de campaña, por lo común privados de toda acción directriz, relegados a sus propios recursos, y no por eso menos compelidos a contribuir a todas las cargas públicas.

8°) Si se quiere crear un espíritu realmente activo y productor en la campaña, es preciso establecer estímulos "sociales", como alicientes indispensables para despertar al estudio y al trabajo. A ese efecto, podrían celebrarse periódicamente ferias, exposiciones, concursos con premio, entre otras cosas, por ejemplo, a la mejor vivienda rústica, al mejor jardín, a la mejor huerta, a la mujer más laboriosa y hábil, la más virtuosa, la más bella, etc. Con estos motivos se asociarían los vecinos y celebrarían festejos locales, todo lo cual serviría de propulsor sociable, y concurriría a conmover el quietismo infecundo del ambiente campero, debido, precisamente, a la carencia de aquel orden de estímulos.

9°) Para mejorar la vivienda de campaña podrían realizarse concursos de arquitectura rural, que dotasen de tipos de construcción apropiada, racional y práctica, con los elementos constructivos del país —sin excluir el terrón y la paja— ya sean de un solo material o mixtos, tratando de conciliar su practicabilidad con su esteticismo, y tomando nota de

todo lo que pueda servir a dicho fin: la manera de orientar, de decorar, y de ordenar la huerta, el jardín, el cerco, etc.

10) Con igual propósito, podrían realizarse sucesivamente muchos otros concursos, por ejemplo, para proveer a los campesinos de un modelo de botiquín, y de una caja de herramientas, con las respectivas instrucciones para el empleo; un modelo de telares, de torno, de tonel para agua, de programas de recreo y fiestas camperas, etc., etc., todo lo cual serviría a la vez para ejercitar la mentalidad nacional con un criterio propio, y para examinar y satisfacer de igual modo nuestras verdaderas necesidades y conveniencias regionales, en vez de proceder por imitación, etc., etc.

Montevideo, marzo de 1915.

Pedro Figari.

* * *

Fundamentos del Plan

Hace ya muchos años que se siente la necesidad de despertar de su indolencia habitual a nuestro poblador de campaña, sin que las tentativas hechas en tal sentido hayan obtenido éxito.

Para lograr que nuestro productor alcance un grado de diligencia y de competencia que le permita intensificar sus formas de acción, es preciso no sólo instruirlo sino también estimularlo. La instrucción misma requiere ser práctica, aunque razonada, más

bien que teórico-abstracta, cuya aplicación resulta punto menos que imposible. Hay que enseñarlo "a producir riquezas" y hay que darle "alicientes" para inducirlo al trabajo, puesto que, de otro modo, no podrá esperarse una evolución sensible en sus formas ordinarias de acción. Bien vale la pena, por lo demás, de que el estado se preocupe seriamente de este factor tan importante en la economía integral de la nación, el propio que nos sirve para atender necesidades y aspiraciones cada vez mayores. No sólo es hábil el cuidar de este sustentáculo fundamental e insustituible del organismo nacional, sino hasta humanitario hacerlo.

Ante todo, es menester formar el "ambiente productor nacional". Para ello no basta que haya un alto porcentaje de "hombres instruidos"; es preciso que haya un gran promedio de hombres que "sepan" trabajar y que "quieran" trabajar, a fin de que el espíritu de empresa y de asociación pueda determinar las formas cooperativas del "esfuerzo productor progresivo", puesto que, de no ser así, se embotan las mejores iniciativas en el pasivismo y la indiferencia del ambiente campero, y los más animosos, ellos mismos no encuentran más camino que el de la ciudad, para desarrollar más fácilmente sus actividades. En la ciudad, aunque se haga una vida más activa, generalmente se vive no como productores, sino como intermediarios "auxiliares" del productor, cuando no parasitariamente a su espalda.

Se ha pensado que las culturas intelectivas superiores, especulativas o industriales, podrían determinar un gran cambio en la acción productora; pero no ha resultado así. Es que el pueblo sólo puede transformarse por evolución, y toda forma evolutiva,

como que se opera necesariamente pasando de lo simple a lo complejo, exige que el esfuerzo proceda en forma gradual, porque si es posible acelerar este proceso, no se le puede invertir provechosamente.

Para iniciar, pues, de un modo racional la cultura artístico-industrial del país, hay que fundamentar lo más y lo mejor posible "la base", comenzando por las formas rudimentarias de arte utilitario, múltiples y muy difundidas, a fin de ir desde allí por selección de direcciones y de aptitudes, hasta lo complejo, intenso. A medida que el ingenio se esgrime en las formas simples de producción, va revelando poco a poco, "criteriosamente", nuevas perspectivas viables, y mayores aptitudes, si las hay, para intentar, en terreno conocido, otros ensayos de expansión y mejoramiento: así es que se opera la evolución. Tal proceso, genuinamente natural y racional, tiene además la irremplazable ventaja de realizarse en forma "constructiva", esto es, de una manera firme y progresiva, en tanto que, por medios inadecuados, se marcha al azar, expuestos a cualquier fracaso.

Dentro de la forma evolutiva, cada uno va aquilatando sus vocaciones y aptitudes, inequívocamente. Los ensayos juiciosos, como una serie de tamices, van colocando a cada cual en su plano, "al demostrarle lo que puede hacer mejor"; van ordenando, a la vez, las direcciones industriales por sus vías más seguras y prolíferas, y, todavía, lo más halagador, es que al propio tiempo que se van seleccionando así aptitudes y direcciones productoras, "se plasma el ambiente regional consciente", en el que las diversas culturas y las propias modalidades sociales no son ya exotismos y afectación, sino frutos espontáneos del medio. Bien, pues: este resultado es el más promisor, tanto

moral como materialmente, por cuanto el carácter superior de un pueblo y su mismo bienestar emergen, precisamente, de dicho ordenamiento.

Muchas otras ventajas derivan de este modo de encarar la cultura general del país: la mayor difusión de sus beneficios; un mayor optimismo para considerar el resultado probable de un esfuerzo productor; el abaratamiento de la vida, incompatible con las culturas suntuosas, o simplemente prematuras, etc. En las mismas naciones más aristocráticas, de larga tradición, se lamenta el culto del lujo, y se palpan, cruelmente a veces, los efectos perniciosos del proletariado intelectual —consecuencia ineludible de este desvío— donde se esterilizan verdaderas legiones de elegidos. Pero, allá, si estas formas culturales tienen una explicación, siquiera sea, aquí ni eso tienen, porque no responden a ninguna necesidad ni a ninguna tradición propia; y, por lo demás, ni se las concibe lógicamente incorporadas a la vida nacional donde los productores estacionados, requieren todavía grandes extensiones de tierra para vivir una vida semiprimitiva.

Se ha ensayado el profesionalismo y la especialización sin obtener un resultado eficaz, ni proporcionado a las erogaciones que esas iniciativas demandan. La antigua Escuela Nacional de Artes y Oficios ha fracasado por un triple vicio constitucional: "falsa orientación de la enseñanza", que tiende a formar profesionales más bien que obreros conscientes; "el internato", que reduce a una cifra exigua de alumnos la acción del enseñamiento, y le quita a éste la saludable influencia de la propaganda que va ejerciendo el alumno, en forma latente, cuando está en contacto con la sociedad y, por último, "forma errónea de

selección" en el reclutamiento de los alumnos, por la que no se busca a los más aptos, más disciplinados y más deseosos de aprender, como debiera hacerse dentro de un régimen de internato limitado. Las especializaciones han resultado, quizá, prematuras. No hay ambiente preparado aún, para que ellas puedan producir los efectos vigorosos que se esperaban. Para ello habría sido necesario que se hallaran preconstituidas formas empeñosas de producción, ávidas de consejo técnico para intensificar y mejorar la acción, no ya obreros expertos, capaces de secundarla. Es por esto que entre nosotros tales instituciones no se han podido identificar con la conciencia pública ni con la vida nacional, como ocurre en Norte América, por ejemplo, donde constituyen una fuerza moral eficaz, que el pueblo apoya resueltamente.

El plan general de la instrucción pública, si bien es avanzado y ha prestado importantes servicios, no basta para llenar los fines integrales de la nación, ni lo pretende, porque es de naturaleza y de efectos principalmente teóricos. Es indispensable, pues, llenar la necesidad "primordial" de producir riqueza, que es angular en la sociedad. ¿Qué puede hacer el "teórico", que no sea enrolarse en las filas de los burócratas, o en la de los "intermediarios" que viven sirviendo de algún modo, es verdad, pero siempre a expensas del productor? ¿Qué puede producir el que jamás ejercitó su ingenio en el sentido de transformar y utilizar las riquezas naturales? De esta laguna deriva la empleomanía, con sus tentáculos insaciables, y las diversas formas del proletariado intelectual, el que resulta ser un elemento de desequilibrio en la economía pública, precisamente porque es un evolucionado mental, "subjetivo", simplemente,

el que exige formas superiores de convivencia y la incorporación de refinamientos, sin aportar más nada que su "aspiración". Es de este modo que se congestiona la capital y que se demandan grandes comodidades, y hasta lujos urbanos, al mismo tiempo que los rurales permanecen casi inertes, acentuándose así la dificultad financiera, de día en día; es de este modo que América ha dejado tan pronto de ser "América", y que en vez de explotar y usufructuar sus superabundantes, inmensurables riquezas, se aplica, inquieta, a estudiar "el expediente" financiero.

Sólo cuando enseñemos también a producir, podremos realizar fácilmente nuestros sueños y aspiraciones legítimas de engrandecimiento.

Montevideo, marzo de 1915.

Pedro Figari.

LO QUE ERA Y LO QUE ES LA ESCUELA DE ARTES*

La ex Escuela Nacional de Artes y Oficios, que funcionó por unas cuatro décadas y que tuvo algunos momentos de auge, si bien muy onerosos según se me ha informado, fue decayendo y acentuando su hibridismo a un extremo tal que habría sido difícil definir la verdadera naturaleza de dicho establecimiento. Tenía, sin embargo, más carácter de prisión, o de reformatorio, que de escuela. Era "la pesadilla" de la Administración Pública. No se sabía qué hacer con ella; y hoy es ya una institución abierta, liberal, esencialmente liberal, que hace honor al país.

No sólo su aprovechamiento, y el propio aspecto del edificio tanto exterior como interiormente, no respondía a sus necesidades, sino que el funcionamiento de la Escuela era de una manifiesta ilogicidad. Los talleres y las instalaciones estaban dispuestos de tal modo, que, si a primera vista podían parecer aceptables, o aun buenos, no resistían al menor análisis. La fuerza motriz se distribuía y se malgastaba de un modo verdaderamente lamentable. En algunos talleres, bastaba que un alumno afilase una simple herramienta para que todas las maquinarias se moviesen a la vez. Los materiales, valiosos a veces, se abandonaban hacinados. Los locales de los talleres,

---

* Este informe lo publicó Figari en el Apéndice Nº 1 de su opúsculo *Plan general de organización de la Enseñanza Industrial*, 1917, págs 69 a 81.

fuera de hallarse mal distribuidos, no tenían a menudo ni aire ni luz, bien que era fácil atender esta elemental necesidad, y es así que se ofrecían lóbregos y poco apropiados para inspirar el deseo de trabajar, así como para dar nociones de ordenamiento, lo cual es también uno de los deberes de la escuela. Todo denunciaba allí la falta de un criterio regulador, y todo, pues, estaba dispuesto para deseducar más bien que para llenar su misión esencial.

En los talleres había una gran profusión de carteles, con estas leyendas: *Silencio; Silencio y respeto; Máquinas sucias convienen a gentes sucias; Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar; El que roma la sierra quedará arrestado; El que eche a perder la madera por tercera vez al hacer los ejercicios, será arrestado;* etc.

El régimen disciplinario era de un rigor tan inconsulto, que rayaba en lo arbitrario. Se usaba despóticamente de la autoridad, altanera y aun brutal, y se abusaba de los castigos para inducir al orden a una raza como la nuestra, cuya característica es la altivez. Cualquier miembro del personal, hasta el más ínfimo, podía a menudo aplicar el arresto dominical por sí mismo. De aquí que se manifestase dicho régimen tan poco fructuoso, de un modo tan pertinaz.

El aprendizaje se hacía por "ejercicios", que comenzaban por dar una falsa y pobrísima idea de la materia prima. Esos ejercicios, todos fragmentarios, abstractos, ejecutados con madera, con metales u otro material, constituían en vez de un enseñamiento provechoso, como lo es el *enseñar a sacar el mejor partido práctico de todo elemento natural,* un modo sistemático de inutilizar la materia prima. Una vez hechos los ejercicios, a veces muy penosamente, como

que no tenían empleo alguno, se arrojaban o quemaban, cuando no alcanzasen el honor del tablero o de la propia exposición. El alumno no podía ver, así, una aplicación juiciosa e integral de los materiales de su oficio.

Dichos ejercicios se enunciaban por su número ordinal, no por su nombre siquiera, y la finalidad de los mismos, en algunos talleres por lo menos, no se mencionaba jamás. Las iniciativas del alumno quedaban así por completo ahogadas. Sus facultades superiores, por inútiles, quedaban entumecidas a poco andar, y su propio aspecto tomaba el aire macilento de un reflejo de las paredes grises, enmohecidas, del taller. Los alumnos *no pensaban*, según me decía un antiguo empleado de la Escuela.

Apenas suprimí el régimen de los ejercicios, radicalmente y de un solo golpe, parecía que la institución se venía abajo. Todos pensaban, en el establecimiento, que era insustituible aquel régimen, tan cómodo para la Dirección y para los maestros, cuanto estéril para el enseñamiento. No obstante, pasados los primeros momentos de estupor, hizo eclosión el propósito de proyectar entre los alumnos, y desde entonces se apoderó de ellos una pasión ardiente por idear, por crear. Este efecto, tan saludable, es el que cambió de inmediato la fisonomía de los muchachos, la de los talleres y la de la propia Escuela, cambio que apreciaron muchos de los que la habían conocido antes, con verdadera sorpresa y con honda satisfacción.

Para ver mejor el estancamiento a que sometía el anterior régimen, conviene decir que aquellos ejercicios, mil veces repetidos, así como un juego de comedor cursi, y otro de escritorio, de estilo macarrónico exquisito, estos dos amueblados, con los ejer-

cicios, fueron enviados por tres veces consecutivas a las exposiciones del Viejo y Nuevo Mundo. Parecía que todo esto era insuperable, la última palabra en el arte de enseñar y construir. Verdad que ya era excepcional el hecho de que en la Escuela se construyesen objetos integrales alguna vez.

Pero, no es esto lo peor. Ni es lo peor que dichos objetos hayan sido devueltos por la Oficina de Exposiciones después de tanto viaje, en un estado lamentable; hechos añicos. Lo peor es que fueron premiados.

Esto, que sólo ilusiona a los crédulos y que nunca debe sorprender al experiente, era lo que mantenía la seguridad de que todo marchaba en la Escuela por el mejor de los rieles.

Por otro lado, en tanto que una multitud de adolescentes de ambos sexos, de la capital y de campaña, en tanto que esa multitud, que cuenta por decenas de millares, reclamaba instrucción productora práctica, no la recibía y, en cambio, se le daba instrucción a los díscolos preferentemente,[2] a unos doscientos más o menos, que permanecían recluidos por varios años en esa Escuela; y a éstos mismos, en vez de dársela práctica, se la daban *teórica* en los propios talleres llenos de máquinas y herramientas, talleres costosos que, para colmo de ironía, demandaban aumentos de instalación constantemente. El promedio

[2] Según se ve, esta Escuela, en la que se comenzaba por hacer una selección al revés, confiaba enteramente en los beneficios de la reclusion completa del pupilo, cuando, en vez, el externato tiene entre otras ventajas la de permitir una propagación continua de las enseñanzas en el medio social, lo cual es más que en otra parte alguna aquí, de efectos favorables, así como mantiene más vivos los vínculos de afecto y de responsabilidad de la familia, y los propios sociales, todo lo cual es provechoso Pocas veces se ofrecerá un caso más típico de absurdos y enrevesamientos en una institución, ni tampoco que el simple prestigio de la imitación incite tanto a su mantenimiento.

anual de egresados, por lo demás, era demasiado ínfimo, aunque hubiera sido pasablemente preparado. Calculado en tres y cuatro años el curso escolar, resultaba un promedio de unos cincuenta o sesenta anuales.

Así funcionó dicho establecimiento por tantos años, a pesar de haber desfilado por el Consejo muchísimos conciudadanos de todas las profesiones y gremios, de reconocida ilustración, por otra parte, así como de indubitable patriotismo.

Esto, deseo hacerlo constar no como un vano desahogo a los fracasos reiterados que sufrí, en mi prolongado empeño de dar otro carácter a esa escuela,[3] a la que, a mi ver, era indispensable ajustar, por lo menos a ella, en el sentido de satisfacer la vital necesidad de enseñar las formas prácticas de producción industrial en nuestro país; esto lo hago notar simplemente como una prueba irrefragable respecto de lo fácil que es equivocarse, aun dentro de una vasta ilustración general, en este orden de asuntos tan arduos.

Hoy, en esa escuela, antes tan sombría como estéril, en un solo año y medio de aplicación del nuevo régimen, orientado en el sentido que expresa el informe, se ha operado un cambio tan saludable y tan promisor —fuera de la obra realizada— que ha merecido plácemes generales de la prensa así como de cuantas personas competentes la han visitado.[4]

[3] Véase el apéndice Núm 2 *Antecedentes de la reforma*

[4] Casi toda la prensa de la capital ha aplaudido la reforma, en vista de los efectos alcanzados, y entre otras publicaciones autorizadas e interesantes, quiero mencionar *The Montevideo Times*, que, en un editorial encabezado con el título *"Modelo Uruguayo de Escuela Industrial"*, decía entre otros juicios lisonjeros. "En el presente, una exhibición de los trabajos de los alumnos, es justamente una prueba del alto

Ahora, por de pronto, se trata de enseñar a sacar algún partido de todo material, por ínfimo que sea, en la inteligencia de que esta enseñanza es más razonable y de mayor provecho moral, social y económico.

Suprimido el internato, ha podido aumentarse al doble, desde los primeros meses, la población escolar, mixta hoy día. Antes funcionaban ocho talleres; hoy funcionan doce más, fuera de otras nuevas secciones y clases, y fuera de diversos trabajos preparatorios realizados en el sentido de ir aumentando las enseñanzas productoras. No sólo se han debido instalar éstos, y alimentarlos todos dentro de una actualidad de gran carestía, como es ésta, sino que debieron

grado y de la excelente educación implantada en esta República, que hasta hace de este país el más industrial en el continente de Sud América" (Enero 9 de 1917) Por otra parte, el señor Ministro de Inglaterra don Alfredo Mitchell Innes, ilustrado cultor de asuntos escolares, manifestó al señor Ministro de Industrias, don Hilario Helguera (hijo), en el acto de inaugurarse la exposición, que, bien que hubiese recorrido medio mundo, no había encontrado una exposición escolar de esta significación e importancia, en la que todos los objetos confeccionados, en todas las secciones, han sido materia de estudio particular, y tienen un sello propio, que era tal su importancia, que convendría invitar a una comisión de personas competentes de la República Argentina, para que la visiten

De igual modo, recordamos también juicios muy favorables del señor J W Bland, corresponsal de *The Times* de Londres, del doctor Goldsmith, secretario de la Institución Carnegie, de Norteamérica, del arquitecto Gaetano Moretti encargado por el Gobierno Italiano de la Conservación de los monumentos públicos de Italia, del profesor arquitecto Jose P Carre, del ingeniero Ernesto Maupas, del arquitecto Annoni, de los senadores doctores Antonio M Rodríguez y Juan Aguirre y Gonzalez, del doctor Baltasar Brum, Ministro de Relaciones Exteriores, del doctor Juan J de Amézaga, ex-Ministro de Industrias, del doctor Benito M Cuñarro, Presidente de la Alta Corte, del Intendente de la Capital, doctor Francisco Accinelli, del señor Santiago Rivas, Ministro de Obras Publicas, del señor Joaquin C Sánchez, Ministro de la Guerra, del doctor Rodolfo Mezzera, Ministro de Instrucción Pública, del señor Marcial Martínez de Ferrari, ex-Ministro de Chile, del señor James M Wordie, profesor de Geología de Glasgow y de Cambridge, (miembro científico de la Expedición Schakleton), del doctor Daniel García Acevedo, Presidente del Vivero Municipal y de la Granja de Agricultura; del doctor Justo Cubiló, Secretario de la Alta Corte de Justicia, del doctor Carlos Rodríguez Etchart, Decano de la Facultad de Ciencias Economicas y profesor de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, del doctor Julio Muró, ex-Ministro del Interior, del doctor Emilio

reinstalarse y ordenarse también los viejos talleres, algunos enteramente, y se ha provisto a las máquinas de gran cantidad de aparatos protectores contra accidentes del trabajo

Se han abierto, sólo en el patio, diez y seis grandes lucernarias sobre las bóvedas de la planta baja, para dar luz a los talleres de Carpintería y Ajustes, que eran tenebrosos, y se han reformado las de los corredores; se han abierto veinte ventanas uniformando y reformando todas las aberturas exteriores e interiores, disponiendo todas las banderolas de los cuatro frentes, o sea más de cien, de modo que puedan abrirse a voluntad, con un aparato ideado y ejecu-

Barbaroux, ex-Ministro de Relaciones Exteriores y actual Rector de la Universidad; del señor Luis J Supervielle, Presidente del Banco de Seguros, del doctor Serapio del Castillo, Director del Banco de la República, del señor Gerard Teague, Gerente del Ferrocarril Noroeste, del ingeniero Enrique Echeverry, Director de la Escuela de Agronomía, del ingeniero Eduardo García de Zuñiga, Director del Puerto de Montevideo, del doctor Alfonso Pacheco, Fiscal de Gobierno, del doctor Rafael Muñoz Ximénez, Inspector General de Policia Sanitaria Animal, del señor Emilio Fournié, Inspector Técnico de Instrucción Pública, del señor José H Figueira, ex-Inspector Técnico de Instruccion Pública, del señor Senen Rodriguez, Jefe de la Administración de los Bienes del Estado, del ingeniero Alfredo Ramos Montero, Inspector Nacional de Ganaderia y Agricultura, del señor Jocelyn Spek, Secretario de la Legación Británica, del doctor Francisco Gigliani, ex-Presidente de la Junta Económico-Administrativa, del señor Santiago Fabini, Presidente de la Cámara de Industrias, de los señores Diputados, doctor Domingo Arena, doctor José F. Arias, doctor César Miranda, doctor Félix Echevest, señor Carlos Ameglio, del doctor José Scoseria, ex-Director de la Asistencia Pública Nacional, del señor Pablo Fontaina, Director de la Escuela Superior de Comercio, del Profesor Mauricio A Lamme, Director del Instituto de Geologia y Perforaciones, del señor César Dupont, ex-Director de la Escuela de Artes y Oficios, y de los señores ex-Consejeros de la misma, doctor Ricardo Vecino, Diputado, ingeniero Luis Guillot, Director de Paseos y Jardines, ingeniero Enrique Danree, señor Juan Domingo Lanza; doctor Eduardo Jiménez de Aréchaga, doctor Ildefonso García Acevedo; doctor Juan Vicente Algorta, señores delegados del Congreso Pan Americano de Washington, ingeniero Juan Monteverde y doctor Adolfo Berro García, de los señores delegados del Brasil al Congreso del Niño, de Buenos Aires, de los señores delegados de la Comisión Nacional de Fomento Rural, de los doctores José P Varela y Carlos Sáenz de Zumarán, de la Dirección General de Instrucción Pública; del señor Jorge West, Gerente del Banco de la República, del señor Carlos W. Drever, Gerente del Banco Británico, del señor Eduardo B. Anaya,

tado en la Escuela, de mínimo costo, y eficaz. Fuera de muchas otras refacciones del edificio, e instalaciones, se han cambiado los balcones del frente y la balaustrada del patio, hoy de mármol blanco, así como el revestimiento del zócalo, a una altura de un metro 56 centímetros, para lo cual se aprovechó el mármol de las mesas del refectorio, innecesarias ya dentro del régimen actual; se han decorado casi todos los talleres, con intervención de los alumnos; los talleres han contribuido todos, de una u otra manera, a todos los trabajos (debiendo mencionarse especialmente en este punto, los de Mecánica, Carpintería y Herrería), así

Director de la Oficina Nacional del Trabajo, de los señores ingenieros Juan P. Fabini, Axel Sundberg, José Chiappara, de los señores arquitectos Eugenio P Baroffio, Camilo Gardelle, Alfredo R Campos, Humberto J. Pittamiglio, Candido Lerena Joanicó, Fernando Capurro, Carlos Terra Urioste, Carlos Herrera Mac Lean, Gonzalo Vazquez Barriére, Raul Bauza, Jose Mazzara, etc, de los señores artistas, Pedro Blanes Viale, Pablo Mañé (hijo), Cesareo B de Quirós, Alfonso Brocqua, Carlos A Castellanos, etc, de los señores doctores Pablo de María, José María Castellanos, Alberto Nin, Emilio Frugoni, Alfredo Furriol, Alberto Cibils Larravide, Jaime F de Nevares, Alfredo Arocena, Carlos Prando, Rodolfo Sayagues Lasso, Matías Alonso Criado, Daniel Castellanos, Vicente Barcia, Alfredo Echevarria, etc, de los doctores Carlos Nery, Jaime H Oliver, Luis Morquio, José Mainginou, Sebastián Rodríguez, Francisco Vidal y Cuervo, Santiago Puppo, Rodolfo Fonseca, Eugenio P Lasnier, Luis M Surraco, Alberto Galeano, Atilio Brignoli, Agustín Sanguinetti, Damián Aicardi Bossio, Tomás E Gallaugher, J López Lindner, Presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria, etc, de los periodistas Adolfo Agorio, Perfecto López Campala, Vicente Basso Maglio, Vicente A. Salaverry, Carlos Sabat Ercasty, César Alvarez Aguiar, etc.; de los señores David Hooper, George Anderson, Enrique Legrand, Alfredo Behrens, Juan Carlos Muñoz, Jefe Político de Soriano, señor Roberto Zubía, Director de los talleres del Puerto, señores Juan P. Maupás, Julio Mousqués, Raul Terra, Francisco Canale Sivori, Charles Clarence Horton, Alejo Rossell y Rius, César Batlle Pacheco, Rafael N Tabarez, Alberto Cibils, Fermín C Yeregui, Carlos Mandillo, Pedro Velleda, Horacio Ascheri, Agr Orosman Acosta Viera, Oscar Fischer, Raúl Sienra, Arturo Ricart, Ignacio Oliveras, Juan J Dornaleche, Alberto Urtubey, Luciano Lasserre, Frantz Ruette, Comandante del "Uruguay", Setembrino E Pereda, Eduardo Vazquez (hijo), etc, etc Resultaría interminable hacer una nómina completa, en la que sería también preciso incluir muchos otros nombres, así como gran número de distinguidas damas, nacionales y extranjeras, que han honrado a la Escuela con su visita y a la Dirección con sus estimables testimonios de aprobación.

como se han asociado y se asocian los talleres y los alumnos, a cada paso, para realizar obras. Se han decorado el vestíbulo y la puerta cancel de entrada, de modo que den la idea, desde el primer instante, al que visita el establecimiento, de que allí se cultivan las artes productoras, con algún criterio por lo menos.

Hoy, el edificio, interiormente, es ameno; atrae, como debe hacerlo todo local escolar, y mantiene cinco grandes salas de exposición de los trabajos realizados en la Escuela durante el antedicho período, de un año y medio, que cuenta este provisoriato.

He aquí un resumen de los trabajos realizados:

Taller de Dibujo del natural, Composición Decorativa (fundados en 28 de agosto de 1915) y *Pintura:* Más de dos mil quinientos estudios y composiciones del natural, y algunas de éstas sobre la base de documentaciones arqueológicas americanas. Casi todos estos estudios han sido utilizados, de una u otra manera, en las obras de la Escuela.

Debo hacer constar que la Intendencia Municipal y la Dirección de Paseos y Jardines, así como el Jardín Zoológico del señor Alejo Rossell y Rius, han contribuido a los estudios de esta Escuela, donando modelos naturales o permitiendo que se puedan aprovechar por los colaboradores, maestros y alumnos de la misma, generosamente. Algunos particulares también han contribuido, de igual modo, a este propósito (señora Isabel C. de Castro, señora Olga C. de Varela Acevedo, don Luis Bereta, señora Rosa F. de Platero, doctor Damián Aicardi Bossio, y otros), así como a los demás que interesan a la enseñanza. No debo dejar de mencionar, muy particularmente al distin-

guido compatriota ingeniero don Luis Pastoriza, que ha donado un valioso lote de maderas americanas.

Para aprovechar de los preciosos coleccionamientos americanos que guardan el Museo de La Plata y el Museo Etnográfico de Buenos Aires, han ido la Dirección, sus colaboradores, maestros y alumnos de la Escuela a estudiarlos y a tomar nota de los mismos. Debo expresar aquí, que dichas instituciones han dado todas las facilidades posibles, con una cortesía insuperable.

Taller de Modelado y Moldeado: Ciento ochenta trabajos y estudios hechos en el mismo orden de ideas a que acabo de referirme, y también en gran parte utilizados prácticamente.

Clase de Modelo Vivo (fundado en agosto de 1915): Se han realizado grandes progresos en esta clase, instituida dentro del régimen más liberal que pueda darse. Concurren artistas, aficionados, obreros, estudiantes y alumnos. Si bien sólo se exhibe una pequeña parte de los trabajos y estudios hechos en clase, puede verse el resultado de la misma.

Mecánica, Ajustes y Soldadura Autógena (este último fundado en setiembre de 1915): Se han construido varias máquinas, algunas complejas, un horno para fundir metales, diversos tipos de aparatos protectores, entre ellos uno de invento del compatriota don Horacio Ascheri, y se está trabajando en un clinógrafo, invento de otro compatriota, el agrimensor don Orosmán Acosta Viera. Se están terminando un guinche y una caja de hierro ideada en la Escuela. Se han construido múltiples herrajes y cerrajes, herramientas, un mechero de gas para el horno de ensayos de esmaltes, de cerámica, y hay

multitud de máquinas y aparatos en vías de ejecución. Fuera de todos estos trabajos —todos prácticos— son innumerables las obras diversas realizadas por estos talleres.

Fundición en hierro y bronce y Sección de fundición de bronce a cera perdida (fundados en abril de 1916): Se han fundido más de setecientas piezas, algunas de verdadera importancia y algunas, también, de valor artístico.

Herrería: Se han hecho más de cuatrocientos trabajos diversos, todos prácticos también, entre otros, fraguas, cocinas económicas, jardineras, porta-macetas, chimeneas, faroles de hierro forjado, así como los calados de hierro de la puerta de entrada, y cancel de la misma.

Fraguado y Repujado fuerte en metales (fundado en octubre de 1916): Además de sus fraguas y otros montajes y herramientas, ha construido una gran bandeja de bronce repujado y cobre (motivos regionales), varios soportes para gongs, candelabros, faroles, etc., etc.

Carpintería y Sección rodados y muebles rústicos (fundada esta última en marzo de 1916): Ha hecho fuera de las puertas, ventanas, instalaciones de los diversos talleres y otros varios trabajos de obra blanca, algunos rodados, once juegos completos de comedor, dormitorio, hall, modelos originales, que pueden servir tanto a los alumnos egresados cuanto a los rurales; a los primeros, como una ocupación y a los últimos, para amueblar sus viviendas por medios económicos y de un modo confortable. Además, ha construido escritorios, bibliotecas, boti-

quines, repisas, sillones, sillas, etc., etc., dentro de un tipo rústico.

Mueblería y Taracea (fundada esta sección en marzo de 1916): Se han hecho ocho amueblados completos de dormitorio y de comedor, de estilo moderno, originales, algunos de lujo, fuera de otros muebles e innumerables trabajos, algunos regionales; un juego de oficina, casilleros, bibliotecas, etc.

Escultura en madera (fundado en agosto de 1915): Se han realizado ciento siete trabajos diversos, esculpidos y tallados sobre motivos americanos, principalmente, todos de índole práctica, y por lo mismo, aprovechables.

Rodados (fundado en agosto de 1916): Se han hecho dos rodados completos, dignos de mencionarse, y hay dos más en ejecución, fuera de las instalaciones del taller y de sus herramientas.

Alfarería (fundado en mayo de 1916): Este taller ha ensayado unas treinta arcillas nacionales, fuera de otras tierras americanas y caolín, y se prepara a hacer esmaltes. En este taller se han hecho más de doscientas piezas originales, o inspiradas, principalmente, en las viejas cerámicas americanas.

Mimbres, juncos, etc. (fundado en setiembre de 1915): Este taller ha realizado doscientos veinte trabajos diversos, algunos de importancia y todos de carácter práctico.

Vitraux (fundado en setiembre de 1916): Este taller ha realizado más de trescientas piezas, de tipo original, algunas regionales de verdadero mérito artístico.

Labores femeninas (fundado en setiembre de 1916): Este taller, como el anterior, ha sido de una gran fecundidad. Se han hecho setenta y ocho almohadones y otros setenta y nueve trabajos, panneaux decorativos, cortinados, cortinas, camineros, cubreteteras, costureros, lámparas, faroles, etc., todos originales, muchos de tipo autóctono, de positivo mérito artístico.

Solfeo y Canto coral (fundado en octubre de 1916): Esta clase ha sido muy concurrida, no sólo por los alumnos y alumnas de la Escuela que, después de haber trabajado en los diversos talleres, iban a buscar a esta clase su solaz, sino también por muchos jóvenes, de ambos sexos, no pertenecientes al cuerpo escolar. Sobre esta base, pueden formarse coros, bandas y charangas, por los mismos obreros y aprendices, lo que les permitirá, después del trabajo, un esparcimiento grato y saludable. Esto, al integrar cada vez más, y en planos cada vez más cultivados su mentalidad, ha de formar el alma del pueblo de un modo apto y superior para todas las modalidades de la vida de asociación.

Pintura de obras: Este taller ha ejecutado todos los trabajos de pintura del establecimiento, y ha secundado el de los alumnos en la obra de decorar y embellecer la Escuela.

Debo mencionar la corrección de los viejos y nuevos alumnos al cambiarse de régimen, que permite la vida promiscua de los talleres, en la que han dado prueba de corrección y urbanidad. Es una verdadera satisfacción para mí que me habían hablado reiteradamente de los antiguos alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, como de unos "bandidos incorregibles", el

comprobar que el régimen de la libertad en el orden, el de la tolerancia y la dulzura, hayan puesto en evidencia, desde luego, que aquellos supuestos salvajismos que se creían congénitos, no eran otra cosa, como lo pensé siempre, que una reacción altiva contra un régimen despótico y absurdo, que tendía a deprimir la individualidad del escolar en vez de cultivarla.

Hago constar a la vez con satisfacción, que, durante las vacaciones, la Escuela ha sido visitada por muchas maestras de la capital y de campaña, las que en parte también han concurrido a algunos talleres para aprender algunas formas simples de producción, las que serán, seguramente, trasmitidas a los discípulos de sus respectivas escuelas. Esto, así como muchos otros antecedentes, demuestra que es ya un anhelo muy sentido el de romper con las rutinas mentales que tienden a la pasividad, para entrar al campo libre de la acción.[5]

Esta Escuela es hoy la de la libertad. Si hay que cifrar esperanzas en algo, es en el culto de ese prin-

[5] Por iniciativa del señor Emilio Fournié, Inspector Técnico de la Dirección General de Instrucción Pública, tan idóneo cuanto empeñoso en el cumplimiento de sus deberes, todo el personal de las Escuelas de Práctica ha visitado el establecimiento, lo que trajo como consecuencia un aumento de ingresos. También se ha resuelto facilitar la entrada a la escuela de un cuerpo de pensionados del Instituto de Sordo-Mudos, como consecuencia de las mismas gestiones, así como por la intervención del ilustrado señor Ministro de Instrucción Pública doctor Rodolfo Mezzera. De igual modo, se está gestionando de tiempo atrás por la distinguida Directora del Instituto de Ciegos, señora Carmen Cuestas de Nery, la forma en que pueda darse una mas amplia y variada instruccion práctica a los pensionados de tan humanitario y digno instituto, gestiones que mira con todo interés y simpatía esta Dirección. También debo mencionar que el señor Director del Hospital "Fermín Ferreira", doctor Atilio Brignoli, ha gestionado ante esta Escuela el medio de cultivar en aquella repartición las artes industriales, que sean no solo compatibles con la condición de sus pensionados, sino también las que puedan favorecer su salud. Excusado es decir que se ha atendido con el más decidido interés dicha iniciativa, y que se tratará de hacer cuanto sea posible para llevarla a una conveniente realidad.

cipio disciplinario, el único que permite el florecimiento de las energías sanas y fuertes. La imposición sólo se requiere para atentar a la naturaleza, y nada está más destinado al fracaso que esa vía.

Lo que se ha conseguido es mucho, frente a la exigüidad estíptica del régimen anterior, y es demasiado poco, frente a los desenvolvimientos que espera alcanzar la Escuela, al dilatar de día en día más sus horizontes y sus aspiraciones infinitas.

Pedro Figari

PLAN GENERAL DE ORGANIZACION DE LA ENSEÑANZA INDUSTRIAL *

PLAN DE ENSEÑANZA INDUSTRIAL

Excmo. señor:

Cumpliendo el encargo con que fui honrado por el Poder Ejecutivo, vengo a presentar a V.E. el plan de organización de la enseñanza industrial, el que, a mi ver, consulta mejor las peculiaridades de nuestro ambiente.

Comenzaré por exponer algunas ideas generales acerca de la orientación a que debe ceñirse la instrucción industrial, o, dicho mejor, la obra de la industrialización nacional, puesto que es "el fin" lo que se busca, y éste no puede ser racionalmente otro que el de conseguir, de un modo efectivo, y del mejor modo posible, que la inteligencia y las energías populares se apliquen a producir en el sentido más fructuoso.

---

* En las páginas que siguen se reproduce el opúsculo que publicó Figari en 1917, con el siguiente título. "Plan general de organización de la Enseñanza Industrial, encomendado por el Gobierno de la República Oriental del Uruguay al doctor Pedro Figari Montevideo, 8 de marzo de 1917. Imprenta Nacional 1917". Fueron excluidas aquellas piezas de sus apéndices que figuran en otros sitios de este volumen conforme a su orden cronológico, en los lugares respectivos se hace la correspondiente indicación.

Parte Primera

I

Mediante una educación apropiada, este pueblo puede producir como cualquier otro de la tierra.

Debemos tener gran confianza en las aptitudes de nuestra raza para trabajar. Su propia incuria, que parece ser una característica de estos pueblos sudamericanos, en lo que respecta al aprovechamiento de sus riquezas —incuria que se manifiesta en medio de una multitud de rasgos inequívocos de inteligencia vivaz— no es un signo de inferioridad étnica, ni es siquiera una modalidad congénita sino simplemente una consecuencia del hecho de no saber trabajar y de no saber vivir. Si a estos pueblos se les educa, pueden producir con igual intensidad que cualquier otro.

Ante todo, pues, hay que enseñar a trabajar. Todos los alumnos de todas las escuelas deben aprender a trabajar, a *trabajar prácticamente.* Hay que acostumbrar a la mentalidad, desde la infancia, a asociar el ingenio a la acción, y principalmente al fin productor, para evitar el riesgo de forjar simples elucubradores en un país que, como éste, demanda más que nada hombres capaces de utilizar sus riquezas.

La instrucción a base de abstracciones es insuficiente, como toda unilateralización orgánica. Deforma,

en vez de modelar al hombre integral, capaz de triunfar por su propio esfuerzo. No puede esperarse que sean útiles, positivamente, los elementos populares sometidos a un régimen escolar de puras gimnasias mentales, basado en generalidades cuya aplicabilidad a la vida real es difícil, cuando no de efectos perniciosos. Desde luego, para que estos espíritus acostumbrados a elucubrar puedan convertirse en productores eficaces, tienen que eliminar previamente la mayor parte de las sugestiones ideológicas embarazosas que recogieron en los claustros escolares, de puro lujo eruditivo. Por eso es que los más se aplican a vivir de empleos, de intervenciones o de expedientes, viviendo así a expensas del productor, a cambio de servicios muchas veces nominales simplemente, con detrimento de la prosperidad social.

Es cierto que en las escuelas, liceos y universidades se enseña matemáticas, física, química, mineralogía, botánica y otras ciencias naturales, pero no es menos cierto que se enseñan estas ramas con un propósito de diletantismo más bien, para llenar una curiosidad especulativa, que, si forma un barniz cultural, no prepara una cultura efectiva como lo sería un enseñamiento práctico, integral. Ese barniz, sin embargo, produce el espejismo del conocimiento, y los que poseen tal preparación, tan incompleta que sólo habilita para perorar, no pueden discurrir acerca de los problemas que plantea diariamente la realidad, la que se estructura de un modo mucho más concreto. Con aquel arsenal de ciencia, literaria diríase, no se enciende una lamparilla, ni se talla una piedra, ni se repara un motor. Se cultivan así los elementos "auxiliares" sociales en grandes almácigos, excluyendo al productor, ¡al productor nada menos!, y se forma

una clase proletaria infeliz, y estéril a pesar de su brillo: el proletariado intelectual que pesa como una calamidad en ciertos países.

La regla natural de asociación es el trabajo; el trabajo efectivo, el trabajo productor. Todos los componentes sociales deben cooperar al mantenimiento del organismo global para que éste pueda prosperar, así como para que cada unidad individual se sienta con legítimo derecho a disfrutar de los bienes sociales, como coasociado efectivo, puesto que esto implica una carga correlativa. Todo lo demás es ficción.

Esa misma carga[6] no es pesada; al contrario, es una fuerza, un estímulo y hasta un solaz, cuando se desempeña con probidad en el sentido vocacional. Si es una carga torturante el trabajo del esclavo, esto es, el que se realiza automáticamente, no lo es el que esgrime el ingenio, y es por esta senda que se prepara un ambiente social fecundo, y grato a la vez, puesto que florece entonces el sentimiento de solidaridad que eleva y vigoriza a las asociaciones. La escuela ideal es la que puede resumir, de un modo más amplio y eficaz la vida real.

Sólo los elegidos, los que inequívocamente manifiestan aptitudes especiales para las altas culturas de la especulación mental, tan estimables dentro de los planos seriamente fundamentados cuanto lamentables en otros planos, podrían si acaso quedar eximidos de esta gimnasia manual, tan saludable sin embargo, y ellos mismos, quizá, tendrían que sentir esa deficiencia de su educación. Por lo demás, los más selectos

[6] Dicha carga representa "la cuota" de asociación luego, es más bien la retribución de un servicio

intelectuales, precisamente, son los primeros en procurarse un trabajo físico como una necesidad y un solaz.

Al hablar de trabajo manual, no entiendo referirme a un trabajo mecánico de las manos, sino a un trabajo guiado por el ingenio, en forma discreta y variada, constantemente variada, que pueda determinar poco a poco un criterio productor artístico, vale decir, estético y práctico, cada vez más consciente, y, por lo propio, más hábil y más apto para evolucionar.

Sin perjuicio de las escuelas de especialización productora, todas las escuelas deben aplicarse a fomentar la producción en la forma más efectiva posible, de modo que acostumbre al alumno a trabajar *pensando* y a pensar *trabajando.* Esto conducirá a una constante experimentación, la que ha de ser de efectos preciosos para el país; y, por otra parte, este plan será también eficaz para hacer la selección vocacional, tan importante como es, al propio tiempo que prepara las facultades ejecutivas del alumno, entre ellas algunas que se supone no pueden ser convenientemente adiestradas fuera de los primeros años de la infancia.

Pero esta tarea, tan delicada cuanto trascendente, demanda grandes cuidados y, sobre todo, que se atiendan principalmente las normas cardinales del enseñamiento industrial. Del mayor o menor acierto con que las fijemos, dependerá el que pueda prepararse una evolución lozana y ascendente en la actividad productora, conquista que no puede esperarse del simple cultivo de fórmulas de producción importadas, extrañas a nuestro ambiente y por lo mismo siempre vegetativas como son los exotismos, anémicas y deslucidas, las que fatalmente nos llevarían al fracaso. Al contrario, debemos empeñarnos resueltamente

en el sentido de atender de la manera más consciente posible nuestras necesidades primordiales, mediante un juicioso aprovechamiento de las materias primas nacionales, en primer término, porque, de otro modo, las aptitudes latentes y las riquezas naturales pueden quedar indefinidamente relegadas como valores virtuales, sin efectividad ni provecho, desde que una aptitud que no se ejercita convenientemente es tan estéril como una riqueza que no se utiliza.

Al considerar este asunto no hay que olvidar que, a la vez, demanda un cuidado particular la instrucción industrial de la mujer, no sólo como medio de garantir sus recursos de defensa en la lucha ordinaria, sino también para facilitar su emancipación económica: aspiración que no puede ser más legítima. Y se reclama esta medida sabia de previsión social porque es ella, en definitiva, la mujer, la que va a preparar más medularmente el alma productora nacional al encaminar a la prole por la senda del trabajo, tarea que desempeñará tanto mejor cuanto más instruida se halle en esa vía, y cuanto mayores puedan ser sus optimismos.

II

El esfuerzo lo determinan las necesidades y las aspiraciones.

También hay que enseñar a vivir, a bien vivir mejor dicho. Sin este factor social, no hay aliciente para realizar un esfuerzo serio y perseverante, ni puede generarse una aspiración razonada de mejora-

miento gradual: palanca que ha permitido hacer prodigios en la evolución de algunos pueblos.[7]

El amor a la vivienda no existe entre nosotros, a menudo ni en los propios centros urbanos. En la campaña no hay vivienda, puede decirse. Los pobladores, en gran parte viven todavía en chozas inhabitables, cuando no errantes a veces, como "agregados", ociosos, jugadores, ebrios, vagabundos, que confían su suerte al recurso circunstancial y a la aventura, antes que a un trabajo metódico y remunerador. Este género de vida los hace insociables, quitándoles las aptitudes requeridas para convivir honorable y proficuamente, y libra la suerte de la mujer a todos los sinsabores y perjuicios del abandono y de la vida anormal.

Se comprende que a necesidades y aspiraciones tan reducidas deba corresponder un esfuerzo mínimo. Entretanto, frente a esta realidad tan significativa, seguimos vertiendo puros teoricismos cuando no conocimientos de lujo y afectación en universidades, liceos y escuelas, y no hemos hecho por lo común más que lamentar platónicamente tal contratiempo, dejándolo librado a su suerte.

Los medios empleados para incitar a la actividad

---

[7] Como lo indujimos nosotros, al observar nuestro ambiente para explicarnos su pasividad productora, la condición *social* del obrero es un elemento que debe atenderse para mejorar la producción Bien, pues· esto que resulta ser una de las "enseñanzas de la guerra" según lo afirma el discurso del ilustre estadista inglés Lloyd George, de 5 de febrero de 1916 lo propusimos en nuestro memorándum de 1915

Dice Lloyd George· "Me imagino que ninguno de nosotros comprende todavía los cambios que la guerra ha de introducir en la vida industrial de nuestro país. Ahora sólo pretendo indicaros uno de ellos, muy importante por cierto Me refiero a esa gran verdad, a esa profunda verdad que la guerra nos ha demostrado *la de que el bienestar social del obrero es la condición esencial para que el trabajo sea realmente productor*"

rural, casi todos trasplantados de cuajo, han sido de una inanidad casi completa. No se ha acudido todavía a un examen atento del ambiente, para decidir un tratamiento científico, el único que puede producir a los efectos que se anhelan.

Es erróneo considerar posible la prosperidad de las propias industrias pastoriles, en un medio donde no se sabe vivir ni se sabe trabajar. Esto es desconocer los efectos de la presión continua y dominante del ambiente sobre cualquier orden de actividades, tanto más dominante cuanto menor sea el grado consciente de la actividad productora. Es como considerar posible el desarrollo fabril de una región cualquiera, sólo porque hay en ella materia prima a elaborar, aunque no haya brazos hábiles ni aptitudes y hábitos de trabajo ordenado.

Hasta para preparar el florecimiento de estas grandes industrias matrices, pues, es preciso procurar hábitos de trabajo metódico, y elevar las condiciones sociales del productor. Es preciso, ante todo, cultivar lo más científica y sesudamente que sea posible el alma productora nacional, desde la base, si se la quiere encaminar directa y eficazmente a los mayores provechos y a los más altos honores.

Felizmente, hay ahora el propósito gubernamental de industrializar al país, y si esto se realiza de un modo criterioso y decidido, puede operarse un cambio no sólo apreciable sino rápido, que eleve año tras año el promedio de elementos aptos para producir riqueza, promedio que, hoy por hoy, en el pasivismo productor general, principalmente debido al desamparo en que viven los pobladores rurales, resulta bajísimo.

III

Al ensayar las vías productoras en su multiplicidad, se descubrirán los cauces más seguros de la prosperidad industrial.

Hay que comenzar por la iniciación de una multiplicidad de prácticas productoras, a fin de que puedan utilizarse muchas riquezas naturales, abandonadas. Para ir más pronto y más seguros a la consecución de esta finalidad, hay que empezar por las formas simples, encaminándolas, no obstante, de modo que permita esperar todo progreso posible. Esto tendrá el doble efecto de cimentar racional y sólidamente las formas industriales del país, y de facilitar la expansión de todos los optimismos que caben en esta vía amplísima y promisora como es, siempre que el ensayo y la preparación precedan a los altos cultivos, los que pueden resultar puros mirajes si se realizan sin tanteos previos, tanto desde el punto de vista de los recursos de la producción cuanto del de las exigencias del consumo.

Si entre nosotros reina en este orden de actividades, un espíritu tan poco optimista, cuando no pesimista, es porque se ha procedido empíricamente, por imitación, esto es, en un sentido contrario por completo al que más conviene a estos países.

Organizando en vez, al articular y ordenar científicamente los diversos elementos de la cultura social y económica, llegaríamos a ajustar todos los servicios

a una finalidad razonada, y marcharíamos sin tropiezos hacia el bienestar que nos brindan estas tierras vírgenes tan ricas, donde no debiera haber un solo pobre.

Es verdad que la campaña, a pesar de todo, ha sido y es el órgano esencialmente productor, y, como tal, el que sustenta la economía nacional; pero no es menos cierto que, por ser así, por eso mismo, requiere que se la cuide con máxima atención. No es hábil, ni equitativo siquiera, pretender de la campaña todo lo que demanda la onerosa sustentación del organismo nacional, fuera de lo que insume el desenvolvimiento impaciente de la metrópoli, y fuera de todo lo demás, sin darle, por lo menos, los recursos requeridos para que pueda ampliar e intensificar y mejorar sus formas productoras. Es lo menos que puede darse. Es lo menos que debe dársele con inteligencia, puesto que, de otro modo, se tendrán que palpar, cada vez más, los inconvenientes y contratiempos que genera todo desequilibrio entre la producción y el consumo. Hasta para que se ofrezca como un "organismo" la entidad nacional, es preciso que se manifieste una mayor solidaridad entre aquel factor fundamental, insustituible, dedicado a producir, y el que dirige y administra, puesto que toda organización presupone orden y equilibrio. El propio aumento de población, por sí solo, demanda necesariamente la intensificación y la diversificación de las formas productoras.

Regatear recursos e iniciativas en este sentido, es no sólo inhábil sino injusto, por no decir estólido e inicuo.

Pero lo dicho no presupone que debamos reaccionar por medios aparatosos. No es apurando que

hemos de llegar antes ni mejor a un resultado serio. Las formas simples y extensivas, son las que han de preparar un más vigoroso espíritu productor multiforme. De este modo, no es temible el fracaso; al contrario, no puede dudarse de que surgiría robusto y avizor el esfuerzo industrial en todo el país. Difundiendo lo más posible los métodos más fáciles y más prácticos de producción, sobre lo cual se ha de preparar una experimentación siempre prudente y provechosa, el propio productor, alentado por los resultados, tenderá a intensificar y a mejorar sus formas de acción y así se ofrecerán todas las ampliaciones y mejoramientos deseables. Es precisamente esa experimentación, la que ha de ampararnos contra los resultados inesperados y desconcertantes que se han palpado más de una vez, en otras vías.

El esfuerzo que patrióticamente ha decidido realizar el Poder Ejecutivo en este orden de ideas, demanda un gran acierto y una gran decisión en los medios, para que puedan palparse resultados halagadores, dentro de un tiempo más breve quizá del que es dado suponer.

IV

Ahorrar sobre los gastos reproductivos es empobrecerse.

Es cierto que este propósito, tan sabio y previsor, parece peligrar, por lo menos en cuanto a la amplitud de su desarrollo, a causa de la crisis actual; pero en los tiempos que corren, no es ya ser prácticos

el ser simplemente ahorrativos. No se trata en este caso, como ocurre a menudo, de invertir recursos en obras improductivas, sino, al contrario, de emplearlos en una obra esencialmente reproductiva, de inmediato reproductiva y de efectos económicos, sociales y morales todos estimables y progresivos. Se trata de aumentar la riqueza pública, de elevar la cultura nacional y de crear una serie de perspectivas felices, justamente en un momento en que, por causa de la guerra europea, hemos podido valorar mejor que nunca el precio de la capacidad industrial de un país, y sería superficial suponer que pueda abandonarse o simplemente menguarse una obra tan fecunda y bienhechora, a nombre de economías, las que siempre serían a deplorarse por mal entendidas.

Ningún momento es más oportuno que éste para acometer una empresa tan eminentemente nacional, empresa que el ilustrado estadista argentino, doctor Osvaldo Magnasco, consideraba como la obra política más grande que pueda llevarse a cabo en favor de un país.[8]

Si hay no sólo ahora sino siempre que escatimar gastos en el orden fastuoso, o simplemente improductivo, sería torpe y contraproducente hacerlo cuando se trata de crear riqueza y de elevar el nivel de nuestra propia civilización. El propósito antedicho de industrializar al país significa valorizar, de un modo directo y ascendente, nuestras materias primas, y aprovechar de nuestros recursos y aptitudes naturales lo más y lo mejor posible, y esto es algo que para los más prácticos, y hasta para los más timo-

[8] Carta que me dirigió el doctor Osvaldo Magnasco en ocasión de la lectura de mi plan de reforma, publicada en la prensa de esta capital (1915).

ratos, debe resultarles siempre auspicioso, y de gran previsión, a poco que se detengan a considerarlo.

El estado presente de nuestra cultura industrial, no puede ser más lamentable. Se diría que vivimos en pleno derroche, en derroche multimillonario cual es el que presupone el abandono de tanta riqueza natural como es la que se abandona, por incuria o impericia, naturalmente, y esto sin contar lo que se emplea en obras de simple comodidad urbana, cuando no de puro boato, que serían de difícil justificación aquí donde hay tantas necesidades premiosas, si a la vez no se decidiera, por lo menos, una acción enérgica para darles satisfacción.

Las mismas materias primas que se aprovechan lanas, cueros, astas, huesos, pieles, ágatas, amatistas, etc., por lo común se exportan, simplemente (a veces en condiciones lamentables[9]) y a menudo vuelven manufacturadas para satisfacer nuestras propias necesidades, después de haber pagado fletes de ida y de retorno, derechos de importación en los mercados donde van a elaborarse, y aquí, de regreso, cuando ya vienen elaboradas, dejando los salarios de manufacturación en el extranjero y gastos de intervención múltiples. Todo esto supone sumas enormes, diríase una verdadera dilapidación de riqueza, y, a la vez, representa para el país la ausencia de un factor de educación y de progreso. Por otra parte, es una forma típica de encarecimiento y de empobrecimiento, fuera de que, considerado esto desde otro punto de vista, resulta hasta desdoroso para el concepto de nuestra

[9] Sólo por el hecho de exportarse no lavadas las lanas, por esta sola omisión, según me lo afirmaba un alto funcionario muy competente en estas materias, pierde el país mas de un millón de pesos, anualmente Imagínese la importancia que tiene el propósito de enseñar a trabajar y a producir prácticamente.

cultura. Más valdría aplicarnos a utilizar juiciosamente nuestras riquezas naturales para llenar nuestras necesidades, por lo menos, esperando a que un día pudiésemos ser exportadores de los sobrantes elaborados, a cambio de otros artículos de que carecemos.

Estamos muy lejos, pues, de realizar economías al retacear recursos relativamente pequeños, como son los que demandaría una educación industrial razonada, por difundida que sea, cuando vivimos, de hecho, dentro de un régimen tan inconsulto que desdeña riquezas cuantiosas que están al alcance de la mano, y mantiene los brazos en una inacción desalentadora.

V

Sin una conciencia productora propia, no es dable esperar el éxito.

Entre nosotros no hay criterio artístico ni estético propios. Atraída por otras orientaciones del espíritu, la mentalidad nacional no ha podido plasmar, ni entre los elegidos, un criterio fundado a ese respecto. Esto se ve más fácilmente en lo que se refiere a las artes plásticas. Es así que todavía pueden prosperar, en tales dominios tan interesantes y más fundamentales de lo que parece, opiniones abigarradas hasta en los planos donde se cultivan los frutos más preciados de la erudición sorprendente. En estos dominios que si bien son complejos, y por lo mismo difíciles de abarcar, no son por eso los de la arbitrariedad, cada cual piensa estar guiado suficientemente por su gusto personal, aunque no lo haya cultivado de

ningún modo, sin advertir que siempre hay algo más científico y juicioso que ese resorte individual, tanto menos seguro cuanto más esté librado, dentro de una órbita virgen como es la nuestra, a las culturas de importación. En las universidades y escuelas se teoriza, lo cual no basta para formar un juicio serio productor, ni un espíritu crítico razonado sobre estas materias. Lo propio que importamos es a menudo para los centros productores, un recurso que les permite liquidar su "camelote", de un modo envidiable. En Europa fabrican especialmente objetos de relumbrón, cuando no churriguerescos, para mejor mantener su intercambio con estos países de Sudamérica, según lo denunciaba Francisco Sarcey públicamente, y también nos envían "sus clavos", sonriendo poco menos alegre o despectivamente que cuando traían cuentas de vidrio para los indios.

Las cosas han cambiado algo; pero tienen que cambiar todavía más. Mucho más. Y es ya mucho que nos percatemos de todo esto, para poner remedio.

Se siente ya cada día más la carencia de una cultura estética entre nosotros, y para conseguir este bien se quisiera aplicar, como se dice, "el arte para todo", en vez de aplicarnos todos a cultivar estos dominios para formar *una conciencia,* la más cabal que nos sea dado formar, y siempre propia, puesto que de otro modo no hacemos otra cosa que subrayar la carencia de un criterio autónomo, y resultamos compasibles tributarios como lo son siempre los imitadores.

Los gremios profesionales, fascinados por los resultados culturales de otros pueblos, todos lamentan que no acumulemos a destajo en el país las mismas

formas y los mismos recursos, montajes y elementos de trabajo y de estudio que se estilan en Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, etc., sin advertir que falta aquí, por completo, la serie de fundamentaciones que allá explican la prosperidad de las instituciones, así como falta aquí el hábito del trabajo más aún que el deseo de trabajar, y que aptitudes para trabajar bien, mediante un esfuerzo ordenado, adecuado. En la resistencia del espíritu público a adoptar esas aparatosidades, hay, puede decirse, la propia inteligencia que anima a los niños cuando no quieren ir a la escuela a aprender cosas cuya utilidad no ven, o es tan remota que no la pueden percibir.

Es que, cada vez más claramente, se va comprendiendo entre nosotros, que no es por estos arbitrios tan complicados y dispendiosos que se aumenta la cultura nacional, sino, al contrario, tratando de formar un criterio que nos permita seleccionar mejor nuestros recursos efectivos de acción. Nada sería más fácil en este país, donde las condiciones naturales son extraordinariamente favorables, que formar un ambiente razonado, autónomo, y por lo mismo respetable. Si, biológicamente, todo organismo tiene que producir para vivir, se comprende que un organismo vivirá tanto mejor cuanto mayor sea su aptitud para producir en calidad; pero esta aptitud no se alcanza por la imitación, esto es, sin tomar cuenta de un factor tan importante como es el de las peculiaridades de la entidad propia, sino, al contrario, aguzando el conocimiento de la antedicha entidad, para alcanzar dentro de ella misma, sin deformarla, los mayores desenvolvimientos, los más altos progresos. Es en ese sendero donde puede hallarse el máximum posible de honor y de provecho.

VI

Sin el ingenio no puede prosperar la industria.

Aquí nos hallamos frente a un problema de sumo interés práctico, el que sería de fácil solución si no fuera por las confusiones que nos han trasmitido las añejas especulaciones filosóficas la relación en que se hallan lo que se denomina "El Arte" y "La Industria".

Se entiende a menudo que la industria y el arte son dominios distintos, los que pueden por lo mismo separarse más o menos completamente. No obstante, para advertir el absurdo que implica este juicio, basta observar, que, si pudiese quedar desprovisto el esfuerzo industrial de aquel elemento generador, desde ese instante quedaría exánime, confinado en la repetición, cuando en realidad lo vemos avanzar, inequívocamente. Nada es más evidente que la evolutividad industrial, así como la incorporación de los concursos llamados "artísticos" a la obra industrial. Lo propio sería privarlo del aporte científico.

El arte, como que no es una entidad objetiva ni concreta, según creen en general los teorizadores, sino que es simplemente "el ingenio en acción", según creo haberlo demostrado en un ensayo de filosofía biológica[10] tiene que presidir todos los órdenes de la actividad productora, y es así que ésta se muestra tanto

[10] *Arte. Estética. Ideal. Ensayo filosófico encarado de un nuevo punto de vista.* Impreso por J. J. Dornaleche. Montevideo, 1912.

más apreciable cuanto más consciente y hábil se haya revelado el productor, el artista. Es un proceso de selección. El error de que sólo lo fastuoso (o sea las "Bellas Artes") es arte, así como que "ese arte" es la exclusiva expresión estética, esta ilusión se va disipando poco a poco, a medida que se informa la conciencia, y las artes denominadas "menores" van integrando el campo artístico que se reputa superior, como lo admite Roger Marx en su "Arte Social", al pretender que también se incluyan en tan privilegiados dominios las llamadas "artes decorativas".[11]

Si la industria implica, como todo arte, una manifestación de ingenio, lo juicioso es aplicarnos a cultivar el ingenio, a fin de que la producción industrial sea de la mejor calidad posible. Pero esto, como quiera que se examine, presupone *una mentalidad autónoma,* puesto que de otra manera se trataría simplemente de cultivar el ingenio dentro de la imitación, lo que es, como toda afectación, una prueba de inferioridad.

Hecha esa conciencia —lo que significa la comprensión de las propias conveniencias y de las aptitudes y recursos propios— no debemos dudar de nuestra capacidad productora, porque tal cosa, fuera de ser antojadiza, hasta importaría una ofensa inferida a nuestra raza, la que quedaría definitivamente condenada al triste papel de vestirse con plumas ajenas.

Es un colmo que aquí, donde la característica de la raza es la imaginación, en vez de educar y ejercitar esta preciosa facultad, criteriosamente, para com-

---

[11] *L'Art social.* Editado en 1913 Biblioteca Charpentier, Paris

pulsarla y encaminarla como una fuerza apreciable, se la haya sometido casi siempre a las viejas disciplinas rutinarias de los pueblos del viejo mundo —para nosotros tan inconducentes— prácticas que allá mismo se las condena, si bien nunca pueden causar tanto daño como aquí, por cuanto aquellos pueblos tienen elementos complementarios educativos de que nosotros carecemos.

Así, por ejemplo, la Escuela Nacional de Artes y Oficios era un modelo de aparatosidad estéril.[12] Se buscaba la educación productora por medio de ejercicios ordinales y por copias, también ordinales, sin comprender que en vez de fomentar así la actividad superior de la mentalidad escolar, sólo se ejercitaban las facultades inferiores del alumno, demoliendo y anulando su individualidad, y disolviendo por completo su espíritu de iniciativa, congénito y estimable como es. Se mecanizaba al escolar en un país como el nuestro, donde no hay grandes manufacturas ni usinas, y que por lo propio que no se ha podido llegar a una extrema división del trabajo, tanto requiere, por eso mismo, la preparación integral y ágil del espíritu para intentar las infinitas formas de aprovechamiento de nuestras riquezas abandonadas. Se tendía así al automatismo profesional, doblemente condenable en un medio como el nuestro, donde todo está por hacerse. No obstante, este régimen, tan infructuoso, se mantuvo por muchos lustros y hubo de combatirse tenazmente para desarraigarlo.

Se comprende que jamás podrá florecer el ingenio allí donde se le esgrima en el estrecho circuito de la

[12] Véase el apéndice: *Lo que era y lo que es la Escuela de Artes.*

repetición mecanizada de ejercicios, por más robusto que el ingenio sea. Es al contrario en el campo abierto de la libertad para idear, para proyectar, para arbitrar, donde éste puede manifestarse en todo su vigor, y esto último presupone gimnasias "conscientes" que son justamente las que van modelando el ingenio superior. Es éste, pues, el camino mejor a seguirse.

VII

Debe aprovecharse de la virginidad americana como de un tesoro.

Nuestra condición en materia industrial nos indica algo más que la necesidad de evolucionar; puede decirse, más bien, la necesidad de iniciar múltiples formas productoras por completo inexistentes, *a fin de preparar nuestra evolución* de modo que contenga el mayor cúmulo de factores diversos, así como la mejor calidad de los mismos. Es de este modo que un día, no lejano siquiera, dicha evolución puede alcanzar un gran auge.

Nosotros, como pueblo de corta formación y, por lo mismo, exento de factores y de intereses tradicionales cristalizados, tenemos el tesoro de la libertad para determinar nuestra acción con toda la amplitud que seamos capaces de concebir. Si acaso fuera mejor vivir de la admiración de las tradiciones ajenas, que no lo es, por admirables que sean, más bien que vivir cultivando nuestra individualidad regional en el vasto campo de acción que nos depara nuestra

propia estructura, la que hasta nos hace imposible imponer tradiciones unilaterales en un país cosmopolita como es el nuestro, siempre tendríamos a nuestro favor el beneficio de la virginidad mental: bien enorme que nos permite seleccionar libremente los recursos de acción. Frente a la cuantía y variedad de las conquistas alcanzadas, este bien duplica su entidad para nosotros, si, al hacer dicha selección, tomamos nota de nuestra idiosincrasia y de nuestro positivo interés, para no incorporar al organismo nacional más de lo que le conviene por estricta adecuación, lo que supone naturalmente dejar de lado las rémoras, por sugestivas que fueren, y esto nos permitirá perfilar con carácter franco y propio nuestra individualidad, al mismo tiempo que nuestra producción.

No hay que encarar tampoco el esfuerzo industrial desde el punto de vista exclusivamente lucrativo, sino también como socializador, divulgador, cultural. Hay que encararlo ampliamente, de modo que entren también hasta las culturas industriales del solaz, y todo lo que integre las manifestaciones poliformes de la vida. No sólo aquello sería reducir demasiado el fin humano, que es algo más que acumular patacones, sino que se comprometería el propio lucro, puesto que siempre es más codiciado y codiciable un producto más individualizado, no ya más complejo y mejor, así como que es de esta manera que aquél llena más eficazmente su finalidad natural.

Nosotros podemos escoger, pues, entre las infinitas experiencias acumuladas por todo el mundo, lo que resulte más apropiado para cada caso particular nuestro; pero si esto es lo que debemos hacer para

aprovechar de los recursos técnicos alcanzados en otras partes, y en todas partes, el concepto de la obra, esto, debe ser muy nuestro, porque tal cosa tendrá la doble ventaja de obligarnos a formar una conciencia individual más clara, esto es, a definir nuestro propio carácter, y la de permitirnos entonces ajustar más el esfuerzo a nuestras verdaderas necesidades y a nuestras más juiciosas aspiraciones. Siempre será un elemento precioso en la obra, el que se la vea adaptada a servir directamente una positiva necesidad, o una aspiración razonable, y poco a poco se la verá también dispuesta a prestar ese servicio de una manera grata.

A fuerza de confundir la técnica ampulosa, fastuosa, con el arte y con lo bello, los países del Viejo Mundo han llegado a desvirtuar a menudo el esfuerzo productor, al olvidar su finalidad natural, y sienten allá mismo, en medio de sus maravillas y rebuscamientos, la necesidad de saciar su sed de sinceridad y sencillez, nostálgicos de primitivismo, y hasta ávidos de exotismos. Se diría que el arte, en su evolución, siente la necesidad de recobrar su equilibrio por medio de las formas simples, como Anteo tenía que tocar tierra, según la leyenda, para recobrar fuerzas. Es que, por más que se intente substraer la acción a sus fines biológicos, tiene en definitiva que someterse a la ley natural, y ceñirse a ellos.

Se comprende cuán deplorable sería nuestro desvío, si en vez de dirigirnos en el sabio sentido de la evolución y la selección natural, siempre juicioso puesto que es orgánico, optáramos por incorporar a nuestro país, virgen, aquello mismo que hasta abruma a las viejas civilizaciones.

VIII

Por el solo hecho de producir en un sentido autóctono, se duplica el valor y la entidad de nuestra producción.

Hasta para imitar, hasta para esto sería menester que nos detuviésemos a determinar cuál es el arquetipo a que hemos de ajustarnos, porque resultaría inexcusable el imitar sin plan, es decir, sin saber por qué ni para qué lo hacemos. Bien, pues· aquel trabajo previo, por sí solo, presupone la necesidad de formar una conciencia, y entonces, ¿por qué no aplicarla en toda su latitud para definir nuestra propia entidad, percatándonos de sus verdaderos intereses a fin de no tomar de lo conocido más que aquello que convenga para satisfacerlos?

Con esto solo, ya regionalizaríamos nuestra mentalidad.

Cuando se habla de arte autóctono, se comprende que tal cosa no quiere ni puede significar, tanto menos en nuestros días, una cultura exclusivamente nacional o regional, sino el estudio del medio, el producto de la observación y de la experimentación hechas en el mismo, y la asimilación de todo lo conocido, *previa selección hecha en conciencia*, vale decir, tomando nota del ambiente propio con un criterio autónomo. Y esto, conviene repetirlo, es lo único que podemos hacer sensatamente, puesto que lo demás es pura afectación que raya en lo simiesco. Perdemos nuestro carácter.

Entre otras cosas que se aducen para no acudir a un criterio autónomo, a fin de determinar nuestra acción, se dice que ya es demasiado brillante el arte de otros países, y que "está consagrado", para que nos detengamos a plasmar un arte propio, nuestro.

Esto, que parece juicioso a primera vista, resulta absurdo apenas nos detengamos a examinarlo.

El arte, en todas sus direcciones, ya sea industrial o no, tiende a servir las necesidades orgánicas, incluidas naturalmente las evocatorias, de puro solaz, y las propias que marginan el campo evocatorio, como ocurre con las llamadas "artes menores", "aplicadas", "decorativas", etc. Ahora bien, desde que tanto las unas y las otras necesidades orgánicas son personales, individuales, ¿cómo podría satisfacerlas convenientemente un arte ajeno? Si esto se comprende por vía accidental, por excepción, no se comprende que pueda ofrecerse como forma ordinaria, definitiva, de darles satisfacción.

Sólo porque la mentalidad de estos pueblos nuevos y cosmopolitas se alimenta principalmente con la lectura de los libros y revistas de los países del Viejo Mundo, antes que con la observación del medio, por la que se compenetra y se identifica el individuo a su ambiente, sólo por eso es que aún nos desvía tanto el espejismo de que, como somos individualmente descendientes de europeos, lo más, podemos vivir perennemente por reflejo, prescindiendo del ambiente natural que nos sustenta y nos rodea. Si esto fuera posible, como plan definitivo, podríamos mantener nuestros brazos cruzados y nuestras mentes ofuscadas por todo el centelleo de aquellos centros tan evolucionados; pero como es

imposible que esto se perpetúe, felizmente, debemos de preocuparnos muy en serio de ordenar y de guiar nuestra mentalidad de modo que se identifique con su ambiente natural, y de manera que esto se opere en las mejores condiciones posibles.

Ese mismo desvío, que conviene evidenciar, hace que nosotros vivamos en nuestro terruño sin arraigo, como si estuviésemos de paso, quitándonos esto el sentimiento de estabilidad, tan provechoso para los destinos americanos, y tan saludable para nosotros, puesto que nos incita al mejoramiento del medio constantemente.

A nadie que discurra con despejo sobre los destinos de América, se le ocurrirá que los americanos han de quedar perpetuamente satisfechos, al expandirse evocando la obra del Renacimiento, verbigracia, o la de los Luises. Y entonces, ¿por qué no ir preparando nuestro "bagaje" evocatorio, dentro de los elementos de nuestro espléndido ambiente natural?

En vez de pretender incorporar a estos países los usos y las cosas europeos por trasplantación, sin contralor, doblemente impuesto por el hecho de saber que allá mismo se lamentan mil errores, debemos preparar la mentalidad nacional sobre estos asuntos, formando una conciencia productora regional. Hay que fomentar el espíritu de investigación, y la experimentación, consiguientemente. Hay que enseñar a trabajar, y a trabajar bien, con ingenio y con probidad, de modo que el trabajo sea lo más reditivo posible, tanto en lucros cuanto en beneficios sociales y morales. No es por medio de la imitación, vale decir, por afectación, que ha de alcanzarse dicho grado de cultura, sino informando la conciencia del

productor lo más científica y prácticamente que nos sea dado hacerla.

Por encontrarse demasiado ardua dicha tarea, se la supone irrealizable, y es por eso que se tilda de lírico todo intento en tal sentido, prefiriéndose mantener en pie los arbitrios usuales, por más que hayan demostrado palmariamente su ineficacia, por lo menos en lo que a producción se refiere.

Como todo es perfectible, se comprende que nuestro afán debe ser el de buscar incesantemente los mejores medios de instrucción y de acción, para alcanzar los mayores y mejores resultados. Esto, al fin, es lo que hacen los propios pueblos modernos más adelantados, y es lo mismo que han hecho siempre los pueblos inteligentes de todos los tiempos.

Nosotros debemos producir dentro de un criterio americano, esto es, de un criterio que tome nota de las peculiaridades del ambiente propio; nosotros debemos construir y decorar con un criterio autónomo, capaz no sólo de emanciparse de las sugestiones del extranjero en todo aquello que no nos convenga, sino también de comprender y de magnificar su ambiente natural, así como las tradiciones y reliquias americanas.

De igual modo que sirvió a otros pueblos el más primitivo arte egipcio, el asirio, el egeo, el etrusco, etc., puede servirnos nuestro arte autóctono, así como la fauna y la flora americanas para plasmar nuevas formas decorativas, doblemente gratas para nosotros, desde que son más nuestras, y esto mismo por el solo hecho de denotar una conciencia más positiva, hará estimable nuestra producción para los demás,

hasta para los espíritus más refinados de los centros más cultos.

Es útil considerar que el progreso realizado en otras partes, también se fundó sobre documentaciones incompletas como las americanas, y será bueno no olvidar que sobre esa base, que parece pequeña y aun deleznable, partiendo de esas formas, todas congéneres puede decirse, por cuanto siempre se comenzó por medios directos y sobrios a servir las necesidades simples de los pueblos primitivos, es que, al diferenciarse por evolución, han llegado a los propios esplendores que nos deslumbran.

Si nos fuese dado creer que podemos superar todo aquello, todavía se explicaría que lo intentásemos; pero como esto, fuera de ser imposible lograrlo por la vía inocua de la imitación, no es un programa a cumplirse porque no consulta los intereses americanos, ni sus necesidades más hondas, debemos actuar en un sentido autóctono, regional.

Por de pronto, en los centros más progresados del Viejo Mundo, pueden verse todavía mil pruritos fastuosos, anacrónicos, en abierta pugna con los ideales modernos que allá mismo aletean, llenos de pujanza, así como en pugna también con las convicciones más arraigadas en la mentalidad de estos tiempos. ¿Para qué incorporar todo aquello, en block, como paso inicial, a este ambiente virgen tan anheloso? ¿Para qué colocar esas rémoras en nuestro camino, con todo su séquito de contrasentidos, snobismos y rastacuerismos, vacuos, que florecen a su paso, con todos los pujos de ostentación que desequilibran y desnaturalizan la existencia?

Y, ¡cuidado que cuesta desarraigar una costumbre!

Considerando estos asuntos con superficialidad, como tanto nos encandilan las manifestaciones de los países altamente evolucionados, es fácil perder de vista la ventaja que nos depara nuestra libertad para sólo introducir al país lo que pueda convenirnos.

Ya, ante el apremio industrializador que invade a estos países, debido a la conflagración europea, se cree que saldremos de apuros instituyendo escuelas de ingenieros, y los famosos *technicums*, para preparar una legión de jefes industriales diplomados y mecanizados, que formarían estados mayores de técnicos superiores, en medio de las legiones de técnicos mínimos, todos desorbitados, que, por mucho tiempo, pasarían como una enorme carga nacional, vale decir, por todo el tiempo que fuese menester para formar una conciencia razonada industrial.

Aun cuando por causas incidentales conviniese apresurar algún cultivo industrial en gran escala, para reparar los efectos momentáneos de la guerra, y aun para conseguir alguna ventaja circunstancial, siempre deberíamos tener muy presente la conveniencia fundamental, permanente y aun progresiva, de cimentar racionalmente, lo más racionalmente que nos sea dado hacerlo, nuestra cultura productora general.

Pretender que se inicie un arte propio entre nosotros, esto que parece utópico, es simplemente hacer lo mismo que hacen e hicieron todos los pueblos de la tierra, desde los más evolucionados hasta los más primitivos: satisfacer las necesidades y las aspiraciones propias por los medios que, según la conciencia individual y social, se consideran más adecuados y, por lo mismo, mejores.

Si algo útil hay que hacer entre nosotros, es "escalonar" las necesidades y las aspiraciones según su

grado de premiosidad, para ordenar su precedencia. En cuanto a lo demás, debemos tratar de enseñar a producir de la mejor manera, y ésta será siempre la que más se encuadre en el marco de nuestras modalidades propias, razonadas, seleccionadas, esto es, la más consciente.

* * *

Parte Segunda

IX

Principios generales a que debe ajustarse la enseñanza.

Lo que debe preocuparnos fundamentalmente, es de acertar en cuanto al *criterio de orientación* de este paso inicial, por cuanto depende de esto mismo el que se recojan beneficios o desengaños.

De otra parte, esa línea directriz tiene que ser unitaria, por cuanto si es "un criterio" el que ha de regir en todas las formas productoras: *la adecuación,* lo propio que ha de engendrar todas las diferenciaciones posibles, no es dado dividir esa hegemonía desde que tal cosa significaría una contradicción, una oposición pues, y no un concurso a la obra de la cimentación de la actividad productora.

Los principios sobre que debe asentar la obra de la industrialización nacional, tienen que ser, pues, de

orden racional y tendientes, por eso mismo, a modelar una entidad productora nacional lo más consciente y hábil que fuere posible. En lo fundamental, considero siempre oportunas las mismas reglas que propuse hace algunos años (23 de julio de 1910)[13] al Consejo de la ex Escuela N. de Artes y Oficios, por cuanto tienden a formar en cada individualidad un "súmmum" productor en calidad y en cantidad, y no hay ningún artificio que pueda realizar el milagro de hacer que una individualidad dé más, en cualquier sentido, de lo que puede dar en el sentido estructural. Es ésta, pues, la misión capital de la enseñanza.

Los preceptos pedagógicos a que debe ceñirse la enseñanza, deben ser:

1°) Dar instrucción práctica más bien que teórica, adoptando procedimientos experimentales, de modo que el educando consiga por sí mismo el resultado que busca.

2°) Educar el criterio dentro de las peculiaridades de la individualidad del alumno, respetando y aun estimulando sus energías modales como una fuerza estimable —sin perjuicio, naturalmente, de las rectificaciones que convengan— en la inteligencia de que es en dicha vía que podrá alcanzar su máximum de capacidad productora.

3°) Despertar y desarrollar la inventiva del alumno por medio del proyecto y de la crítica, basados fundamentalmente en un propósito de adecuación productora.

---

[13] 1910. *Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios.* Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios.

4º) Despertar y desarrollar su espíritu de observación y de análisis, enseñándole a razonar y a sintetizar.

5º) Cultivar el criterio del alumno más aún que su manualidad, así como optar por una preparación general más bien que por unilateralizaciones, sin perjuicio de cualquiera especialización que en cada caso convenga.

6º) Cultivar su espíritu de iniciativa, de organización y de empresa, alentando las facultades ejecutivas y haciendo ver las ventajas de la perseverancia como medio de realización, que es la finalidad de todo esfuerzo.

7º) Fomentar el espíritu de asociación y de cooperación, así como los demás factores de sociabilidad y de cultura.

He ahí las reglas que considero esenciales para encaminar el enseñamiento en nuestro país.

Es preciso, por una parte, inducir a nuestra mentalidad hacia el campo feraz de la experimentación, del modo más decidido que nos sea posible hacerlo. El ilustrado ministro de Inglaterra, señor Mitchell Innes, me expresaba la sorpresa que le causa el ver cuán poca actividad experimental se advierte en este país, que debería estar ensayando a cada paso, en esa vía tan próspera, sus recursos y sus aptitudes. Es en este palenque donde pueden alcanzarse los éxitos más provechosos y más honorables. No en el de las simples generalidades. Si, por otra parte, a la vez que se intenta este esfuerzo, siempre fecundo, se abriera el mayor número de sendas a la divulgación, a la democratización, a la universalización de los resultados, a fin de informar el espíritu público e

inclinarlo a la iniciativa, se palparían muy pronto resultados que escapan a toda apreciación, por optimista que fuere.

En esta vía, por lo demás, es imposible el fracaso.

En cuanto a las reglamentaciones, sería inoportuno ocuparse de ellas desde ya, por cuanto éstas deben ir adaptándose a cada circunstancia, de modo que siempre respondan lo más posible a los fines de la enseñanza. Pueden, sin embargo, anticiparse algunos lineamientos de carácter más general y permanente:

1°) Debe regir en la enseñanza, la mayor libertad compatible con el orden.

2°) La asistencia a las clases debe ser enteramente libre, de modo que cada cual pueda recoger los recursos de acción que necesita; sin perjuicio, naturalmente, de llenarse las formalidades reglamentarias destinadas a garantir el más eficaz funcionamiento de los cursos y demás servicios.

3°) Debe tenderse a instruir al mayor número de personas, sin distinciones de ninguna clase, dictándose además cursos especiales para obreros en los días y horas que a éstos más les convengan.

4°) Los cursos deben abrirse a medida que sean requeridos; de igual modo, las instalaciones se harán cuando corresponda.

5°) Siempre que deba optarse entre dos o más cursos, se optará por aquel que sirva mejor a la divulgación de las enseñanzas elementales productoras, antes que por enseñanzas superiores.

6°) Entre un cultivo de carácter general, y otro particular que más directamente pueda convenir a la

explotación de nuestras riquezas naturales, se optará por este último dándose siempre prelación a los que atañen a nuestras materias primas de mayor importancia; y

7°) Se formarán bibliotecas, museos y coleccionamientos, principalmente documentales, destinados a instruir sobre todo lo que atañe a la producción industrial.

X

No es la escuela, sino el maestro, quien enseña.

Si hemos de proceder con método, debemos comenzar por difundir, como antes lo dije, las más variadas formas simples de producción, bien orientadas naturalmente. Por el momento, debe emprenderse la obra en el sentido de la extensificación, a fin de que la intensificación consiguiente se muestre con la mayor lozanía.

Estatuido un centro director, es en dicho centro donde deben prepararse los maestros que van a diseminar enseñanzas productoras en el país, y, por ende, los propios maestros y maestras rurales de instrucción primaria, que deben llevar a campaña las primeras nociones industrializadoras. A ese efecto, habría que disponer que éstos vengan a la capital, ya sea por turnos o de otro modo, y por el tiempo requerido para informarse de los primeros rudimentos, sin perjuicio de ir complementando y perfeccionando esos conocimientos cuanto fuere posible, en el orden de

ideas ya expuesto. Por este medio, el que por encima de la economía ofrece la posibilidad de ejercer una acción general, conjunta y ordenada, en todo el territorio de la República, puede esperarse una acción educadora, eficaz y pronta.

La ley dictada sobre enseñanza industrial puede ser el paso quizá más fundamentalmente proficuo de los que se encaminan al engrandecimiento nacional. Pero, como siempre, esto dependerá de la forma en que se la cumpla.

De entre los arbitrios legales, la obligatoriedad, de las formas cooperativas y continuativas, etc., lo que a mi ver ha de producir resultados más inmediatos, y más estimables, es aquel por el cual se establece, de acuerdo con lo que propuse al Gobierno en mi memorándum de marzo de 1915, que "En las escuelas primarias del Estado se dará instrucción práctica con fines industriales, anotando y estimulando las vocaciones de los alumnos" (art. 27), así como el régimen del externato, también estatuido según lo venía aconsejando desde 1903.[14] Estas son las bases angulares de la reforma.

No es fundando instituciones, teóricas o prácticas, de puro formulismo y aparatosidad, o espetando disertaciones y pronunciando arengas sobre simples generalidades, ni tampoco levantando escuelas, que puede esperarse el éxito de una obra de esta magnitud. No faltan escuelas; faltan maestros. Como que la enseñanza la desempeña el maestro, y no la escuela, su eficacia depende de la dirección y calidad de las ideas que se propongan, y no del mecanismo de las reglamentaciones ni de la minuciosidad de las insta-

[14] Véase el apéndice. *Antecedentes de la reforma*

laciones. En el sentido de ilustrar la conciencia nacional, hará siempre más una noción concreta, un consejo oportuno, un experimento feliz, que las divagaciones más brillantes sobre generalidades. Otro programa puede, entre nosotros, mantener el prestigio falaz de la elucubración especulativa como arma suficiente para la lucha, y puede también desviar más aún la propia conciencia popular que querríamos instruir. Por otra parte, enseñar mal es quizá peor que no enseñar, porque las nociones falsamente encaminadas conducen al fracaso, que desalienta, y esto podría ser de efectos funestos en nuestro medio actual.

Entonces, lo primero que debe hacerse es *preparar maestros, y preparar un ambiente que sirva de guía y contralor a todas las manifestaciones de la actividad productora.* Hay que formar una legión de personas instruidas en las diversas formas de producción, y armadas de un criterio propio, por elemental que fuere, capaz de disponerse, por lo menos, a adecuar cada concepción y cada manipulación a cada circunstancia. Es preciso proceder de modo que, al diseminarse las ideas y las prácticas productoras por todos los ámbitos de la República, pueda engendrarse el espíritu productor nacional sobre bases racionales dispuestas a evolucionar constructiva, progresivamente. Hasta será una ventaja el iniciar este proceso educativo por las formas elementales.

El cuerpo docente, ya organizado, extenso, costeado y en función, una vez dispuesto a incitar la industriosidad del niño, puede fácilmente iniciar la cultura productora nacional dentro de un espíritu sabio y práctico, al propio tiempo que cumple sus otros deberes, y podrá así encaminar la mentalidad escolar, desde los primeros pasos, hacia campos más

positivos, por más integrales, y más fértiles por lo mismo. La iniciación de la actividad productora en el alumno, al conectar el aguzamiento de su ingenio práctico y el trabajo manual a la teoría, puede tener efectos sorprendentes, y se ofrecerá además, como un soplo de diligencia entre los pobladores del campo, sumidos en un quietismo aplastador, producto del desamparo en que viven.

Si tuviese que esperarse un resurgimiento sólo de las escuelas industriales a crearse, y de la propia obligatoriedad, la que presupone un servicio completo para el aprendizaje, tardaríase demasiado para obtener algún resultado sensible, si es dado esperar que en un tiempo, no muy largo, fuese posible procurarse maestros y desembolsar las sumas ingentes que deberían invertirse en todas las zonas del país, por igual, para ser ecuánimes. En cambio, con el arbitrio que propongo, el que, por un lado, tiene la ventaja de equilibrar por la integración práctica la mentalidad escolar, desde el comienzo, substrayéndola a la exclusividad de la especulación, de la abstracción y de los abstrusos teoricismos cuya efectividad, si acaso la tienen, no puede alcanzar el niño y, que por el otro, se dirige a estimular también su acción, su manualidad, su espíritu ejecutivo y su ingenio productor, de efectos positivos y tangibles, con este arbitrio, digo, se puede esperar el impulso que ha de transformar provechosamente nuestra economía nacional, dejándole ver las perspectivas de la emancipación productora.

Si, todavía, al promover la iniciación de la cultura infantil, se trata de adecuarla a su misión local, especializándola en el sentido de manipular las riquezas de la zona respectiva, tal enseñanza tiene que produ-

cir resultados más ventajosos aún, abreviando la tarea educacional, la que conviene encaminar lo más directamente en el sentido de formar hombres útiles, para bien de ellos, y, consiguientemente, del país.

En estos países, por lo mismo que no han guiado sus pasos dentro del criterio científico a que me he referido, puede verse muy a menudo que la tarea consiste en hacer y lamentar, cuando no en demoler para volver a hacer, bien que las obras criteriosamente dirigidas tiendan siempre a la constructividad, al desarrollo progresivo y fructuoso, invariablemente. Tienden a la expansión, como los organismos vigorosos.

La tarea inicial es, pues, *preparar maestros*, sin impaciencias, y tratar de ajustar todas las instituciones que dependen de la Dirección General de Enseñanza Industrial, de modo que concurran a la consecución de los resultados que se buscan.[15] Las escuelas especiales de industrias deben subseguir, por cuanto sería desacertado fundar escuelas sin maestros. No debemos olvidar, un solo momento, que la enseñanza es el maestro quien la vierte, y no la escuela. Después vendrá lo demás, y será hasta preciso traer del extranjero algunos maestros, por lo menos, por el tiempo más o menos breve que sea menester para preparar a los que, a su vez, han de enseñar

[15] En general, estas instituciones deben ser reformadas según ha de proponerlo en oportunidad la Dirección General de la Enseñanza Industrial, a fin de que se ajusten convenientemente al plan adoptado, para contribuir a la obra de la industrialización nacional, de la manera más eficaz que sea posible No debe, por lo demás, a ningún título extraño a la misión educadora, ser mantenida ninguna institución ni ningún resorte que no preste ni pueda prestar servicios efectivos en este sentido, porque sería inexcusable distraer recursos y energías en instantes en que tanto se demandan para llevar a buen término la obra más provechosa que pueda realizarse en favor del país, la obra patriótica más reclamada

aquí, y esto, bien entendido, al solo efecto de perfeccionar los medios técnicos, que, en cuanto a lo demás, somos nosotros mismos los que debemos tratar de formar una conciencia propia y un ambiente razonado regional, para dirigir nuestra propia acción en el sendero de nuestras positivas conveniencias.

Los liceos de campaña, y los propios de la capital, deberían aplicarse también a cultivar los mismos métodos antedichos de instrucción industrial, pues cada día hay menos campo para los simples generalizadores, para los auxiliares profesionales en el país. Estas instituciones, a pesar de lo que se diga en contrario, se hallan encaminadas más bien a aumentar las llamadas profesiones liberales —que tan poco liberan a menudo— en vez de encaminar a la acción productora, tan fecunda. El Estado, al aumentar el ya crecido número de los profesionales que cuenta la actualidad, preparando, onerosamente todavía, hombres que cada vez tendrán menos fácil acomodo en la economía social, y que, por la propia condición que se les crea, tienen que ser de aspiraciones poco prácticas, se aboca a un problema, cuando no a una carga que lo embaraza y que, por contragolpe, perjudica a la comunidad social.[16]

[16] En la Universidad, sección de Enseñanza Secundaria, acaba de introducirse una nueva asignatura, denominada "Industrias" Esto denota que se va reconociendo de día en día más claramente, la necesidad de encaminar a la juventud hacia la producción, en todas partes, hasta en los centros genuinamente cultores de la simple teoría Es verdad que no se hara un curso práctico industrial, mas no es menos cierto que se trata de inclinar a la mentalidad de los mismos universitarios hacia el plano efectivo, fecundante de la elaboración de riqueza Nada mas lógico que la iniciativa a que me refiero, en un centro de enseñanza en que se mira, y debe mirarse, como una adversidad, el que aumenten los ingresos ¿Puede haber una demostracion mas clara de que, si, por excepción, conviene este enseñamiento, no conviene como una normal? Sí, la hay. Es la siguiente la sociedad se alarma toda vez que hay aumento de egresos universitarios, y lo peor es que se alarma con toda razón

Esta evolución de los liceos, si se verificara, conjuntamente con una distribución juiciosa de becas, puede contribuir a la obra emprendida con aportes valiosos.

Las propias Escuelas de Veterinaria y Agronomía, deberían coadyuvar a igual propósito, dando las indicaciones necesarias para que puedan abrirse cursos prácticos elementales, y a la vez difundirse nociones de este género por otros medios divulgatorios, acerca de sus respectivas enseñanzas; todo lo cual contribuiría, también provechosamente, a la obra de la industrialización del país. Por otra parte, los alumnos de la Escuela de Artes, a medida que vayan formando su conciencia productora y adquieran una preparación apropiada, pueden, a su vez, concurrir a dicha obra en las actuales escuelas, y en las que se vayan instalando a medida que sea oportuno, así como en los centros de colonización educacional de que me ocuparé más adelante.

Entretanto, aunque no se hiciera más por el momento, con todo esto no más, el productor y el anhelo productor, tan recomendables como son, se sentirían cada vez más apoyados.

Hay que cultivar mucho la física, la mecánica, la química, como ciencias madres que pueden permitir el desarrollo de las formas angulares de aprovechamiento industrial, mas no hay que cultivar esas ciencias en el sentido de preparar laureados, simplemente, sino en el de formar hombres de acción, de iniciativa, emprendedores, capaces de "arremangarse", según lo expresa tan pintorescamente la gráfica locución vulgar.

El dibujo y el modelado, y la composición decorativa, como elementos también medulares[17] desde el punto de vista plástico, contribuirán, por otra parte, al mayor florecimiento industrial, permitiendo aprovechar muchas riquezas abandonadas, y otras que se emplean mal.

Hay que cultivar el criterio productor integral, para que las industrias todas puedan ir a las cumbres del apogeo: la metalurgia, las industrias textiles, las alimenticias, las que se dirigen al aprovechamiento de las materias colorantes, de las esencias, de las maderas, leche, cueros, huesos, astas, areniscas, mármoles, granitos, pórfidos, ágatas, tierras y arcillas, amatistas, pieles, plumas, etc., etc., que, a su vez, se dirigen por infinitos senderos, todos prósperos a condición de que la forma de aprovechamiento se halle adecuada a su fin, en cada caso.

Para todo esto, no es "la escuela" la que ha de guiarnos; ni es tampoco, en resumidas cuentas, el propio funcionario que se invista del título de maestro. Lo que ha de conducirnos eficazmente en este proceso, tan complejo, es *el criterio* que nos guíe. En un orden de actividades multiformes como éste, sólo una orientación racional, de adecuación, vale decir, científica, puede conducirnos a todos los florecimientos anhelados. Fuera de allí, nos llenamos de cargas y nos exponemos a recoger decepciones.

17 Estas artes, cuyo cultivo se supone de menor provecho, quizá por ser menos aptas para determinar la evolución, son asimismo muy importantes por cuanto vivir no es sólo evolucionar, sino "vivir" también.

XI

La obra educacional acentuará sus efectos por el informe así como por la experimentación y la divulgación de sus resultados.

Transformada hoy la ex Escuela Nacional de Artes y Oficios en centro de cultura general productora, para hombres y mujeres, dispuesto dicho centro a abarcar todas las modalidades de la producción con criterio científico, y dentro de un concepto estético regional, es él quien, al propio tiempo que prepara a los maestros encargados de propagar por todo el país las enseñanzas recibidas, dentro de la orientación oficialmente admitida como mejor, debe también diseminar por los demás medios posibles la cultura productora. Así empezaría, de inmediato, a plasmarse la obra industrializadora en todo el país, a la vez, de la manera más amplia y más segura.

Mediante un acopio, el mayor posible, de antecedentes, este centro debe desempeñar *un servicio general de informaciones,* acerca de los asuntos que atañen a la industria. Para ello es preciso, ante todo, ponerse en relación con los institutos análogos de los países que mantienen o puedan mantener intercambio con el nuestro, fuera de organizar un archivo, el más completo que sea posible, que le permita ordenar todo dato que sea de algún interés, más o menos inmediato. Este órgano, que habilitaría cada vez más para evacuar cualquier consulta que se le dirigiera, puede prestar servicios invalorables a los trabajado-

res en general, y a los rurales especialmente. Como complemento, una revista de la Escuela, que serviría a la vez como medio de aprendizaje de las artes gráficas en la misma, puede servir de vehículo a la propagación de los procedimientos de producción más recomendados, así como para contestar las consultas y pedidos de informes que puedan revestir un interés general.

Fuera de los cometidos esenciales, la Escuela trataría de ir ampliando su radio de experimentación, de investigación y de enseñanza, y dando la mayor publicidad posible a los resultados de interés.

Los cometidos legales que, naturalmente, han de cumplirse de la manera mejor, las formas cooperativas y continuativas, la enseñanza de obreros, todo esto debe hacerse sin herir los intereses legítimos de la industria, los que, por lo demás, no pueden ser lesionados dentro de este plan, sino que, al contrario, deben sentirse considerablemente favorecidos en sus aspiraciones superiores.

Si bien el fin esencial de estas instituciones es la enseñanza, se comprende que, para enseñar a producir, es preciso producir. Enseñar sin talleres, o sólo por medio de ejercicios abstractos, es enteramente ocioso entre nosotros, por ahora a lo menos. La antedicha producción, si bien exigua, puede, asimismo procurar recursos que, al servir a los fines de la enseñanza, refluyan en bien de la comunidad social.

No deben tampoco considerarse tan limitadas las prerrogativas del Estado sobre este punto, porque sería estrecharlo precisamente en la obra más proficua y mejor encaminada a desarrollar la cultura y el engrandecimiento nacional. En un plan racional de instrucción, no puede ser mantenido el régimen de

ejercicios infructuosos, como el anterior, que inutilizaba desatentadamente preciosos materiales, sino al contrario, debe enseñarse a utilizarlos prácticamente, y de la mejor manera. Lo único que debe rechazarse radicalmente es la competencia desleal. Este régimen, tan moral como útil, en campaña ha de ser de efectos más provechosos todavía, puesto que realiza quizá el ideal de que las escuelas-talleres, al enseñar, se costeen por sí mismas.

Reanudando lo que decíamos acerca de los servicios complementarios del enseñamiento, una institución amplia como ésta, que no se halla guiada por el espíritu de lucro, puesto que su misión es impersonal, en un medio incipiente de producción como es el nuestro viene a llenar una laguna lamentable *el informe.*

En efecto, ¿a quién puede dirigirse el industrial para disipar sus dudas, para conocer el resultado de los tanteos y ensayos, o la mejor manera de resolver cualquiera dificultad? ¿Acaso al émulo, al competidor? Y ¿cómo esperar que se manifieste dispuesta y animosa la iniciativa industrial, allí donde no hay elementos de instrucción, ni quién se aplique a verificar experimentos y a hacerlos conocer?

Este servicio puede ser de efectos muy provechosos si se realiza convenientemente.

La Escuela Superior debe, además, mantenerse en constante comunicación con las comisiones y demás entidades departamentales, seccionales y vecinales de campaña, ya organizadas, y también con las especiales que se organicen, tanto para estimularlas a cooperar en la obra de la enseñanza industrial, cuanto para conocer las necesidades y aspiraciones de los depar-

tamentos, de las secciones y vecindarios, a fin de satisfacerlos en cuanto le sea dado hacerlo.

Las antedichas incitaciones al trabajo productor, por medio de la enseñanza práctica, por el informe, por la experimentación y la divulgación de sus resultados, por la propaganda, etc., podrán secundar eficazmente el propósito industrializador, y, tanto más, cuanto mejor nos sea dado formar un ambiente-guía, que vaya encarrilando, lo más posible, en un sentido racional, regional, autóctono, nuestra producción; pero hay otros arbitrios convergentes de que echar mano y, para alcanzar los máximos frutos de esta empresa redentora, nada hay que desdeñar de lo que pueda ser aprovechable.

XII

Todos, de una u otra manera efectiva, deben concurrir al sostenimiento del Estado y a facilitar la evolución nacional.

Será de efectos benéficos y congruentes al propósito de desarrollar lo más y lo mejor posible la cultura industrial, el iniciar una serie de ensayos y ajustes en el sentido colonizador-educador.

Hay que comenzar por hacer una compulsa acerca de la disposición en que se hallan los vecindarios de campaña, para facilitar la instalación de pequeños centros de colonización educacional y productora. No hay un solo vecindario que no carezca de elementos educacionales y productores, hasta para satisfacer

a veces, las necesidades y aspiraciones más premiosas, y podrían éstos así, en provecho propio, aprestarse a concurrir de una u otra manera, que fuese bastante, por lo menos, para facilitar la prestación de los servicios que se demandan. Es seguro, que, por ínfimos que pudieran ser estos aportes en el comienzo, pronto llegaría a prosperar tal institución, siempre que se la atendiese con espíritu práctico y hábil.

De esta manera, no sólo los obreros y profesionales, dispuestos a trabajar, podrían hallar formas halagadoras para aplicar su capacidad y sus energías, sino que los mismos alumnos que egresen de la Escuela de Artes, podrían iniciarse en la vida libre del trabajo, llevando a los centros rurales las nociones de producción que han adquirido, todo lo cual redundaría en bien de la cultura del país.

Los brazos útiles, en una sociedad sabiamente organizada, no deberían quedar en la esterilidad abrumadora del ocio.

Desde luego, si la organización de la enseñanza industrial se cimenta sobre esta doble base: 1°) "Trabajo en el sentido vocacional"; 2°) "Remuneración equitativa de todo servicio útil", sobre esta base, pocos son los que van a manifestarse inclinados al pasivismo infecundo. La normal será de acatamiento, de aprovechamiento.

Según me lo sugería un espíritu organizador, sagaz, las propias fuerzas militares destacadas en campaña podrían constituirse en núcleos colonizadores. Esto, lejos de menguar la misión militar, la completaría y la elevaría más. Dicho arbitrio, por otra parte, como que se organizaría también en el sentido de consultar las vocaciones, lo cual al propio tiempo

que rinde más proficuo el trabajo, lo hace saludable y hasta solazante, tendría además la ventaja de hacer menos tediosa la vida del soldado en los tiempos normales. Con el empleo regular de sus energías y de su ingenio, se acentuaría su cultura, así como se consolidarían sus aspiraciones de mejoramiento. Fuera de mejorar su condición, pues, por la ocupación y el provecho consiguiente, se sentiría a la vez más identificado con el alma del pueblo, a cuyos intereses atendería de este modo, aun por fuera del cumplimiento de sus deberes militares, y habría ganado de todas maneras.

De otro lado, los recluidos, en general, todos deberían concurrir a la obra de la industrialización nacional, en cuanto sea factible, naturalmente, porque es equitativo que indemnicen en lo posible el servicio de manutención y demás cuidados que les presta la sociedad; y los mismos asilados, también deben cooperar en esa obra que ha de aprovechar a todos, ellos incluidos, y hasta debe exigírseles esto, no tanto siquiera como compensación del amparo que les presta la Asistencia Pública, cuanto porque es ésta la forma en que más eficazmente puede prestarse dicho servicio social.

Se comprenderá que me refiero a todos los recluidos y asilados, por igual; pero merece una atención particular la condición de los huérfanos, recogidos por la Asistencia Pública Nacional.

Es realmente un grave problema el que presenta la cifra creciente de expósitos y asilados, ya sean varones o mujeres, en los establecimientos de caridad, que no dejan de ser substancialmente así, aun cuando se los denomine de otra manera. Y no debe preocu-

parnos tanto el costo de su manutención, si bien siempre creciente, como los efectos sociales que ha de producir la preparación de elementos articulados tan artificiosamente para la vida libre.

Desde luego, la herencia, por lo común, no es auspiciosa. Abundan las taras. Al lado de aptitudes intelectivas que sorprenden, a veces, pueden observarse deficiencias muy frecuentes, fuera de un puerilismo, que, por sí solo, denota por lo menos una conciencia escasa para la convivencia libre Ni su salud ni su psiquis, pues, se adaptan fácilmente a las exigencias normales de la lucha natural. Puede asegurarse que ellos están, por lo común, individualmente, en condiciones de inferioridad.

La propia protección que les presta la Asistencia Pública como que es una forma de excepción, los coloca en una situación particular, cuyas consecuencias, juntamente con la falta de vinculaciones definidas con los miembros de la sociedad, se hacen sentir inconvenientemente.

El sentimentalismo de la caridad tiene eso de malo, el que, por un lado, es menos eficaz de lo que quisiera ser y, por el otro, que no concluye jamás por complacer las exigencias del beneficiado, tanto más cuanto que éste se acostumbra a la idea de la protección excepcional, antinatural, antes que preocuparse como en la vida libre, de ir formando su conciencia en el sentido de la propia responsabilidad y de la preparación individual para la lucha.

Sería más científico, y más eficaz, encarar este servicio de asistencia como un acto de previsión social, sin anfibologías de ninguna clase. Preparar a estos desheredados en el sentido de que tienen que bastarse

a sí mismos apenas tengan uso de razón, sería darles una conciencia más moral y más provechosa. La caridad comienza por humillarlos, o bien, por hacerles creer que la sociedad les es deudora a un título, que, por lo mismo que no les es dado definir, lleva a todas las arbitrariedades de su imaginación infantil. No es difícil encontrar entre los asilados, antes que el rubor de la humildad, cierta soberbia, y a veces hasta la propia altanería. En otras palabras, no son normales por lo general.

Actualmente, se van admitiendo expósitos de ambos sexos, así como niños y niñas, que, por una u otra razón, solicitan ser amparados por la Ásistencia Pública. Este servicio, que congrega niños de todas edades, entre la del párvulo y la del adolescente, y que, según se me ha informado, hasta permite al adulto hospedarse también en el asilo, trae consigo, todos los inconvenientes antedichos, más los que derivan de la heterogeneidad de ideas, de edades y de procedencias. El problema se agrava, a la vez, por la progresividad del cuantum que implica este servicio y, también, porque no se prepara a los asilados para que puedan reincorporarse convenientemente a la sociedad. Se diría que no se piensa en esto.

Una solución que reduciría los inconvenientes apuntados, es la de preparar resueltamente para la producción a todos estos asilados. Desde un principio, la instrucción tendría que dirigirse resueltamente en ese sentido, y una vez que los asilados hubieran llegado a la edad de doce años, cuando más, deberían ser considerados como elementos aptos para encaminarse a la producción, optándose fundamentalmente por destinarlos a la vida rural.

Si se fundaran colonias, aunque fuera pequeños núcleos colonizadores para recibir a estos asilados, se obtendría el triple resultado siguiente:

1°) Colocar a los asilados en un ambiente más favorable a sus condiciones físicas;

2°) Prepararlos en un medio más fácilmente accesible, y más conforme a su condición social;

3°) Descongestionar los centros urbanos.

Si, en primer término, esto consulta el interés de los propios asilados, produciría a la vez resultados sociales y económicos muy dignos de tomarse en cuenta.

Es prudente encarar este servicio de asistencia de modo que los beneficiados, mediante una preparación adecuada, puedan costearse su manutención y bastarse a sí mismos, no sólo porque esto es más propicio para que puedan formar su concepto de responsabilidad, sino también porque es más moral y previsor, desde que tiende a formar elementos útiles, lo que importa contemplar el interés social y el individual a la vez.

Desde el punto de vista económico, mantener el régimen actual, es abrir un agujero siempre dispuesto a ensancharse, en el fondo mismo del tesoro nacional, donde se guarda el dinero del pueblo, para costear una obra muy deficiente por cierto.

La vida rural, por otra parte, tendría para ellos otras ventajas, también dignas de tomarse en cuenta. En agrupaciones pequeñas, este régimen permitiría constituir un ambiente familiar, grato, y facilitaría al propio tiempo que la enseñanza, la vigilancia, lo cual tendería a formar costumbres más sobrias, ambiciones más razonables, más sociales y más sanas, y

garantiría la salud de los asilados, preparándolos de un modo mejor, por más adecuado, para la vida libre.

El personal de este servicio debería seleccionarse entre las familias de colonos, y demás rurales, más virtuosos, a la vez que como un acto de confianza, que honra al designado, como un medio que les permite prosperar. Es de esta manera que podría ajustarse como institución social, equitativa y previsora, la asistencia, más bien que por medio de ostentaciones fastuosas, y estériles como son las de la caridad casi siempre, y es así como podría prepararse la reincorporación de estos elementos en sociedad, con hábitos de orden, de trabajo, y hasta permitiéndoles formar su peculio para que puedan establecerse.

Divididos en pequeños grupos, lo más homogéneos que sea posible, bajo la vigilancia y la dirección de personas honorables, podría además creárseles un ambiente más semejante al de la familia, que es la forma natural de vivir, lo cual, por lo demás, no impediría tampoco el seleccionar a aquellos que revelasen mayores aptitudes para cultivar la industria urbana.

En esos centros coloniales, se podría establecer la celebración de fiestas con motivo de las sementeras, plantaciones, cosechas, esquilas y demás operaciones rurales, reglamentando la vida de modo que semejara cuanto es posible la vida amplia, normal. Encarado así este servicio de colonización, nada tendría que pudiese semejar la tristeza de esos hacinamientos urbanos, donde las perspectivas para los asilados son todas grises.

Con todos estos y otros ajustes en el sentido colonizador-educador, al reducir los inconvenientes expues-

tos, y fuera de los demás beneficios que se han de palpar, se tendería también a propagar más y más las mejores formas de producción.

XIII

Dentro de un sabio régimen social, nada que pueda ser utilizado debe abandonarse.

Se requiere un esfuerzo singularmente vigoroso en la campaña, si se la quiere transformar, llevándola de una atonía musulmana a los movimientos ordenados, metódicos y hábiles que demanda la utilización racional de las riquezas naturales; y, muy especialmente, se requiere fomentar el factor social, como un estímulo insustituible para engendrar esas actividades en aquel medio, pasivo, inerte por lo mismo que carece de este aguijón tan saludable.

Si hubiese una conciencia más clara, habría un espíritu social más solidario, con provecho de todos.

En tanto que en los centros urbanos, y en la capital, principalmente, disfrutamos de toda clase de recursos y comodidades, en campaña se carece de todo, a veces hasta de lo mismo que confina en lo perentorio. Esta disparidad social implica, necesariamente, un desordenamiento perjudicial, que conviene remediar.

Sería indicado, desde luego, enviar a campaña todo lo que puede ser utilizado y que aquí no se utiliza: semillas, podas, muebles, libros, útiles, herramientas, ropas, etc., sobrantes que, fuera de no servirnos, nos incomodan.

Cuando se piense que todos estos sobrantes, que a veces mantenemos abandonados indefinidamente sin saber qué partido tomar con ellos, podrían ser aprovechados como verdaderos tesoros por las familias rurales pobres, las que a veces ni pueden enviar a sus hijos a la escuela por falta de recursos, y aun de ropas, fácil será convencer de la necesidad de articular algún resorte que sirva para drenar todos estos objetos hacia las desmanteladas viviendas camperas. Y, naturalmente, al decir esto, entiendo que es mucho más lo que puede y debe hacerse, así como pienso que se hará mucho más apenas se haya iniciado un servicio cualquiera de este género, y se palpen los beneficios que de él emergen.

Considerando con espíritu de previsión este punto, se comprenderá, por de pronto, cuánto puede contribuir a la transformación de la vida rural este propio arbitrio, que, en resumidas cuentas, no nos costaría más que el mantener "el órgano intermediario" puesto a su servicio, lo cual es relativamente insignificante.

Hace pocos años, inicié un movimiento de opinión en este sentido, pero este intento, si bien halló la más auspiciosa acogida en la población,[18] por causas

[18] De inmediato se formó una comisión compuesta de selectos elementos de todas las profesiones y gremios, la que con empeño inició las primeras tareas. No sólo la prensa de la capital y de la campaña acogieron con viva simpatía este propósito, sino que muchas instituciones, y particulares prometieron secundarlo con agrado, aplaudiéndolo como un anhelo verdaderamente razonable y patriótico. La Intendencia Municipal envió muchos miles de podas utilizables, lo propio que el arboricultor don Alberto Basso, la Comisión Nacional de Fomento Rural adhirió plenamente, ofreciendo el concurso de todas sus comisiones de campaña, y don Julio Mailhos, también generosamente, ofreció un local apropiado, contiguo a la Estación del Ferro Carril C. del Uruguay, y se iban recibiendo de todas partes adhesiones y ofrecimientos constantes, entre otras, la valiosa declaración del Segundo Congreso Rural Trimestral celebrado en Minas, cuando cesaron los trabajos por las causas antedichas.

accidentales no fue posible llevarlo a término. No obstante, aquel pequeño y breve ensayo permitió ver claramente cuán reclamada era esta institución por la campaña, y cuántos beneficios habrían de resultar de la realización de un concurso social de esta clase, al derivar hacia la campaña un cúmulo enorme de elementos utilizables que quedan arrinconados o perdidos en la metrópoli, sin provecho alguno para nadie.

No basta enseñar; ni enseñar a trabajar; ni basta enseñar a vivir; es preciso también procurar a los desamparados los medios indispensables, aunque no sea más, para que puedan reaccionar despertando su espíritu al orden y la diligencia, dentro de la capa de plomo de la modorra en que han vivido tanto tiempo, precisamente por hallarse privados de todo. Para iniciar este movimiento, disciplinando convenientemente energías latentes, tan enervadas por la pasividad, lo menos que podemos pretender es que cada cual contribuya con todo aquello que no le presta servicio alguno, y, por parte del Estado, que subvenga a los pequeños gastos que demanda la creación de este órgano intermediario, encargado de solidarizar al productor rural con el consumidor urbano.

Si se quiere conmover la vida rural, para reformarla a fondo en un tiempo relativamente breve, es menester acudir a la vez a todos éstos y los demás arbitrios que puedan converger a dicho propósito, tan patriótico, como equitativo y previsor.

XIV

El estímulo social es lo que más puede determinar un mejoramiento en la vida rural.

Según lo expresaba en mi memorándum de Marzo de 1915[19] hay la necesidad de despertar, por medio del estímulo social el propósito de mejoramiento, el que, según se comprende, será más incitante y saludable cuantos más deseos se sientan de "vivir bien". Es éste el factor que ordena el trabajo y que lo intensifica. Imposible esperar este resultado donde, por no sentirse la necesidad de comodidades, se ha mecanizado el esfuerzo dentro de las formas rudimentales mínimas, bastantes, sin embargo, para atender necesidades mínimas también e inmutables, se diría, como las de los insectos, según se afirma.

Para remediar este inconveniente, y por las mismas razones que he propuesto como iniciación de la obra de la industrialización nacional que se lleve a las extensiones rurales desmanteladas, tanto la enseñanza productora como el informe y los elementos utilizables sin aplicación, de igual modo propongo que se trate de derivar también de los centros urbanos, hacia la campaña, una parte de la corriente intelectiva, del ingenio y de la inventiva de los profesionales y demás personas ilustradas, en el sentido de estudiar la multitud de problemas rurales que están

[19] Véase el apéndice: *Antecedentes de la reforma*

en pie, sin solución, y, lo que es peor, sin que nadie se crea obligado a examinarlos.

La vivienda rural, por ejemplo, requiere que se la estudie con especial atención.

Desde luego, la vivienda, encarada de un punto de vista práctico, por modesta que sea, mas no por eso menos habitable y aun confortable, y también apta a las sugestiones estéticas, podría ser un interesante problema a resolver por nuestros arquitectos. Bien valdría la pena iniciar concursos, con premios, para ir estudiando esos tipos de vivienda rural tan amenos y gratos, a pesar de su parquedad, y siempre teniendo cuenta de la necesidad de hacerlos fáciles de ejecutar, aun por medio de los recursos comunes, tan exiguos, de la campaña. El jardín, la huerta, las porteras, los cercos, la chimenea, los mobiliarios,[20] etc., podrían permitir que se esgrimiera el ingenio de nuestros artistas, en un sentido tan provechoso cuanto instructivo, y, además, habría que hacer lo propio con otros cien problemas rurales.

Por otra parte, fuera de las exposiciones a organizar, ferias, concursos, etc., hay que programar fiestas y premios, con motivo de las operaciones ordinarias de campo, y también habría un interés especial en instituir prácticas capaces de asociar al rural a la obra de la conservación y mejoramiento de los caminos. Así, por ejemplo, convendría instituir la "fiesta del camino", en la que cada vecino concurre, de una u otra manera, con materiales, acarreo

[20] Todos estos concursos, así como otros, verbigracia, para proveer de agua, de aire, de luz, de herramientas, botiquín etc., deberían merecer además el cuidado de hacer que las soluciones mejores se las trocara en prácticas, facilitando la adquisición por cuotas o de otra manera. En su caso, convendría también estudiar prácticamente, el mejor modo de obtener las instalaciones mas costosas por medio de los concursos colectivos de cada vecindario.

o mano de obra al sabio propósito de cuidar de la vialidad rural, que es el vehículo esencial para el desarrollo de la producción y para la propagación de infinitas culturas. Pero es necesario, a la vez, *amenizar* el ejercicio de este acto de previsión, a fin de que tales deberes se identifiquen más al espíritu del poblador rural, lo que también concurriría a estimular sus hábitos sociales, hoy tan escasos.

Esto podría constituir, un día, si no el "órgano de conservación",[21] sin el cual el problema de la vialidad es insoluble (puesto que no hay recursos que permitan sufragar a la vez las obras y su conservación) podría esto, digo, ser por lo menos uno de sus elementos constitutivos más eficaces. Desde luego, el ejercicio de esta función, tan racional y ventajosa, habría de permitir todos los desenvolvimientos que ofrece cualquiera organización de índole positiva.

XV

Algunas consideraciones complementarias y transitorias, para concluir.

Tal es la orientación en lo substancial, y tales son, en sus líneas más generales, los arbitrios que a mi juicio deben emplearse por el momento en nuestro país, para abordar la obra de su industrialización.

[21] La ley de Vialidad que me cupo el honor de promover, no podría prestar todos los servicios que de ella deben esperarse si no se asocia la iniciativa de los vecinos a la obra de la conservación de los caminos rurales. Este concurso, invalorable, es el que más eficazmente puede secundar la obra de la Administración Pública.

Como se ve, el plan que formulo es el mismo, fundamentalmente, que propuse al Gobierno en el memorándum ya referido; y debo manifestar aquí que el actual Presidente de la República, doctor Feliciano Viera, tenía conocimiento del mismo desde el mes de Noviembre de 1914, así como que lo aprobó con satisfacción patriótica desde entonces, interesándose en él al considerar los efectos tan beneficiosos que ha de producir en todo el país, y en la campaña principalmente.

Ni entonces me he detenido, ni ahora me detengo a precisar los detalles del plan, por cuanto es imposible abarcarlos dentro de una organización tan compleja, si se la encara con criterio racional, que requiere, en un medio no preparado como el nuestro, tanteos y compulsas diversos, a fin de que se articulen los resortes y ajustes convenientemente.

Los detalles, los propios detalles reglamentarios, no dejan de ser de interés. Siempre dependerán la marcha y la prosperidad de una institución, de la forma en que funciona; pero, ir de antemano a preverlos, y establecer desde luego reglamentaciones definitivas, si acaso pueden serlo alguna vez, lo que no creo, sería exponerse al contratiempo, y también al fracaso.

La reglamentación debe ser precedida de una constante compulsa, en toda organización racional, de modo que se ajuste cada vez más el medio, que es el reglamento, a la finalidad, la cual, en este caso, es la enseñanza dirigida en el sentido de obtener la industrialización nacional de la manera mejor. Quizá se pudiera tentar esto al implantar instituciones extranjeras, a regirse por sus propios cánones, pero esto mismo resultaría a menudo imposible por

cuanto, en ese caso también, hay siempre que considerar que, por el hecho de funcionar aquéllas en otro medio, esto sólo demanda una previa adaptación. Caeríamos en lo mismo que hemos condenado, si articuláramos fríos y estériles mecanismos inanimados, por simple trasplantación, como fuera menester para prestablecer lo que aquí no tiene principio de ejecución siquiera. Volveríamos a las instituciones de aparato, tan dispendiosas como infructíferas.

Sólo para proveer los cargos de maestros debe hacerse una compulsa previa, escrupulosa. Desde luego, una institución seria y fundamental como ésta, vital, podría agregarse sin hipérbole, para que pueda ofrecer los efectos trascendentes que de ella deben esperarse, no puede convertirse en un simple asilo de "recomendados". El cuerpo docente, por lo menos, debe reclutarse entre los más preparados y los mejor dispuestos a enseñar dentro del programa adoptado oficialmente como mejor. Se trata de formar la conciencia nacional productora, y de enseñar a trabajar, y esta tarea debe llenarse sesudamente, porque implica los destinos de la riqueza y de la cultura nacionales. Ningún servicio, pues, en el orden de los enseñamientos y de las orientaciones generales del alma nacional, debe eximirse de un contralor científico, excluyéndose por completo todo lo que sea ajeno al enseñamiento efectivo. Es ésta la única manera de llegar a la consecución de la alta finalidad patriótica que se pretende alcanzar.

Es sumamente útil, a mi juicio, el mantener en los primeros tiempos, de ensayo y experimentación, la mayor suma de facultades ejecutivas en la dirección, a fin de que haya la mayor plasticidad en sus movimientos preparatorios, y la mayor rapidez. En el

período inicial, por lo menos, se requiere articular unitariamente, vale decir, dentro de un solo criterio todos los resortes, a fin de evitar los hibridismos, siempre estériles, tan fáciles de engendrarse en medios como el nuestro.

Así, por ejemplo, considero que hasta que no se hayan organizado los servicios fundamentales, cuando menos hasta entonces, sería inconveniente instalar un consejo deliberante. La deliberación es demasiado lenta, y expuesta, más que en otra parte aquí, a inclinarse ante razones de oportunismo. En la experiencia que hemos podido recoger, hemos visto que si los consejos son convenientes respecto de las instituciones ya encaminadas, con funciones ya dispuestas y regularizadas, no lo son cuando se trata de iniciar o de innovar. Fuera de que no siempre es fácil formar quórum en los cuerpos honorarios, es frecuente ver paralizada su acción por la disparidad de opiniones, doblemente presumible y temible en este orden de asuntos. Si la diversidad de matices, de simples matices no más, puede ser de provecho para ejercer un contralor en una institución que funciona, la pluralidad de opiniones es mortal para una institución que se inicia. Sería interminable, tan interminable como concluyente el entrar en el terreno de los antecedentes y de las demostraciones a este respecto.

Se comprenderá que lo dicho no excluye al contralor administrativo, que considero saludable en todo instante. Sólo me refiero al criterio unitario que presupone toda organización vigorosa, fuerte. En instantes en que va a modelarse una obra tan compleja como es la de la enseñanza industrial, como lo es, muy particularmente, en un país casi por completo ajeno a este orden de culturas, para esta oportunidad debe

escogerse, con toda escrupulosidad, la mejor orientación y, luego, disponer el ordenamiento de todos los resortes dentro de un criterio uniforme, y homogéneo por lo mismo. Otra cosa puede exponer la obra a las formas de oposición, que llevan al hibridismo, a la contradicción, y al fracaso consiguientemente. Demasiado grandes son las dificultades y obstáculos a vencer, para que, todavía, se puedan oponer otras rémoras en el camino.

Fuera de una preparación especializada, se requiere una consagración que es incompatible con el esfuerzo requerido para mantener, dentro de sus verdaderos rieles, una misma orientación angular, si hay desacuerdo en las ideas directrices.

Ni el propio presupuesto puede ser formulado dentro de rubros rígidos, en tanto que la institución con todas sus dependencias, tan variadas y complejas como son, no llegue al período pleno de su funcionamiento, *como organización*. Mientras sea un intento orgánico, como debe serlo racionalmente en sus pasos iniciales, tiene que haber un margen de libertad para cambiar los rubros, según lo aconsejen las circunstancias, y siempre, naturalmente, dentro de la suma que se destine a la institución.

En la experiencia que he recogido en la Dirección de la ex-Escuela N. de Artes y Oficios, si bien corta, he podido ver que habría sido imposible realizar ni la mitad de lo que se ha hecho, a haber tenido que discutir punto por punto cada medida, o bien, a no haber tenido facultades para invertir las economías que se hiciesen en cualquier rubro; y no puede dejarse de reconocer, no obstante, que ha sido un bien esa latitud de facultades que permitió, en breve tiempo, y dentro de escasos recursos, en lo fundamental los

mismos ordinarios de la ex-Escuela, transformar aquel centro, antes tan lúgubre como estéril, en una colmena próspera.[22]

Al reglamentar la ley, pues, a fin de cumplirla del modo más eficaz, convendrá tener presentes las consideraciones antedichas, tanto lo que se refiere a una juiciosa "seriación" previa de las necesidades, para atender, en primer término, las más premiosas, cuanto a lo indispensable que es el *preparar a los maestros* que han de vivificar la institución, como recurso esencial de todo enseñamiento, así como convendrá no omitir lo demás que sea también fundamental, o simplemente oportuno y provechoso.

En los liceos, según se hizo público últimamente, hay dificultades para proveerlos de maestros, y hasta se aconseja fundar un instituto "especial" para prepararlos, no obstante hallarse funcionando ya dichos centros de enseñanza; y si esto ha ocurrido con instituciones dispuestas en el sentido de la instrucción general, ¿cuánto más requerido y prudente será el tomar en oportunidad esta medida preparatoria, con enseñanzas prácticas de las que está tan desprovisto el país?

No caigamos en el error de impacientarnos. Hay que ir lejos.

Con las experiencias recogidas en nuestro propio país, y con las abundosas enseñanzas que emergen de la guerra europea, no debemos ni podemos pagarnos de simples exterioridades institucionales; debemos ir a fondo: dejar la paja, y tomar el grano.

Se trata de fundar una institución esencialmente "natural"; más que nacional, pues, *humana,* la que

---

[22] Véase el apéndice: *Lo que era y lo que es la Escuela de Artes.*

está por arriba de las creencias y de los partidos, y desde que ella se basa en una aspiración común: el mejoramiento moral, social y económico, todos estamos interesados por igual en asegurar su pleno éxito.

Sería hasta denigrante, por otra parte, el que, sin antes haber pesado las aptitudes propias, un pueblo se declarase de antemano inepto para hacer lo que hacen los demás.

Pero, para realizar un esfuerzo verdaderamente eficaz, es preciso trabajar seriamente, hondamente, y esto excluye la idea del "expediente" como cosa principal, el simple papeleo burocrático, la grave "paperasse" que es, a veces, lo único que queda, en medio de un silencio solemne, para comprobar la huella que dejaron las instituciones. Para eso valdría más no intentar nada.

En breve acompañaré el presupuesto, así como una somera exposición de motivos que a él se refiere.

Seguro de merecer la aprobación de V.E., y a fin de facilitar la lectura de este plan, así como para obtener el mayor concurso de opiniones sobre asuntos tan vitales, lo he mandado imprimir, y pronto recibirá V.E. ejemplares impresos que han de abreviar su estudio.

Dejo así cumplido el encargo con que he sido honrado por el Poder Ejecutivo, y saludo a V.E. con mi mayor consideración.

Montevideo, 8 de marzo de 1917.

Pedro Figari

APENDICE NUMERO 1 *

. . . .

APENDICE NUMERO 2

ANTECEDENTES DE LA REFORMA

Hace ya mucho tiempo que vengo pugnando por la necesidad de abordar el enseñamiento industrial práctico.

Con motivo de un proyecto que, poco estudiado, presenté en 1903 a la H. Cámara de Representantes sobre creación de una Escuela de Bellas Artes, se nombró una Comisión Especial para abrir dictamen acerca de dicho proyecto, Comisión de la que yo formaba parte; y los miembros de la misma me cometieron el informe, dándome facultades amplias para estudiar y aconsejar lo que considerase mejor.

Estudiado con más detenimiento dicho proyecto, propuse el informe que transcribo enseguida, aceptado por la antedicha Comisión.

Dice así: **

. . . .

Este asunto, así que salí de la H. Cámara, quedó olvidado.

En 1910, cuando el Gobierno del doctor Claudio Williman me ofreció un cargo en el Consejo de la Escuela, acepté para defender mis convicciones sobre este punto, y después de presentar el plan de reforma a que antes me he referido, vista la imposibilidad de hacerlo triunfar me retiré del Consejo, no sin polemizar para demostrar

* Se omite aquí el Apéndice Nº 1 por tratarse del informe *Lo que era y lo que es la Escuela de Artes,* que se publica entre las páginas 71 y 85 de este volumen.

** Se omite aquí la transcripción del Informe que aparece entre las páginas 10 y 15 de este volumen, con el título de *Informe sobre creación de una Escuela de Bellas Artes.*

la incompetencia del Director importado, así como lo inconducente de su plan. Creo que los hechos demostraron muy pronto la razón de mis asertos.

El año 1911, cuando ocupó el eminente conciudadano don José Batlle y Ordóñez la Presidencia de la República, por segunda vez, me hizo el honor de encargarme de un plan de organización de la cultura artística en el país. Presenté mis ideas generales sobre este asunto, y por razón de algunas desinteligencias ocurridas acerca de la mejor orientación a adoptarse, se aplazó este punto, hasta que nuevas exigencias de gobierno fueron demorando toda solución indefinidamente, a pesar de reiteradas gestiones que hice para definirla. Fue entonces que propuse al actual Presidente de la República, doctor Feliciano Viera, el memorándum que se hizo público. Excuso decir que nunca fue mi idea aceptar cargos directivos, sino, simplemente, hacer de modo que se adoptaran los mejores rumbos, que, a mi ver podían conducir a este pueblo a mejores destinos."[21]

Bajo el epígrafe: "El doctor Viera quiere divulgar la enseñanza industrial en todo el país", al publicarse por los "Talleres Gráficos de *El Siglo, La Razón* y *El Telégrafo"*, en hoja suelta, el memorándum y otros antecedentes relativos a la iniciativa de industrializar al país, la referida Empresa decía:

AL LECTOR

Las declaraciones hechas por el señor Presidente de la República en su manifiesto, respecto a su empeñoso y

---

[21] Tanto el gobierno del señor Cuestas cuanto el del señor Batlle y Ordóñez (durante su segunda administración), me ofrecieron la dirección de la Escuela N. de Artes y Oficios, ofrecimientos que decliné; y al manifestarle al señor Presidente de la Republica doctor Feliciano Viera, hallarme en el mismo estado de ánimo, me expresó que era yo quien debía llevar mi plan a la práctica y que, para hacerlo fructuoso, debía consagrarme a esta obra por ocho o diez años por lo menos. Ante las manifestaciones que expuso el señor Presidente doctor Viera para inducirme a aceptar, acepté, no sin saber que esto implicaba para mí la responsabilidad y la lucha, y también el sacrificio.

laudable propósito de prestar atención preferente a los intereses de la campaña y a la cultura industrial del país, comienzan a ejercer su acción, y pronto se traducirán en hechos. La entusiasta colaboración del Ministro de Industrias, doctor Amézaga, que comparte aquellos anhelos patrióticos del doctor Viera, todo ello nos da la seguridad de que pronto ha de acometerse resueltamente la ejecución de esta iniciativa medular tan promisoria, la que va a atender directamente los intereses más preciosos y más vitales de la Nación.

Nosotros atribuimos una trascendencia particular a este orden de actividades oficiales, y creemos que una enseñanza práctica industrial, razonada, gradual y oportuna, puede transformar en breve tiempo la mentalidad y la producción nacional desenvolviendo la riqueza pública por medio de una eficaz manipulacion industrial, así como fomentando el espíritu de asociación y de cooperación en toda la República.

En el breve tiempo transcurrido desde que *El Siglo*, informado en fuente fidedigna, dio cuenta de que se hallaba a estudio del gobierno un plan de enseñanza industrial, con fecha 25 de abril último, se ha estudiado y resuelto ya su adopción en general Según se nos informa ahora, se enviará de un instante a otro el respectivo mensaje al Cuerpo Legislativo.

Esta Empresa, celosa como siempre en el servicio de información, y dispuesta a secundar lo más posible toda gestión hecha a favor de intereses tan importantes como son éstos, desea dar la mayor publicidad a dicho acontecimiento, y para ello inserta aquí todos los antecedentes del mismo, como medio de divulgarlos más como una palabra de aliento llevada a todos los extremos de la República donde los pobladores claman de mucho tiempo atrás por una reforma que les permita mejorar de condición

Publicamos el suelto aludido, el reportaje hecho por *La Razón* (Sección de la Campaña) al doctor Pedro Figari y el plan de reforma, con la exposición de motivos que

lo fundamenta, el que, como una verdadera primicia periodística ofreció la sección de campaña de *La Razón* a sus lectores. Con estos antecedentes se podrá formar una idea general respecto de la entidad de la iniciativa que en estos momentos se encamina a dar debida satisfacción a aspiraciones nacionales tan legítimas y tan sentidas como son las que motivan la referida obra.

ESCUELAS ELEMENTALES DE INDUSTRIAS

Reorganización de la Escuela N. de Artes y Oficios (Suelto de *El Siglo* del 25 de abril de 1915).

Con motivo de una iniciativa sobre el particular, que tiende a realizarse ampliamente en la capital vecina, hacíamos días pasados algunas consideraciones relativas a la conveniencia de crear en nuestro país escuelas industriales elementales. Hoy llega a nuestro conocimiento que esa idea por nosotros prestigiada había sido ya recogida[24] por el doctor Pedro Figari, quien, hará unos veinte días, presentó al Ministerio de Industrias un proyecto acompañado de interesantes y acertadas consideraciones, que tiende a realizarla en algunos de sus aspectos, proponiendo además la organización sobre nuevas bases de la actual Escuela de Artes y Oficios. Es el propósito del doctor Figari fomentar por medio de la creación de numerosas escuelas profesionales elementales el desarrollo y perfeccionamiento de ciertas industrias que aún se hallan en estado embrionario en nuestro país. Esta desinteresada y patriótica iniciativa fue entusiastamente acogida por el doctor Amézaga, y lo fue con tanto más motivo, cuanto que el ilustrado Ministro de Industrias venía desde hace algún tiempo preocupándose del punto y estudiando el modo de realizar en la

[24] Como se verá, la idea que informa el plan no tiene ningún parentesco con las instituciones a que la dirección de *El Siglo* se refiere, pues, es la misma que proponía desde el año 1903

mejor forma la creación entre nosotros de los mencionados centros de enseñanza.

También el doctor Viera, a quien el proyecto fue presentado en el acuerdo de ayer, lo acogió con simpatía, preocupándose especialmente de que sus beneficios se extiendan también a la campaña, con cuyo objeto se harán los estudios necesarios. La idea marcha, pues, a una franca y benéfica realización.

Mucho debe esperarse de ella.

La creación en todo el país de numerosas escuelas elementales de industrias, a las cuales puedan concurrir todos los obreros para completar los conocimientos que les proporciona la enseñanza primaria, dándole a ésta un carácter práctico que la haga auxiliar del operario en su labor diaria, será de ingentes beneficios, no solamente para esos obreros mismos, sino también para el país en general.

REPORTAJE AL DOCTOR FIGARI

(*La Razón*, Sección de la Campaña, del 21 de mayo de 1915).

SOBRE LA PISTA

Se dijo en la prensa, hace unos días, que el gobierno se interesa vivamente en un proyecto del doctor Pedro Figari, que tiene a estudio, sobre reorganización de la enseñanza industrial, con proyecciones para la campaña.

A fin de poder informar más concretamente a los lectores de esta sección, es decir, a los rurales y a los que, se interesan por el progreso de nuestra gente de campo, que harto lo sabemos, están cansados de esperar que se ocupen de ellos seriamente, fuimos a interrogar al doctor Figari, y he aquí el resultado de la entrevista:

F. — Efectivamente, nos dijo, he presentado al Gobierno un plan general de instrucción industrial, y es

también cierto que dicho plan fue bien acogido, tanto por el señor Presidente cuanto por el Ministro, doctor Amézaga. El gobierno del doctor Viera está empeñado en llevar hacia la campaña su acción preferente para impulsar su progreso de un modo decisivo, en la sabia inteligencia de que los intereses rurales son nuestros más vitales intereses. Esto acusa que ha considerado, como verdadero estadista, las necesidades más premiosas y fundamentales del país. Estas son necesidades tan orgánicas, que no pueden ser confiadas al recurso político o financiero, simplemente. El doctor Amézaga comparte enteramente este mismo modo de pensar patriótico y previsor, y anheloso como está de atender tan trascendental orden de intereses, estoy seguro de que procederá con la amplitud y la decisión requeridas para llevar a buen término la reforma. Cabrá, pues, a esta Administración el envidiable honor de tomar una iniciativa tan esencial como fecunda, para la cultura general y progresiva del país.

De Completo Acuerdo

R. — Crea que esta noticia me llena de satisfacción, y tengo la seguridad de que será acogida con íntima fruición por nuestros rurales. Era tiempo ya de que el gobierno se preocupara de una necesidad tan sentida y tan fundamental. Ya sabe usted cuán empeñado estoy en demostrar que la campaña merece una atención especial, por su propia importancia.

F. — Lo sé, y créame que comparto sus convicciones y sus anhelos a ese respecto. La campaña progresa, en verdad; pero progresa muy lentamente. Fuera de algunos centros, que son la excepción, conserva los viejos cánones de vida y de producción, por demás primitivos, los que están lejos de guardar relación con los progresos urbanos. Hay extensiones enormes, donde ni siquiera puede advertirse una manifestación clara de aprovechamiento de los grandes recursos de acción alcanzados en nuestros días. Desespera

el ver la incuria y la incapacidad en que vegeta el poblador, quien, a pesar de tener ocupadas grandes extensiones de tierra, vive dentro de una impotencia, de una estrechez más que franciscana... y bien, semejante atraso se debe: 1º) a la falta de instrucción práctica, que no permite intensificar el esfuerzo; 2º) a la carencia de estímulos sociales, lo que anula los propósitos de mejoramiento; 3º) a la falta de comunicaciones.

Orientación del Plan

R. — ¿Podría decirme en líneas generales a qué tiende el plan en lo que atañe a la campaña? Esto tiene un valor singularmente apreciable para mí y para mi sección de propaganda periodística.

F. — El plan tiende, por un lado, a promover la multiplicidad de formas de producción industrial compatibles con el ambiente, esto es, las más adecuadas, y, por el otro, a crear estímulos sociales capaces de conmover el quietismo campero, el que no se debe a causas fatales sino al abandono en que viven los pobladores relegados a sí mismos. La enseñanza que reciben, como que es esencialmente teórica, no basta a modificar el ambiente; para eso es menester dar nociones prácticas de producción, o sea, "formar productores", y además, dar alicientes al trabajo, a la acción, que es mejoramiento progresivo. Lo uno y lo otro es igualmente indispensable para fomentar y ver floreciente el espíritu de empresa y de asociación en campaña, donde los pobladores viven casi como ermitaños. Hay que procurar que entre "aire, luz y agua" en la morada de campo, la que, por una ironía, hallándose en plena naturaleza, en el reino mismo del sol, está desprovista de todo eso que es esencial. Hasta que el poblador no sienta el deseo de mejorar su propia condición; mientras vivan como viven, tienen que sentirse inclinados al pasivismo pesimista, que engendra el desamparo... Y ¿cómo esperar que se esfuercen en producir y mejorar,

cuando, todavía, lo propio que producen ni pueden en muchos casos llevarlo a la Estación?... Esto lo sabe usted mejor que nadie, mi distinguido amigo.

Somera Idea de Realización del Plan

R. — ¿Puede decirme cómo se operaría esta forma de instrucción práctica?

F. — Le daré una idea somera sobre este punto; después podrá ver usted el plan de un modo más preciso y detallado.

Para alcanzar aquel resultado habría que proceder por medio de una diversidad de recursos, congruentes y apropiados, a forjar la "industriosidad" y la "sociabilidad" de los alumnos (me refiero a todos los habitantes, porque todos van a sentir las influencias de este régimen, directa o indirectamente) en la inteligencia de que lo uno y lo otro debe ser cuidado al mismo tiempo en todas las manifestaciones de la enseñanza, si acaso es posible separar el espíritu industrial del espíritu sociable. Otros resortes del plan, tenderían también a estimular al estudio y al trabajo, y a propiciar las formas de asociación. concursos, exposiciones, ferias, festejos, etc. La actual Escuela de Artes y Oficios, hoy circunscripta a enseñar a un reducido número de alumnos, tendría que convertirse en un centro de información y de preparación general, abierto ampliamente al externato, y frecuentado por todos los que necesitan un conocimiento, un dato, un antecedente o una preparación industrial, sean hombres o mujeres, sin excluir naturalmente a los obreros, ni a nadie que se someta al orden del establecimiento. Debe, al contrario, atraer a todas las personas deseosas de aprender, sean quienes fueren. Al propio tiempo, en este centro se daría instrucción industrial a los maestros de Instrucción Pública Primaria, según sus aptitudes, a fin de que puedan enseñar y preparar el ingenio de los alumnos para las mil manifestaciones de la vida industrial. Esto, así como una rotación bien dispuesta,

iría diversificando las formas de instrucción productora en todo el territorio de la República, y, a la vez, iría intensificando dicha instrucción, para que cada cual pueda encontrar las formas de producción más apropiadas a sus aptitudes y direcciones productoras. En cuanto a la orientación pedagógica, es la misma que propuse hace varios años para reformar la Escuela de Artes y Oficios.[28]

Para apresurar lo más posible el desarrollo del plan, podría crearse además un cuerpo especial de maestros, a fin de formar centros productores allí mismo donde no tengan escuelas; que tengan esto, siquiera sea... Por otra parte, para secundar el propósito, se nombrarían Comisiones departamentales, seccionales, vecinales, que cooperasen, y se llegaría pronto así a irradiar por todo el país un espíritu de actividad saludable, multiforme, tendiente siempre a asociar, a mejorar la vida rural y a aprovechar las riquezas naturales. Hay que estimular vigorosamente a la producción, y hay que preocuparse mucho, también, de las industrias femeninas...

Engarces Admirables

R. — Me parece práctico y promisor el plan... y se me ocurre que las Comisiones de Fomento, ya creadas, podrían servir admirablemente a secundar esta iniciativa, porque hay en ellas fines paralelos, y hasta convergentes...

F. — Su idea es excelente Dichas Comisiones, ya organizadas, y formando un organismo vivo, robusto, dispuesto a actuar "prácticamente" y "fecundamente", no como muchos otros organismos que, por su propia estructura, no pueden hacer más que vegetar; dichas comisiones, digo, serían más que aliadas, entidades que se identifican con la causa de la instrucción industrial, en lo que toca a la campaña, por lo menos. Ya habría eso ganado... y vea

[28] Véase el folleto *"1910 - Reorganización de la Escuela N. de Artes y Oficios"*.

usted en esto mismo una comprobación acerca de este hecho: lo que es positivo y práctico, siempre ajusta bien con la realidad, sin determinar antagonismo alguno...

El Nudo de la Cuestión Vivienda Rural

R. — Al contrario, lejos de haber antagonismo en este caso, hay una gran afinidad; y me agrada verlo, así como que usted encuentre que es aprovechable esa institución para dar mayor vuelo a su plan de mejorar la vida de campaña. Ahora, permítame que vuelva al punto de partida. Usted tocaba dos puntos que tienen gran interés para la campaña: la vivienda rural y los caminos. Habrá visto que lo primero ha sido recientemente materia de un proyecto...

F. — Es cierto: y he visto también su crítica. Realmente, es muy simpático el propósito que inspira el proyecto del diputado Martínez Thedy, pero creo, como usted, que no es practicable en esa forma. Dicho problema no se resuelve tampoco por el simple arbitrio de "dar" viviendas mejores. No basta mejorar la vivienda: lo indispensable es modificar "el género de vida" del poblador. El recurso de la buena vivienda hay que conectarlo con otros factores convergentes de cultura, si se quiere determinar una evolución en la vida rural, que es lo que interesa esencialmente al país, y al propio poblador. Una vivienda, para el que no sabe o no tiene estímulos para bien vivir, cae en abandono y se convierte en mala, por buena que ella sea. Hay que dar incentivos a la vida para que se mantenga latente el empeño de mejorar de condición; es necesario dar recursos, y también ideales, al poblador, para que él "pueda y quiera" elevarse económica y socialmente. La vida, hoy, no ofrece halagos para la gente de campo. Expuesta a todas las inclemencias y deficiencias de la vida primitiva, puede decirse; relegada a una mentalidad sólo conmovida por una instrucción teórica, cuyo alcance práctico ni puede vislumbrar siquiera ¿con

qué contar para que se opere una transformación de sus usos inveterados, si carecen de todo? Nosotros, los urbanos, al deslizarnos por el asfalto de nuestras avenidas, protestamos si un desnivel cualquiera nos da la desazón de un barquinazo. Aquí tenemos aguas corrientes potables, luz y energía eléctrica, asistencia, teatros, fiestas, paseos, y lo demás que caracteriza la vida de las metrópolis modernas; no obstante, todavía ambicionamos más. No es raro que, repatingados en un sillón inglés, divaguemos con los mayores recursos y lujos de las grandes capitales... ¡Qué desigualdad!

Efectos Inmediatos del Plan

R. — ¿Piensa usted que será fácil obtener un resultado inmediato, con la aplicación de su plan?

F. — Claro que pasó ya el tiempo de pensar en milagros, mas, para dar, aunque sea, algún sentido a la existencia que se lleva en el campo, bastará con procurarles a los pobladores algunas nociones prácticas de producción, de higiene, de economía, nociones adecuadas, a fin de que desde ya puedan palpar las ventajas del esfuerzo ampliamente compensador. Así conseguiremos el doble fin de cimentar vigorosamente nuestra cultura productora "progresiva", y el de propender a que el ambiente social y productor se encaminen, francamente, dentro de un optimismo fecundo. Dado el impulso inicial, que es lo que urge, lo demás vendrá como una consecuencia tanto más promisora cuanto que hay que contar, también con la inteligencia proverbial de nuestros buenos paisanos. No llegaremos pronto al grado de cultura a que han llegado los campesinos escandinavos, por ejemplo, pero surgirán múltiples formas de producción industrial insospechadas, que harán prosperar a muchos que hoy vegetan en un pasivismo infructuoso. Al propio tiempo que estos factores han de contribuir poderosamente al mejoramiento de nuestras industrias matrices, la ganadería y la agricultura,

forjarán aptitudes diversas, capaces de utilizar nuestras materias primas que se pierden en gran cantidad, sin provecho para nadie: plumas, pieles, astas, crines, huesos, vísceras, vegetales, textiles, etc.; se producirá mucho más en frutas, legumbres, flores, y se sacará más partido de otras substancias preciosas: leche, madera, cuero, lana, etc., que hasta ahora se han aprovechado insuficientemente. Nuestras amatistas, por ejemplo, se han exportado en su casi totalidad, sin apreciar su valor, como ocurre también con nuestras ágatas. Está indicado el poner pronto remedio a todo esto, que significa pérdida de riqueza, por un lado, y ausencia de cultura, por el otro. Nuestras tierras semidesiertas, esperan el brazo fecundador, lo mismo que nuestros minerales, empotrados en sus entrañas, esperan ver la luz del sol.

Equidad y Previsión

R. — Se ve perfectamente cómo se haría obra social y económica, casi en forma simultánea. Intensificación general de la producción, mediante la instrucción necesaria para ello, y esto en forma practica y sencilla, empezando por lo más elemental.

F. — Precisamente. es preferible que se inicie la difusión de las formas elementales de producción, en todo el país, a que se busquen "genios" en las ramas superiores, suntuosas. Esa es, por lo demás, la manera de ir más aceleradamente a la consecución de nuestras formas mejores de evolucionar. ¿Qué se puede esperar de bueno en un régimen que pretende colocar a nuestra metrópoli en la condición de ciudad capaz de rivalizar con las más adelantadas del Viejo y Nuevo Mundo, al propio tiempo que la campaña permanece haciendo una vida casi primitiva? Es ésta, sin embargo, la que tiene que sustentar fundamentalmente el peso de las conquistas urbanas, y esto mismo nos hace sentir los deplorables efectos económicos que periódicamente nos aflijen. Para que el rural pueda sopor-

tar la carga creciente que le exigen los progresos generales, y los urbanos muy principalmente —porque es la capital la que toma la parte del león—, sería preciso que aquél fuera "intensificando progresivamente" su producción; y, ¿cómo ha de hacerlo, si queda librado, puede decirse, a su propio esfuerzo en cuanto a formas de producción se refiere, lo mismo que a lo demás? La campaña y la ciudad, deberían marchar, por lo menos, en planos paralelos, no sólo como una manifestación de la realidad de las instituciones republicano-democráticas que nos rigen, sino, también como el medio más adecuado de atender nuestras propias conveniencias... porque, como ocurre siempre, lo razonable y lo útil se hermanan enteramente.

El Productor Olvidado

R. — Es perfectamente exacto: la República, hasta ahora, para ciertas obras, sólo ha estado representada por la capital, el resto del país... una colonia encargada de sostener al todo.

F. — Es verdad que desde el punto de vista productor, no está mucho más atendido el habitante de la ciudad. Parece que todo se hubiese considerado por el estadista menos al productor, con ser elemento angular, el que fundamenta la economía nacional. Pero en lo que toca a las formas de producción rural, las deficiencias son verdaderamente deplorables Así, la alfarería, por ejemplo, era una industria precolombiana en estas tierras, y hoy, en toda nuestra campaña no se hace, que yo sepa, una olla, o un cántaro. Son precisamente las industrias primarias y las más útiles, las que deberían practicarse ante todo para preparar los desarrollos evolucionales. Es por esto que hay que empezar, donde nada hay. Inspirar la diligencia, el orden, la economía, la higiene, el deseo de vivir de la mejor manera posible, sería un paso ya muy estimable en la vía del progreso nacional, y esto es lo que lógicamente debe hacerse para cimentar con solidez

nuestros progresos. Yo comprendo las impaciencias; pero no son ellas las que nos acercan más a la finalidad. Al revés, muy a menudo nos retardan, cuando no nos desvían... Es que nunca basta por sí solo, el buen deseo.

Optimismo del doctor Figari

R. — Sobre todo, nosotros debemos empezar por reconocer que todo lo que existe se debe a las iniciativas y capitales privados, que han luchado con dificultades mil y, sin embargo, han hecho obra meritoria. ¿Cómo no se haría otra "patria" con esa protección real, práctica, continuada...?

F. — Hay que despertar el ambiente campero a la acción, al trabajo remunerador, dignificador; y cuando se vea que comienzan a transformarse las viviendas, con el empeño de hacer grata la vida; cuando se vean rodeadas de jardines y huertas, esas moradas hoy huérfanas, y las familias diligentes, congregadas en el trabajo; cuando se vea a los vecinos reunidos, con el fin de procurarse un motor, un molino de agua, un torno, un telar o cualquier otra cosa que implique un propósito de producción cooperativa, más reditivo y superior; cuando se celebren ferias, concursos y festejos, ya sea en las ciudades o en plena campaña, donde los expresos baratos permitan acudir a aprovisionarse de aves, hortalizas, flores, dulces, conservas, etc., etc., todo lo que hasta puede concurrir al abaratamiento de la vida urbana, cuando la capital, que tiene mayores facilidades para asimilar progresos, se esmere en irradiarlos por todo el país, en vez de congestionarse; cuando todos, por igual, se sientan apoyados por la acción oficial, irán prestando su concurso a la obra redentora de que le hablo, puesto que nadie permanece insensible a los halagos de un progreso cuyos beneficios pueden palparse, y el país se transformará cada vez más intensamente, como por encanto...

UN PROBLEMA GRAVE Y COMPLEJO

R. — Me complace mucho encontrar optimistas... ¿De modo que esto, que para tantos parece ser un sueño, es para usted un ideal realizable?

F. — Así lo creo firmemente, por mi parte.

R. — ... Y, ¿los caminos?

F. — Ese es un "punto negro" nacional, y lo es para casi todos estos nuevos países de Sud América. Es la gran obsesión, la pesadilla de los que conocen la campaña... pero, no es éste un problema que pueda ser resuelto por una sola medida, sino por una serie de concursos tenaces, oficiales y privados, que lo vayan desbastando hasta llevarlo a buen término. Desde luego hay que crear el "órgano de conservación", que vigila y cuida solícitamente, porque eso de pensar en una solución radical, eso sí que es sueño irrealizable. Puedo asegurarle que también a mí me interesa este rompe-cabezas, así como advertirá que el plan de que hemos hablado, por su parte, conduce, aunque en forma indirecta, con bastante eficacia a aquella solución. Algo se ha hecho ya, pero es mucho más lo que falta hacer; yo sigo pensando... y permítame que, por hoy, pongamos punto final sobre este tema, para conversar de cualquier otra cosa... *

....

* A continuación incluía Figari el memorándum *Cultura práctica industrial*, cuya transcripción se omite aquí por figurar en otro sitio de este volumen, con el mismo título.

EDUCACION INTEGRAL *

I. — ANTECEDENTE: EL INTERES INDIVIDUAL SE IDENTIFICA CON EL DE LA SOCIEDAD Y LA ESPECIE: ESTE ES EL CRITERIO MORAL, Y EL JURÍDICO CONSIGUIENTEMENTE

El hombre, como la planta, requiere un ambiente favorable para prosperar. Si se asocia es, justamente, para obtener las ventajas de la mancomunización del esfuerzo, que multiplica los resultados; pero, así como este propósito socializador forma aquel ambiente auspicioso, que aprovecha a la sociedad y al asociado, toda transgresión individual tiende a disolverlo, porque atenta al interés común, y, por lo propio, disocia.[26] Esta es la guía orgánica de los hombres

---

* En las páginas que siguen se reproduce textualmente el trabajo fechado en 1918 y publicado en opúsculo en 1919 por Figari y su hijo Juan Carlos, con el título de "Enseñanza industrial" que transcribimos. "La escuela publica debe cultivar la industriosidad del educando para cimentar su capacidad productora· su eficiencia. — Enseñanza Industrial: Informe presentado sobre este tema oficial por Pedro Figari, abogado, y J C. Figari Castro, arquitecto, al 2º Congreso del Niño, celebrado en Montevideo. — Indice. I Antecedente. El interés individual se identifica con el de la sociedad y la especie éste es el criterio moral, y el jurídico consiguientemente. II Vivir es adaptarse: adaptarse es mejorar. III La adaptación presupone esfuerzo: trabajo. IV. Educar es favorecer el esfuerzo organico de adaptación. V La obra educacional implica conciencia, esencialmente. VI. Conclusiones. Montevideo, 29 de agosto de 1918 — Montevideo. Imprenta de Dornaleche Hermanos. Calle Cerro Largo, 783 y 785. 1919".

Se le antepone aquí el título *Educación integral,* conforme a la modificación hecha más tarde por el propio Figari en menciones bibliográficas.

[26] Nos referimos lo mismo a los intereses morales que a los materiales.

y los pueblos en la evolución, y por eso es que los actos encaminados en el sentido de esta ley biológica perduran, en tanto que los demás no prestan más concurso que el aleccionamiento del fracaso.

El proceso constructivo de la evolución natural no puede asentar sobre absurdos, y absurdo sería el que pudiese prosperar una sociedad donde los asociados no se interesan más que en sí mismos, sin consultar el interés social. Este contrasentido, tan frecuente, sin embargo, explica los reveses de la vida humana y la propia anomalía de que las civilizaciones tengan su ocaso, que parece fatal, así como el que todavía hoy las naciones se ofrezcan como núcleos organizados dominantes sobre multitudes inorgánicas hacinadas, de verdaderos esclavos, puede decirse, sea cual sea el disfraz con que se atempere tamaño anacronismo. Así es que tan a menudo entrechocan los intereses y semejan antagónicos, lo cual es la comprobación misma del absurdo

Asociarse no es juntarse tan sólo: es disponerse lealmente a considerar identificado el interés individual al de la comunidad: regla que rige todas las formas orgánicas, tanto más cuanto más orgánicas sean.[27] Puesto que no basta la voluntad, sino que es preciso poseer también el grado de cultura requerido para la vida superior de asociación solidaria, hay que educar.

Sólo por ignorancia fracasan las instituciones

[27] En el propio orden internacional rige esta ley. La palabra del gran americano Wilson, que, como arbitro mundial, desde la cima proclama estas ideas frente al conflicto máximo de la historia humana, como la expresión del alma de un pueblo eminentemente fuerte y hábil, es un paso decisivo abierto entre las malezas de la mentalidad tradicional, llena de prejuicios ancestrales que impiden ver estas realidades evidentes, estas verdades axiomáticas.

humanas, pero, como los efectos del error se palpan lo mismo, sean o no voluntarios, debemos esmerarnos en preparar a las nuevas generaciones de modo que cooperen eficazmente en la obra social, y así, al normalizar y elevar el nivel colectivo, si no se extirpan, se reducirán, por lo menos, las miserias, crueldades y sacudidas que entenebrecen la existencia y que hasta malogran el bienestar de los afortunados.

Si no comprendemos la sabiduría que informa la acción de la naturaleza, es porque no se nos ha enseñado a observarla. En ella puede verse claramente que la asociación implica aporte, no sólo usufructo gratuito o disfrute parasitario; y puede verse también que hasta que las unidades específicas no forman conciencia acerca de que la vida colectiva requiere probidad, lo que supone necesariamente buena fe, no hay prosperidad ni hay perduración siquiera. Sin dicho elemento regulador, la vida es accidentada; la paz, aparente. Según la equidad natural, cuando hay error o detrimento hay sanción, y a medida que se perfecciona el ordenamiento colectivo, es más celosa y más severa esta función de la justicia orgánica. El hombre es quien, halagado por los mirajes egocéntricos ancestrales que le erigen en ser de excepción, ha creído poder emanciparse de la ley natural y de la propia naturaleza, y es así que, a pesar de su inteligencia tan imaginativa, se ha procurado una situación precaria en la vida real, y a menudo infeliz, aunque crea otra cosa, aturdido por los ruidos y las complicaciones que ha juntado sobre sí mismo.

Por una falsa comprensión de la realidad, nos hemos habituado a mirarla como espectadores, ajenos a ella. Obligados a dividir y clasificar, para com-

prender, nos hemos acostumbrado a considerar lo real al través de la retícula de nuestras clasificaciones, lo que desvirtúa a nuestros ojos la continuidad de los fenómenos naturales, que es su característica esencial. Es así que, a fuerza de considerarla erróneamente, hemos olvidado que nuestro artificio no tiene objetividad alguna, como no sean los efectos mínimos de nuestra incomprensión frente a la inmensidad infinita de las formas y transformaciones del universo.

Fijemos claramente este concepto de la naturaleza: la vida es siempre integral. Todo coexiste, y todos, en todo instante, convivimos con el todo, cada cual según su estructura. Cada forma orgánica, cada especie, cada ser, actúan a su manera y a su favor, ya sea que se presenten favorables o adversos para nosotros, primando en esa brega global, perpetua, los arbitrios más eficaces, y primando, consiguientemente, dicha realidad sobre nuestros subjetivismos y artificios efímeros. Se diría que la realidad es un certamen de eficiencia; lo que nos induce a pensar que la mejor conducta a seguir es el ordenamiento de nuestras actividades de la manera más hábil posible, para obtener el mayor número de ventajas a favor nuestro, en medio de la soberana indiferencia que por nuestra suerte manifiesta la naturaleza. Para este fin es que vivimos asociados: lo que demanda participación en el esfuerzo, y distribución de los beneficios, con arreglo a la equidad natural.

Este criterio substancial rige el conjunto, lo propio que cada región, cada país, cada ser y cada célula, y nos indica la conveniencia de educar para la vida solidaria, en la inteligencia de que esta orientación es la más provechosa y trascendente para los destinos humanos.

II. — VIVIR ES ADAPTARSE: ADAPTARSE ES MEJORAR

Todo organismo tiende naturalmente a adaptarse. Esto puede verse a cada instante, y tanto más claro a medida que sean más típicas las formas de organización.

Todo nuestro ser, nuestros órganos y nuestros tejidos están empeñados en esa obra universal, y, según sea el resultado de dicho esfuerzo, prosperamos o declinamos. Lo que se encamina certeramente a satisfacer aquel propósito orgánico, biológico, esencial, es lo que va articulando los procesos constructivos, y, como orgánicos, progresivos, tan fecundos; lo que se desvía, no aprovecha ni perdura, porque no es eficaz. Por eso es trascendente la orientación a seguir; porque un error es pérdida de energías donde las energías son siempre insuficientes para colmar la aspiración vital.

Si dicho esfuerzo de adaptación es la ley ineludible del organismo, la obra educativa, que es eminente obra social, no puede ser otra que la de facilitar su cumplimiento, puesto que, de no ser así, fracasa indefectiblemente.

Vemos en la naturaleza que el esfuerzo asiduo realizado en favor de la prole, va siempre, invariablemente, dirigido a habilitarla para esa lucha perenne de adaptación, y vemos también que para llevar a buen término esta empresa, frente a los escollos y las dificultades, se acude a veces a arbitrios verdaderamente admirables. Se advierte tal empeñosidad en esa tarea; el agente se amaña de tal modo para llevar a término este cometido que conduce a la perduración y al triunfo, que por su sabiduría, su tenacidad e ingenio, a menudo los arbitrios asombran

al observador. Y dicha industriosidad —única palanca eficaz en medio de las tortuosidades y de la variedad infinita de obstáculos que ofrece la brega total de los elementos— es de tal modo orgánica, que se manifiesta como ingénita desde los primeros gestos de la cría.

Al observar al niño, también notamos que pone espontáneamente su industria a contribución, como elemento preferente de aplicación de sus energías: trabaja; y apenas cesa este propósito orgánico, sus energías pletóricas desbordan las múltiples formas del juego y del retozo. Esa predisposición estructural, congénere de la que se observa en toda la naturaleza, hay que cultivarla, pues, como fuerza insustituible, tanto individual como socialmente, para los destinos del hombre.

Tomar al niño, inmovilizarlo en el banco de la escuela, comprimiendo sus bríos ejecutivos para encauzarlo por entero hacia la escuálida especulación mental, abstracta, que, si puede llegar a comprender más o menos penosamente, no le interesa, es contrahacerlo, y, por lo mismo, desadaptarlo, suprimiéndole o rebajándole su modalidad orgánica más fructuosa: la productividad. Este tratamiento, que excluye la acción, al polarizar toda la mentalidad dentro del campo subjetivo, durante el período escolar, constituye una verdadera mutilación de la individualidad, de graves consecuencias sociales, por cuanto, si al ejercitar el niño simultáneamente las facultades y aptitudes se equilibra y se amplía, al ejercitar sólo algunas, se unilateraliza, y queda así restringido su campo de actividad. Si acaso el egresado, por la costumbre, no se hubiese despreocupado enteramente de todo ejercicio integral, dicho desperfecto queda irreme-

diado en nuestro ambiente, donde no hay culturas productoras que puedan reintegrarlo y reformarlo con eficacia.

Es que tampoco puede decirse que el período escolar sea un simple compás de espera, porque fundamentalmente es la edad en que el individuo plasma sus formas, y cuando más fácil es que una facultad no ejercitada se atrofie, quedando sustituida por un hábito. Entre nosotros, donde no hay sugestiones productoras, dicho hábito es la especulación mental, que hace desdeñar el trabajo y amuralla en el expediente vegetativo, cuando no en el devaneo, en el sueño embriagante, tan efímero e infecundo. Queda así el escolar, por lo común, definitivamente deformado, inútil, desadaptado, en vez de educado, eficaz y apto.

Esto obliga al egresado a un trabajo de readaptación a la realidad, que, si es superable a fuerza de voluntad, resulta dificultado y hasta penoso a causa de las propias disciplinas escolares. Para interesar al alumno en este régimen de unilateralización mental, de pura afectación intelectiva, se ha debido hacer incapié en la vanidad, puesto que ningún otro estímulo puede emerger en ese plano tan abstracto. Sólo un régimen de educación integral puede ofrecer otros estímulos. Al aplicar entonces las energías estructurales del alumno a sus fines naturales, son los resultados tangibles del trabajo mismo los que sirven de aguijón, y, al despertar el anhelo de la independencia económica obtenida por esfuerzo propio, se consigue el sumo bien individual y social, sin infligir la tortura máxima de la deformación. Si se concibe como excepción que pueda optarse por una enseñanza puramente abstracta, no se concibe

que dicha enseñanza la vierta el Estado ordinariamente para llenar su función social.

Si hemos de enseñar, comencemos por cumplir la ley medular de adaptación. La enseñanza alcanzará su mejor auge al secundar este anhelo orgánico, en vez de sustraer el educando al medio, a título de preparación, régimen que por su artificiosidad tiende al automatismo, que es regresión. Para que la escuela responda a su finalidad racional, debe considerársela, no como un paréntesis en la vida, sino como la vida misma conducida de un modo ideal, a fin de que sirva de ejemplo y de estímulo. Sólo así obrará eficazmente en el proceso orgánico natural de mejoramiento de la condición del hombre como unidad social.

Si vivir es adaptarse, si adaptarse es evolucionar, educar es enseñar a vivir, en la acepción más amplia del vocablo, puesto que, al encaminar de un modo más consciente y directo las energías a su fin natural, se logra el resultado máximo que es dado esperar: el mejoramiento del hombre, el de la sociedad y el de la especie.

III. — LA ADAPTACION PRESUPONE ESFUERZO: TRABAJO

Naturalmente, todo organismo tiende a adaptarse para mejorar de condición. Esto implica esfuerzo, trabajo. Para secundar esta modalidad congénita, debe enseñarse a trabajar.

Si es ésta la ley a cumplir en todas partes, en estos países es más obligado hacerlo, por cuanto no hay antecedentes de cultura productora, y todo razona-

miento sano y serio aconseja que nos consagremos al trabajo productor.

En estos países ubérrimos, no obstante, la escuela prepara para una vida irreal, en vez de adiestrar para la multiplicidad de las realizaciones constructivas, que conducen al florecimiento integral. Lo que debía ser materia de más esmerado cultivo: el ingenio, el ingenio práctico, es precisamente lo que más excluido queda de todo programa educacional; por manera que al descartar las energías productivas congénitas del alumno, se le inutiliza y se atenta al interés de la comunidad, dado que una preparación que no fomenta la productividad, fomenta el parasitismo.

El ingenio no es una facultad especial del individuo: es la individualidad misma empeñada en un propósito realizador. Y bien: en nuestro régimen educacional, esta preciosa modalidad queda por completo relegada, inerte.

Omitir la productividad en la obra social de la enseñanza, es como omitir la nutrición de un organismo. Dejar de mano este elemento, el más remunerador, el que mejor tiende a conocer, evaluar y aprovechar nuestras riquezas y aumentarlas, lo propio que los demás recursos ambientes; no disciplinar esa aptitud complexiva, proteiforme, la única capaz de hallar los mejores senderos de utilización de la actividad y de allanar los obstáculos de la empresa productora; descuidar esta modalidad superior e irremplazable, la que, a la vez que engendra los optimismos más saludables, alimenta el espíritu ejecutivo y, por lo mismo, efectivo, reditivo, prolífico, si no es decapitar el enseñamiento, es castrarlo, por lo menos, puesto que se le priva de toda fecundidad vigorosa. Es cuanto puede hacer la imprevisión.

Para educar, no basta dar nociones teóricas, por completas que sean, puesto que dejan al alumno perplejo ante cualquier dificultad, e impotente para obrar. Un espejismo corriente nos hace creer que la noción teórica es un conocimiento cabal, cuando no es más que una imagen expuesta a desvanecerse sin aplicación práctica. Lo que se aprende experimentalmente, eso sí, es noción indeleble en nuestra individualidad, dispuesta a todas las adecuaciones prácticas. Es distinto tener noticia de un fenómeno o de una ley, y haberlos observado o comprobado directamente. Por eso la escuela, para ser de efectos positivos y trascendentes, debe ofrecerse como un laboratorio en plena actividad, que permita las gimnasias prácticas de exteriorización.

Para educar es preciso, no sólo idear, sino ejecutar. Es esto lo que induce y prepara a la acción fructuosa. Se opera entonces un movimiento progresivo de fecundación y refecundación: más se idea, más y mejor se trabaja; más se trabaja, más y mejor se idea. Este proceso, que concuerda con las exigencias orgánicas, puede dar los frutos superiores de la cultura integral de un pueblo, mientras que aquellas disciplinas subjetivas subvierten el fin social de la enseñanza, formando ineptos, en vez de personas competentes para el trabajo productor, que es la gran palanca evolucional.

Ni los propios bienes morales quedan en salvo en aquel régimen; al contrario, son los que más se comprometen, porque no hay valor moral que quede suficientemente garantido frente a los desfallecimientos inherentes a una pasividad forzosa, o contra los quebrantos de la miseria, que son la ley de la incapacidad. Además, si el propio trabajo, así como el juego, sociabilizan, la abstracción predispone al

ensimismamiento y a todas las variedades de la misantropía.

En un régimen puramente teórico, se forman "instruidos"[28] y envanecidos, los que, inermes para la lucha plena, tienen que someterse a todas las humillaciones para valer de algún modo, aunque sea aparente, mientras que en un régimen racional se forman hombres aptos, independientes, animosos a la vez que ponderados, capaces de producir con provecho propio y social. Es de éstos únicamente que debe esperarse el florecimiento democrático superior.

Nada educa y moraliza tanto como el trabajo. Es esto lo que puede realmente disciplinar la vida social, porque presupone orden y parsimonia, previsión y perseverancia, que son los sustentáculos de la probidad. Esta fuerza es el único cemento moral bastante a fundar una democracia franca, floreciente, venturosa. En el campo de las elucubraciones —tan frecuentemente campo de inanidad— es donde retoñan los torpes arbitrios ancestrales, las formas de explotación social y la expoliación como base de enriquecimiento, fuera de las supersticiones, fobias y demás patrañas en que confiaron su suerte las épocas pretéritas. Es el palenque de la regresividad donde se embotan las energías más constructivas y fecundas, el mismo que al anular este factor evolucional por el fomento de la especulación a destajo, lleva al reino estéril de las chicharras.

Hay que cuidarse en estos países de la ineptitud productora, porque si la adaptación, como proceso

[28] Se llama generalmente en Sud-América "persona instruida" a la que puede hablar sobre cualquier asunto, aunque sea incapaz de realizar trabajo práctico alguno, y aun de distinguir prácticamente lo bueno de lo malo, a causa de no haber intervenido ni experimentado las formas de producción.

natural evolutivo, demanda esfuerzo, trabajo, los países menos evolucionados son los que más tienen que empeñarse en trabajar, y, por lo mismo, en enseñar a trabajar.

IV. — EDUCAR ES FAVORECER EL ESFUERZO ORGANICO DE ADAPTACION

La vida es puro aprendizaje. En su insaciable anhelo de mejoramiento, el hombre y las colectividades humanas procuran reducir todo lo que obstaculiza ese propósito íntimo del organismo, y fomentan todo lo que puede facilitarlo. Es absurdo pensar que la escuela no deba secundar muy particularmente dicho proceso natural, tan medular; al contrario, es ella la que más tiene que empeñarse en conducir a buen término dicho esfuerzo. Su misión es, precisamente, la de orientarlo por la vía más directa de consecución, y ordenarlo, para acentuar su eficacia.

Sentado esto, y dado que la tutela escolar es temporal, la escuela debe preparar al alumno de modo que al egresar pueda guiar útilmente sus actividades, con aptitudes productivas que lo habiliten, como mínimum, para bastarse a sí mismo. Todo esto es esencial.

Cualquiera que sea el grado de preparación escolar, supone dos elementos indispensables: 1º) formación de una conciencia-guía; 2º) aptitudes para esgrimir prácticamente el ingenio Por muy elementales que sean estos rudimentos escolares, si la educación ha de servir como un factor efectivo, individual y social, nc ha de omitir ni la formación

de un criterio básico central, el que necesariamente ha de comprender el campo productor, ni puede omitir la habilidad ejecutiva, práctica, puesto que dejaría al egresado incapaz de vivir útilmente en sociedad.[29]

La propia instrucción industrial no debe iniciarse (y mucho menos en estos países) por el conocimiento de la manipulación de las industrias usuales, sino desarrollando la industriosidad del alumno, lo que, al preparar su conciencia productora, lo habilita para intervenir con criterio en esas mismas industrias, y lo dispone así a las iniciativas. De este modo puede obtenerse el artesano competente para arbitrar en cualquier emergencia, mientras que del otro se produce el operario autómata, destinado a las mil formas de esclavización que inspira el afán de lucro de los empresarios, y esto no puede ser un anhelo social.

Se dice a menudo que el saber no ocupa lugar. Esto es cierto; pero, pudiendo sustituirse un conocimiento extemporáneo o inaplicable por otro más oportuno y provechoso, conviene metodizar la enseñanza de modo que ésta tenga la mayor efectividad posible. Lo primero facilita la obra del maestro, y hasta su comodidad; lo último consulta los fines más esenciales de la educación.

Enseñar a trabajar no es enseñar puros recursos técnicos. De igual modo que enseñar cirugía no es

[29] En Sud-América tiene más importancia la lucha contra el "amanualismo" que contra el propio analfabetismo. Es un error suponer que este problema tenga igual significación en estos países que en los del Viejo Mundo. Entre nosotros es un elemento más infecundo y peligroso el amanual que el analfabeto, puesto que el que sabe trabajar, aunque no sepa leer ni escribir, puede prosperar, mientras que al que no sabe producir, de nada o muy poco le valdrá la instrucción mínima que puede adquirir, en la campaña muy principalmente, y se halla así imposibilitado de ordenar su actividad y sus medios de existencia.

enseñar a cortar, sino ante todo a saber por qué y para qué se corta, el trabajo productor requiere saber por qué y para qué se produce. La enseñanza presupone la formación de un criterio regulador, social-productor, a la vez que habilidad manual ejecutiva. Enseñar a producir es guiar el esfuerzo productor de modo que vaya lo más directa y eficazmente a dar satisfacción a la necesidad o aspiración orgánica que lo determina.

El ideal sobre este punto es conducir las energías por la línea individual mas espontánea, a fin de que el niño obtenga el mayor número y la mejor calidad de recursos, esto es, en la vía vocacional, que es la única que le permite obtener el máximum de su productividad. Si la simple preparación técnica, teórica o manual, se ambiciona por los grandes industriales que aprovechan de los egresados tanto mejor cuanto más numerosos sean, esto no consulta ningún interés superior. Preparar simples accesorios de usina, que no tienen perspectivas de emancipación posibles, es crear los obstáculos que deploran las viejas sociedades, los mismos que tan sabiamente han evitado los Estados de Norte América.

Si algo hay que eludir en la tarea educacional, es el peligro de la explotación del hombre por el hombre: mácula y rémora que deslucen y obstaculizan la plena vida social y la prosperidad colectiva, privando al ambiente de lo mejor que puede ofrecer: la probidad y la equidad, que distribuyen los beneficios y enardecen para la empresa, haciendo que el trabajo no sea una penalidad, sino un esfuerzo orgánico, saludable por lo mismo.

Los técnicos, ya sean teóricos o manuales, por hábiles que sean, requieren, como la máquina, que

alguien dé impulso y dirección a su trabajo. Ellos sólo están preparados para trabajar por cuenta de otros, y en estos países, si esto no fuese desacertado en sí, ofrece el inconveniente de no contarse con quien pueda asumir la dirección, por cuanto esto exige concursos colectivos y no hay tradiciones propias ni ambiente productor. La pura preparación técnica nos relegaría, pues, a la condición paupérrima de imitadores, quizá definitivamente, lo cual, además de ser ineficaz —por cuanto cada región, cada pueblo y cada oportunidad presentan problemas distintos que deben ser resueltos dentro de una estricta adecuación racional para darles buena solución—, es también risible, por cuanto mueve a risa el ver los automatismos por debajo de una afectación de conciencia. Es ver el hilo del títere.[30]

Por haberse descuidado tanto las culturas prácticas, es que siendo tan fácil prosperar mediante la explotación de las riquezas naturales, se sienten también en Sud América, con cierto carácter endémico, las insinuaciones del ideal parasitario y hasta algo del llamado cáncer del proletariado intelectual, verda-

[30] Así, por ejemplo, al propio tiempo que se proclama que el dibujo es un lenguaje, por cuanto es la expresión gráfica de un estado subjetivo, se enseña a copiar, ordinariamente, a copiar yesos todavía, de un modo servil, lo que excluye por completo la antedicha concepción del dibujo, y cuando se va mas alla, se copia a la naturaleza o se la "interpreta", que es también una forma pasiva de considerarla, y excluye, por lo mismo, la emision del concepto propio Si en vez se enseñara a observar libremente, cada cual expresaría su concepto propio, personal, que es lo que interesa, y no la incondicional reproducción geométrica de lo objetivo, cuando no un simple papagayeo. Si el dibujo, como la escritura, se encarase francamente como un medio de expresión, éste no sería una habilidad excepcional, sino algo comun como el lenguaje. Este recurso tan esencial a la cultura productora y tan útil para desarrollar las actividades plásticas en general, y hasta para ordenar por la observación la mentalidad, queda de aquel modo desnaturalizado e infecundo como adorno inútil Ese falso plan deslíe la individualidad, en vez de acentuarla, y nos desvincula cada vez más del ambiente.

deras aberraciones en estos medios. Es que por falta de aptitudes productoras, la actividad queda en gran parte contraída al expediente vegetativo, a la burocracia y la política profesional, lo propio que, por no ser resultado de un proceso de selección, desborda de aspirantes estos campos, y entorpece, en vez de facilitar, la vida colectiva.

Llega a tal extremo nuestra incomprensión en este orden de asuntos, vital, sin embargo, que con ser todos los pueblos cultos más industriosos que el nuestro, en todas partes preocupa más que aquí el problema productor. Es cierto que las tentativas hechas fueron tímidas, mal encaminadas, lo que ha contribuido a desinteresar más y más la atención pública de este sector que tan a fondo afecta a nuestra economía.

Lo que se presenta más difícil para dar seria iniciación a todo trabajo industrializador, es la falta de un elemento tan esencial como es el criterio productor, es decir, lo único que puede encaminar con seguridad los primeros pasos, que son los más arriesgados: he ahí el obstáculo.

V. — LA OBRA EDUCACIONAL IMPLICA CONCIENCIA, ESENCIALMENTE

Frente al problema productor, se nos ofrecen dos soluciones fundamentales: imitar a los países industrializados o industrializarse con criterio propio. Lo primero, si no fuese deprimente, debería descartarse por ineficaz. Esta solución postergaría indefinidamente nuestra iniciativa cultural, sin lucimiento ni provecho, porque aspirar a la cultura propia por

medio de la incorporación de progresos ajenos, sería lo mismo que aspirar a la originalidad por la copia.

No queda entonces más camino que el de formar una conciencia regional, bien nuestra; y como es conciencia, en definitiva, la suma de experiencias propias, debemos acometer la obra experimental vigorosamente, a fin de plasmar esa fuerza esencial de todo progreso efectivo. De este modo es que podrá formarse no sólo la conciencia del dirigente, sino la popular, como único medio de perfilar nuestra autonomía, nuestra individualidad, nuestro carácter: resultado que no puede esperarse de una conciencia refleja, libresca, la que comienza por no ser conciencia.

La industria resume la sabiduría y el carácter de un pueblo. Hoy día menos que nunca puede dudarse de esto, así como de que la capacidad industrial es lo que determina el grado de eficiencia. Y así ha sido siempre. Para juzgar las civilizaciones pretéritas, hemos debido escudriñar principalmente sus formas industriales, puesto que son ellas las que mejor pueden suministrarnos una idea precisa acerca de su cultura efectiva, así como de su índole, costumbres y aptitudes. Ni se concibe que un pueblo haya dejado de poner a contribución su ingenio productor, para dar satisfacción a sus necesidades y aspiraciones. Sólo aquí, en Sud América, hemos podido creer que basta la teoría, en el orden educacional, y que, en el orden económico, basta explotar las materias primas para su exportación, bien que pretendamos un puesto internacional honroso de pueblos modernos, cultos, lo cual es un contrasentido.

Estos países, formados por trasplante de razas diversas sobre tierras vírgenes, no pueden requerir el mismo tratamiento educacional que las sociedades

homogéneas del Viejo Mundo, las que vienen evolucionando sobre su propia obra, empotrada en el ambiente, y dentro de una trama tradicional identificada con las peculiaridades de la raza. En estos países nos debatimos en territorios despoblados inmensos, incultos, desprovistos a veces, muchas veces, hasta de los elementos más indispensables; poblaciones rarefactas y desamparadas, las que, por lo común, no pueden corresponder a la demanda de las metrópolis, arrogantes y voraces, ofuscadas por una acumulación abigarrada de progresos importados, los que nos dan la falsa idea de una cultura propia, frente a una realidad que lo desdice. Es así que tan a menudo apelamos a los extranjeros para que nos hagan palacios y monumentos a la usanza europea, para que regenten nuestras escuelas e instalen nuestras usinas, y, a poco andar, todo esto nos da la ilusión de ser nuestro, cuando no es más que un exotismo en el medio; como si endosáramos un uniforme académico prestado, para aumentar nuestro volumen cultural.

Está bien que echemos mano de los preciosos recursos técnicos acumulados en el mundo para aprovecharlos con criterio, pero es una aberración que confiemos al extranjero la dirección de nuestra mentalidad y de nuestra actividad productora. Desde luego, el extranjero, por hábil y honesto que sea, no puede llenar dicho cometido antes de haberse empapado de nuestro ambiente, para penetrar la psicología de la raza y para conocer las peculiaridades de la región, así como los recursos y aptitudes, a fin de encaminar la mentalidad y la actividad en un sentido congruente, de modo que, al propio tiempo que se tienda a satisfacer las necesidades y

aspiraciones estructurales nuestras, no las suyas, pueda darse a la producción el carácter que exprese mejor dicha idiosincrasia, desde que tal obra es de individualización más que nada.

Para que esta obra pueda sernos honrosa y de provecho, debe ser dirigida por nosotros sobre el substrátum americano genuinamente regional, y dentro de un plan que como sistema óseo, sirva de base al ordenamiento cultural. Sería inexcusable librarla al azar.

Si se quiere dar una solución sabia a este magno problema, no hay más que un recurso: el trabajo. En vez de mariscalear de brazos cruzados, debemos empuñar el ariete y trabajar hondo. Hay que experimentar; hay que experimentar mucho y hay que observar muy atentamente. Hay que esmerarse, no sólo en multiplicar las culturas productoras, sino en encaminarlas bien, a fin de imprimirles el sello de nuestra individualidad americana, poniendo a contribución nuestras aptitudes imaginativas y nuestro ingenio. Hay que hacer valer nuestra fauna y nuestra flora, tan generosas, y nuestra rica arqueología, virgen —lo cual, por sí solo, centuplica su valor—; hay que estudiar las condiciones de nuestras materias primas, para darles la aplicación más hábil y más provechosa; hay que poner en fermentación todas las savias constructivas de la raza, haciendo de modo que se conserve lo que de ella está más identificado con el ambiente americano; y, así, mediante estas disciplinas, entonces, sí, es de esperar que estas razas vivaces de Sud América hagan proezas, puesto que asimilan admirablemente y tienen gran imaginación.

Si aspiramos a un puesto de honor, que todos deben ambicionar en las lides de la inteligencia y

del trabajo, es menester producir y producir bien. Mientras mandemos los huesos y las astas de nuestros vacunos a Europa, para que nos remitan los botones con que hemos de abotonarnos y los peines con que hemos de ordenar nuestra cabellera, tenemos que ser modestos, muy modestos. Mientras creamos que es bastante instruirse teóricamente y exhibir las ideas de Hegel, de Taine o de Guyau para lucir nuestra conciencia estética, al propio tiempo que no distinguimos prácticamente lo vituperable de lo plausible, no podemos ni debemos jactarnos de nuestra cultura, porque, por de pronto, no es nuestra.

Dirigido el esfuerzo colectivamente, puestos a prueba los expertos, los estudiosos e intelectuales que han de comenzar por esgrimir su ingenio y por cimentar su conciencia industrial, artística, ni será un escollo la actual carencia de culturas prácticas y la falta de tradiciones productoras, puesto que dicha virginidad nos permite aprovechar de las experiencias mundiales previa selección libre, lo cual, junto a nuestro cosmopolitismo, puede permitirnos progresos rápidos y abundosos. Si las viejas sociedades productoras tienen que ir rectificando trabajosamente sus rutinas tradicionales sobre un fondo de inveteradas costumbres, para ajustarlas a las exigencias modernas, nosotros podemos ir derechamente a lo más adecuado, sin trabas, como lo han hecho los americanos del norte, que asombran al mundo entero justamente en estos días extraordinarios, en que se hace tanto alarde de industriosidad.

Pero, para esto, es necesario abordar resueltamente la solución del problema cultural productor, tan fun-

damental como trascendente, y dirigirlo con decisión por la vía de las experimentaciones propias, exentas de pujos simiescos.

Todos los americanos deben interesarse por igual en esta obra de individualización continental, por cuanto a todos aprovecha y para todos es igualmente cuestión de dignidad. Todos los que tengan algún elemento útil deben prestarlo, y deben organizarse y solidarizarse para concurrir más resueltamente a la empresa de la eficiencia de Sud América.[31]

Si fuera digno vivir definitivamente del usufructo de cuanto hacen los demás, sin aporte alguno nuestro, como no sean las materias primas que producen con generosa espontaneidad nuestros territorios, dejaría de ser sensato y útil, en esta singular oportunidad particularmente. Es de presumir que las naciones agotadas por esta guerra monstruosa tengan que resarcirse mediante nuestras riquezas naturales, y que, al volcar en estos países sus actividades mucho más decididas cuanto más conscientes que las nuestras, quedemos anulados como individualidades autóctonas, si acaso queda por aquí más autoctonismo que el de la naturaleza, y quedemos así sometidos al papel de simples auxiliares de sus empresas de explotación hábil, y en grande escala, que empequeñecería aún

[31] No sólo los Estados Unidos de Norte-América, de espíritu excelentemente innovador, sino en Francia, Italia y en la propia Inglaterra, tan consuetudinaria, se han franqueado las costumbres oficiales ordinarias para dar cabida a todos los expertos en la empresa de la victoria, y en la obra, más constructiva por cierto, si bien de porvenir, de la reconstitución general, que, según se prevé, ha de exigir la paz sobreviniente. Es innumerable la serie de problemas que se hallan a estudio. Todo el que pueda aportar una idea o un elemento cualquiera, se considera obligado a suministrarlo, y nosotros, que todo tenemos que hacer, por cuanto nada hemos hecho, ¿permaneceremos estáticos, sin prever ni prevenir las consecuencias fabulosas de esta catástrofe mundial?

más nuestros pusilánimes aleteos, como la locomotora triunfal apaga el eco lánguido de las décimas camperas. No es tiempo ya de vivir confiados en la opulencia de nuestros territorios.

Para prevenir esta absorción de nuestra embrionaria individualidad sudamericana, no hay más que plasmar nuestras materias primas con nuestra mente y con nuestros pulgares. Sólo así podremos conservar, si es tiempo aún, ese valor máximo de la individualidad, que es todo, en fin de cuentas, en un orden elevado de aspiraciones.

Y no hay que perder más tiempo. Es preciso empezar no sólo por la experimentación directa, sino por encaminar la instrucción de modo que puedan formarse hombres aptos para experimentar, a su vez, en todas las ramas productoras, como medio de compulsar nuestras aptitudes, recursos y riquezas, así como nuestro interés colectivo, y en esa pista de racionalización de la actividad prolífera, heterogénea, multiforme, es donde podrá operarse ampliamente el proceso evolucional sobre la doble base de la vocacionalidad y la selección, que rinden el máximo de provecho.

La propagación de los resultados de estos ensayos, y la divulgación de una conciencia productora-guía, por ínfimos que sean los comienzos, puede determinar una eclosión de energías productivas, con efectos sorprendentes, por cuanto son de carácter eminentemente progresivo. Este procedimiento, que se ha adoptado con éxito para reconstituir algunas industrias caídas en desuso, es de resultados estupendos.

Por el espejismo de lo grandioso, que sería pura

impaciencia, no hay que desdeñar las pequeñas industrias. La iniciación de éstas bastaría para esperar un gran florecimiento, puesto que son las que más propagan el bienestar y las que mejor preparan a los elementos populares que han de llevar a término esta obra eminentemente colectiva, y dentro de las pequeñas industrias pueden esperarse también sólidos engrandecimientos.

Si queremos ser eficaces, muy eficaces, debemos guiar la mentalidad sobre la vía de la observación directa de la naturaleza, que nos sirve de exacto diapasón en toda emergencia. Es así, y experimentando, que podremos formar una conciencia razonada y útil, como un instrumento, en vez de esas conciencias de relumbrón, de vitrina, incapaces de satisfacer las verdaderas necesidades y aspiraciones orgánicas del pueblo La vida natural, como escuela; la vida experimental, como gimnasia del espíritu y de la acción, pueden llevar también a estos pueblos sudamericanos, como a los ilustres conterráneos del norte, a todos los triunfos de la eficiencia.

Desde que un pueblo superior no sólo es instruido, sino criterioso; no sólo hábil, sino emprendedor, ejecutivo, práctico, debemos trabajar. Sólo por el trabajo severo podemos conquistar un puesto eminente en el concierto internacional. Cada vez más la vida civilizada exige un fondo pensante, sesudo y ecuánime, y un ingenio sagaz y práctico, capaz de aprovechar de las ventajas que le ofrece el ambiente. Descuidar este axioma pedagógico de proyecciones individuales, sociales, humanas, es errar el camino más firme de la cultura escolar.

VI. — CONCLUSIONES

1º) La enseñanza industrial[32] debe ser la base de la instrucción pública.

2º) Debe tratarse de formar una conciencia productora autónoma.

3º) El cuerpo docente común debe irse preparando para desempeñar esta función evolutivamente y en forma práctica.

PEDRO FIGARI
Abogado

J. C. FIGARI CASTRO
Arquitecto

Montevideo, 29 de agosto de 1918.
Calle Misiones 1581.

[32] Según el concepto corriente, se da al vocablo "industrial" una acepción técnica, puramente, mientras que, según nuestro modo de ver, significa productividad, aptitudes para esgrimir el ingenio práctico, iniciador, creador, ejecutivo, fecundo y ordenador, lo que presupone una instrucción educativa integral.

INDUSTRIALIZACION DE LA AMERICA LATINA - AUTONOMIA Y REGIONALISMO

UNA GRAN INICIATIVA DEL URUGUAY

*Carta abierta dirigida por el doctor Pedro Figari al Excmo. señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, doctor Baltasar Brum, y a los señores miembros del H. Consejo Nacional de Administración que integran el Poder Ejecutivo: doctor Feliciano Viera, Presidente; doctor Ricardo J. Areco; doctor Domingo Arena; doctor Carlos A. Berro; don Pedro Cosio; doctor Martín C. Martínez; don Santiago Rivas; doctor Francisco Soca; doctor Alfredo Vásquez Acevedo, Vocales.**

Distinguido compatriota:

La paz que se quiere erigir sobre los duros aleccionamientos de la guerra enorme y sangrienta que está a punto de terminar, indica a la América Latina, más que la conveniencia, la necesidad de industrializarse. Lo que antes se aconsejaba como acto de previsión juiciosa, es hoy un mandato imperativo que

* Esta carta abierta se publicó en hoja suelta en 1919.

formulan los acontecimientos con toda precisión. Si pudo haber alguna duda acerca de que tal necesidad era perentoria también para nosotros, como lo ha sido siempre para toda agrupación humana, y tanto más cuanto más ésta pretenda marchar en el plano de los progresos que realizan los pueblos afanosos de adelanto, dicha duda se disipa al ver cómo se esmeran las propias naciones combatientes, las más aptas incluso, para reformar y ampliar sus métodos de producción industrial y de cualquier otro género, si bien más eminentemente industrial que nada, seguros de que la paz traerá consigo una vida de trabajo, de trabajo intenso, de viva emulación productora en todos los terrenos de la acción constructiva, y de concurrencia empeñosa.

De tal modo es impostergable esta obra, la más fundamental que en la hora presente plantean los acontecimientos a los pueblos de la América del Sud (cuyo atraso en esta materia resalta al compararlos con los del Norte); es de tal modo inaplazable, digo, que podría ser sintetizada con el dilema siguiente: "*O nos industrializamos, o nos industrializan*". Se ha puesto ya tan manifiestamente la mira de la iniciativa extranjera sobre nosotros, sobre nuestras riquezas regionales, mejor dicho, que nadie hace misterio de que son estas comarcas las que han de reponerlos principalmente de sus quebrantos. Se exhorta a los técnicos y estudiosos a examinar los problemas que demanda la explotación de nuestros filones y veneros preciosos; se forman comités para explorar estos territorios opulentos librados a nuestra desidia —los mismos que conocen ya mejor que nosotros, tal vez, en lo que atañe a riquezas materiales, por lo menos— y como esta conquista, por

su propia índole, no puede ser resistida eficazmente más que por el recurso de nuestra suficiencia, por nuestra idoneidad, y hasta estólido sería resistirla por otros arbitrios, aunque fuese posible, tendremos que bajar la cerviz como inferiores, ineptos para la empresa de nuestro desenvolvimiento integral y de nuestro propio enriquecimiento a obtenerse con los caudales acumulados en nuestra propia casa, diríase. Si no tomamos disposiciones inmediatas no podremos asumir iniciativas, y, quizá, ni siquiera colaborar directivamente, tocándonos el subalterno papel de manuales o amanuenses en esa empresa que debiera ser particularmente nuestra, para poner en alto nuestra dignidad por lo menos. Fácilmente se comprenderá que en nuestro incondicionalismo desamparado ante tal cúmulo de concupiscencias, no hay que esperar honor ni provecho.

Habiendo, como hay, calidades tan estimables en la complexión étnica de estos pueblos, y de tan fácil cultivo; habiendo, además, como hay, muchos estudiosos, no sólo competentes, sino eximios; dejarlos dispersos en la hora de las emancipaciones a lograrse por el estudio y el trabajo, inhabilitados para sumar y hasta para compulsar sus fuerzas, es abandonar dicha obra a las presiones exteriores, las que no consultarán nada más ni mejor que su propio interés, y es dejarla exenta de todo sello propio, de toda individualidad regional: colmo de incuria y colmo de imprevisión.

Si no pudiésemos hacer obra propia, así mismo, deberíamos tentarlo, hasta por decoro, si somos pueblos y no colonias inorgánicas libradas al azar. Nuestra pasividad frente a esta gran sacudida que lo transformará todo, haría pensar: o bien que no

sabemos evaluar las circunstancias; o bien que nada nos importan nuestros destinos como sudamericanos. Es una defección, que iría contra el sentimiento forjado en la racionalísima convicción que inspira el panamericanismo, que se yergue como un alto anhelo, al extremo de que lo privaría de sentido, del más hondo sentido que pueda alimentarle: el culto de la individualidad americana. Si se trata de nuestra industrialización, nada menos que de arbitrar el empleo de nuestras aptitudes y recursos, se comprende que ella debe ser todo lo nuestra que sea posible, no sólo para ser más eficaz, sino también para ser más digna.

Propongo, pues, que este país asuma la iniciativa de tan bella empresa continental, invitando a todos los pueblos hermanos de la región a organizarse con el propósito indicado, y adoptando todas las medidas que fueren requeridas para llevarla a buen término.

Todos los elementos de juicio acumulados por nuestros conterráneos y por nosotros; todas las investigaciones y observaciones realizadas por los estudiosos de Sud América, todo debe ser puesto a contribución; y no sólo me refiero a la obra, sino a los hombres del continente, que, en cualquier orden de conocimientos y culturas utilizables en tan vasta y compleja empresa como es la de la industrialización de la América Virgen, puedan aportar concurso apreciable. Y me atrevo a afirmar que tales aportes son muchos, muchísimos más, y, a la vez, de mayor volumen de lo que se piensa generalmente.

Por lo menos, éste es el deber de la hora actual para todos nosotros. Si el fracaso —lo que excluimos de nuestro pensamiento— hubiese de ser nuestra recompensa, aun así tendríamos la satisfacción de

haber intentado en tan grave emergencia un medio, el más racional, de salvar nuestra dignidad —¡no hablemos de los ingentes intereses de toda clase que comporta la empresa!— y aquello solo es algo ya, en tanto que nuestra indiferencia sobre una cuestión de tal magnitud sería sencillamente inexcusable.

No es razonable dudar de la importancia y trascendencia de este asunto. La gran fuerza de Alemania, que tanto asombró al mundo, fue justamente su enorme y hábil capacidad industrial. Para lograr su desarrollo, el gobierno y el pueblo se auxiliaban recíprocamente. Por medio de oficinas públicas e instituciones privadas dispuestas a fomentar y enriquecer las fuentes de producción nacional, despertaron, secundaron y facilitaron las iniciativas, aconsejando también reformas en las usinas y talleres existentes, y promoviendo constantemente nuevas formas y progresos industriales, de todo lo cual resultó el rápido y admirable florecimiento de Alemania, esencialmente industrial, que tanto sorprendió a todos, y que hasta desconcertó a los más expertos. No es que los demás pueblos no supiesen a no pudieran trabajar con iguales resultados: lo que ocurrió es que éstos no se interesaron oportunamente en realizar esa obra perenne de rectificación de los usos tradicionales, para adecuarlos a las exigencias que plantea cada actualidad.

Así fue que quedaron rezagados y languidecieron sus industrias, en tanto que Alemania lo renovaba todo, utilizando los propios elementos de sus émulos en provecho de sí misma, y llegaba a un cenit tal su poderío y su vigor, que sólo pudo declinar ante la monstruosidad del plan de subordinar aquella obra magnífica a una megalomanía, de tal modo absurda,

que coligó a todos los pueblos de la tierra, puede decirse, para abatirla; y así mismo, esto se consiguió a duras penas. ¡Tan eficiente es la cultura industrial de un pueblo!

Norte América, a la que tan ingenuamente se consideró, hasta poco ha, como vulgar cultora del dólar, ¿a qué debe su enriquecimiento y su engrandecimiento integral? A su industria, fundamentalmente. ¿Y a qué se debe el desarrollo industrial norteamericano, que ha demostrado la eficiencia de ese gran pueblo en todos los terrenos del pensamiento y de la acción? A sus métodos de educación, que forman al hombre apto para vivir democráticamente, esto es, con altivez republicana, al propio tiempo que lo habilitan para trabajar victoriosamente, sacando partido de toda materia y de toda circunstancia, puesto que el obrero no es allí un rutinario que nada sabe ni puede fuera del alcance de la voz de mando, como resorte de una máquina, sino, al contrario, es el hombre consciente, apto para justipreciar con criterio autónomo cada oportunidad y evaluar cada elemento ambiente, para deducir el mejor partido en todo momento: ésta es la forma ideal de la civilización moderna.

El escollo que en estos países se ofrece al desarrollo industrial, es la falta de experimentación. Esta es la que, al revelar los secretos de la industria, decide la aplicación de los capitales, porque da seguridades sin las cuales aquéllos se abstienen cauta y juiciosamente. La única conclusión lógica a deducir de este hecho, es que debemos estudiar y experimentar, para saber y poder obrar sin riesgos.

La obra práctica, por excelencia, en estos países tan ricos y poblados con razas de una imaginación

feraz, de un ingenio vivo, de grandes elasticidades y típicamente apto para la asimilación, es cultivar este tesoro, para poder disfrutar de todos los bienes naturales y de las grandes riquezas de la región, al propio tiempo que recibamos las satisfacciones inefables que derivan del esfuerzo triunfal. Hay que decidirse a cultivar el ingenio industrial, como una fuerza insustituible, en forma práctica para que sea efectiva, y hay que conducir esta obra por la vía más directa y del modo más resuelto, sin perjuicio de hacer sesudas selecciones a fin de preparar los desarrollos más fructuosos, reformando y ampliando los métodos educativos de modo que siempre puedan responder a las exigencias de cada actualidad, no ya a las perspectivas del mundo que se entreabre. Todo esto es inaplazable, porque es lo único que puede consolidar nuestros progresos, de cualquier género, y acrecentarlos seriamente; porque es lo que ha de procurarnos el insuperable beneficio de la *eficiencia,* tan respetable y fecundo, no sólo por cuanto aumenta nuestra riqueza, sino porque también eleva nuestra dignidad y nuestra cultura.

Todavía nos envanecemos más de nuestros progresos urbanos que de los rurales; sin embargo, es hacia éstos que debe orientarse nuestro principal esfuerzo. Nuestras campañas de Sud América, con ser los órganos más vitales de la economía continental, quedan somnolientos y amodorrados, en tanto que otros trabajan y prosperan en territorios pobres y agotados. El ingenio vivaz de nuestros campesinos queda inhibido por su ineptitud productora, cuando no aletargado en la rutina estéril o en la pasividad y en la quimera, más estériles todavía: ese ingenio es una fuerza a despertar y cultivar hasta que logre

la hacendosidad de la abeja. Nada hará más y mejor por el campesino que las disciplinas del trabajo productor, hábilmente practicado, y remunerador por lo mismo, porque, al determinar el orden, la diligencia y la previsión —elementos indispensables en toda forma industrial— y al diseminar en el pueblo las saludables y prolíferas gimnasias del trabajo constructivo, gradual, más aún, progresivo, y al diversificarlo en las infinitas formas que puede asumir merced al espíritu de empresa, que es uno de los frutos de estas culturas prácticas, se propenderá a la consecución de *beneficios integrales,* lo cual es la medida del anhelo de un pueblo consciente, y, por lo propio, discreto. ¿Por qué los europeos y los americanos del Norte han de tener el privilegio exclusivo de hacer prodigios de intensificación productora, y de engrandecimiento?

El día que hayamos ordenado y educado las energías productoras de la campaña, por rudimentarias que sean una y otra cosa, con ser bien encaminadas, con eso solo habremos dado un gran paso en la línea de nuestra cultura y habremos duplicado nuestra riqueza, puesto que, al fin, prosperar es organizar, así como organizar es educar: la obra más eminentemente previsora y fecunda para los destinos de un pueblo. De otra manera viviremos en plena opulencia y escasos de recursos, con déficit sistemáticos, que aquí derivan de la gran celeridad con que marchamos, espoleados por la necesidad de incorporar mejoras y progresos debidos a nuestro gran intercambio con todos los pueblos adelantados, al propio tiempo que sólo juntamos las riquezas que se nos ofrecen a flor de tierra, puede decirse, las mismas que tienden a reducirse

más bien que aumentar, y es así que los términos de la ecuación: producción y presupuesto, van en distinta progresión, la una se diría que es aritmética, mientras que la otra sube geométricamente. Este desequilibrio remediable momentáneamente por los arbitrios financieros usuales, va, sin embargo, dificultando la vida y la obra de las nuevas generaciones incesantemente, y es así que en vez de prever y prevenir dificultades, va haciéndose la existencia cada día más ruda, en pleno paraíso terrenal como es el territorio sudamericano, lo cual hace más y más imperdonable nuestra desidia.

Cuando he lanzado la idea de regionalizar nuestra obra, como obra americana, a algunos espíritus deslumbrados en demasía por el brillo de las culturas tradicionales del Viejo Mundo, ha parecido una utopía, cuando no una insensatez, dicho programa, que es sencillamente de buen sentido. Fuera de que la autonomía es el único atributo digno del civilizado, se comprende que no se trata de hacer tabla rasa de los preciosos tesoros acumulados por el Viejo Mundo, ni por nadie que haya hecho algo valedero en toda la caparazón terrestre, sino, al contrario, de utilizarlos con criterio propio y no por imitación o psitacismo, simplemente: eso es regionalizar, según lo entiendo, y eso lo aconseja la más sanchesca cordura. En otras palabras: es trabajar guiados por la propia mente, sin olvidar lo aprovechable que se ha hecho por quien quiera que sea. Claro que esto implica tomar nota de las peculiaridades ambientes, y más claro aun que esto, es una necesidad y una ventaja, además de ser obligado por la propia dignidad de una raza.

En tal orden de ideas, yo no me atrevería a pronunciar la enorme injuria de que estos pueblos son inferiores a los demás, bien que piense que tienen menos culturación, por estar menos organizados y menos disciplinados en el trabajo productor, y en esa inteligencia es que propongo que se organicen para disciplinar sus aptitudes y energías convenientemente, seguro de que con su despejo, y sobre la base de sus riquezas, de su fauna y de su flora, de su arqueología autóctona, de invalorable aprovechamiento industrial, eso sí, inequívocamente, con su ágil ingenio y demás aptitudes latentes, pueden, *como otro cualquier pueblo de la tierra,* esperar rendimientos económicos, sociales y morales en su empresa. Apenas se apliquen severamente a esgrimir sus aptitudes y recursos, adecuándolos a sus necesidades y aspiraciones, así como a su ambiente y a su estructura, han de demostrar que son también capaces para concurrir a la obra general de la civilización, con eficacia y con honor. He ahí mi postulado, y, en verdad, nada engarza mejor en el ideal americano.

Pueblos de idéntico origen, de necesidades y aspiraciones idénticas, hasta por la propia distribución de sus riquezas, complementarias, deben asociarse para la obra americana, que es de cooperación, así como deben encaminarse a conquistar su eficiencia. ¿Qué otro ideal superior pueden ostentar estos pueblos? Hay que formar conciencia sobre este punto angular, porque sólo una comunidad de ideas, bien firme, puede permitirnos afrontar tan grandes realizaciones. ¿Qué significado mejor tendría el panamericanismo, si esto se excluye de su significación?

En esta obra, que encaja admirablemente en las orientaciones cardinales que señalan los acontecimientos, como las más auspiciosas y superiores, por la que los pueblos de esta región adoptan la paternidad de sus destinos en todos los campos del pensamiento y de la acción, obra de constructividad progresiva, destinada a plasmar las características propias de la raza, nadie queda excluido... ¡ni nosotros mismos!, como ocurriría si dejásemos librada la empresa de nuestra industrialización a las iniciativas del exterior, y a su dirección: eso es lo que anularía fatalmente nuestra individualidad sudamericana, y desleída por nuestro pasivismo en las corrientes extrañas que se introducirían a destajo, quedaríamos, como lo estamos ya un poco, con una personalidad más refleja que propia.

Si América ha de ser para los americanos, lo primero que debemos hacer es marcar el paso en la marcha de los progresos mundiales, tratando de concurrir a ellos, por nuestra parte también, a fin de no quedar definitivamente reducidos al papel de simples parásitos de la civilización.

Como tuve el honor de ser encargado por la administración anterior de programar la organización de la enseñanza industrial, así como tuve oportunidad de someter dicho plan a ensayo práctico con resultados satisfactorios, pienso que aquel programa, en sus líneas generales, es aplicable a todos los países de esta región. Espero que algo ha de servir al dilucidamiento de este asunto de tan capital importancia, y de urgencia, y será muy honroso para mí que se tome de algún modo en cuenta, aunque sea como una contribución inicial.

Apelando a su reconocida ilustración y patriotismo, así como a sus sentimientos panamericanistas, reitérole las expresiones de mi mayor consideración, y quedo de Ud. atto S.S. y afmo. amigo.

Montevideo, marzo 10 de 1919.

Pedro Figari

Casa de Ud., Misiones, 1581.

AUTONOMIA REGIONAL*

Habíamos perdido el rumbo. El cosmopolitismo arrasó lo nuestro, importando civilizaciones exóticas, y, nosotros, encandilados por el centellar de la añosa y gloriosa cultura del Viejo Mundo, llegamos a olvidar nuestra tradición, acostumbrándonos a ir al arrastre, con la indolencia del camalote, cómodamente, como si no nos fuera ya preciso, por deberes de dignidad y de conciencia, preparar una civilización propia, lo más propia posible. Todo esto nos hizo vivir por muchos años una vida refleja, casi efímera. Del ambiente, no guardábamos más contacto que el de "el hecho", y los valores tradicionales, que son su esencia espiritual y abolengo, yacían en el olvido, como valores de escaso monto, por no decir desdeñables.

Algunas iniciativas y algunos esfuerzos, sostenidos por "el gaucho" ya sea rural o urbano —pues para mí es tan gaucho el uno como el otro, siempre que tengan fe en las aptitudes de la raza americana y la consideren tan superior como la que más, y siempre que profesen cariño a su ambiente, y gratitud a sus próceres— algunos empeñosos adalides de la tradición, que, inorgánicamente, y, por lo mismo, con mayores obstáculos, han venido bregando por mantener los rastros de la leyenda criolla, nos permitirán reconstruir al poema de América, y asentar sobre lo hondo de esa veta la civilización nuestra, la cual,

* Artículo publicado en la revista *La Cruz del Sur*, Año I, Nº 2, Montevideo, 31 de mayo de 1924.

frente a las enseñanzas de la experiencia mundial, y por más y mejor que se aproveche de ellas, podrá alcanzar todos los brillos, y todos los honores y eficiencias, sin dejar de ser la nuestra.

Este despertar de la conciencia autónoma tiene que alcanzar su plenitud para que llegue al plano de las promesas incomparables de la fecundidad, y para que puedan palparse las efectividades insuperables de la misma. La famosa Cruz del Sur, que tantas cosas podría decirnos, de soberana poesía y de gran interés, viene a dar su nombre a esta revista encargada de fortalecer esa aspiración: ¡bienvenida sea! Pero, no olvidemos que nosotros, todos, estamos encargados de cuidar del arraigo y desarrollo de esa planta, que, por ser la nuestra, hemos de tratar de que alcance todas las frondosidades sanas, y todas las alturas honorables y auspiciosas.

No es con aparatosidad, que hemos de hacer la obra de América: es con hechos, con ordenamiento, con obras, con obras juiciosas, efectivas, productivas, progresivas, promisoras. No es tampoco con imitaciones inconsultas que hemos de colocarla en su mejor sitial frente al mundo, es con estudio, con trabajo y probidad, que es eficiencia. Demasiado oneroso es el mantenimiento de una administración, en días tan intensos y complejos, para que ésta no compense fructuosamente aquella carga, enorme, que pesa sobre el pueblo. El progreso urbano, por sí solo no es progreso, mientras se desatienda tanto cuanto hay que hacer por la campaña; fuente productora encargada de costearlo todo. Es prudente pensar que la juventud requiere ser preparada para tomar todos los senderos de la productividad, tan saludables y fecundos, y es menester acordarse de que la mujer, y,

especialmente, la mujer rural, ha quedado rezagada y omitida, con tener sobre sí los destinos de la raza como madre, como esposa, como organización capaz de contribuir a todos los ordenamientos y a todas las culturas, así como de producir en cualquier sector de la actividad general, y de cooperar a la más brillante y firme constructividad regional. No sólo es unidad eficaz y utilizable, sino insustituible, la mujer, como elemento civilizador.

Hay que organizar, pues, y no por imitación, sino por educación. Sólo por medio de una conciencia autóctona, apta a compulsar los factores que contiene el ambiente, y a arbitrar los recursos más apropiados a la prosperidad positiva, complexiva y firme, sólidamente cimentada en las peculiaridades del medio, y en las aptitudes y modalidades de la raza, podremos afrontar esta fructuosa empresa seguros del resultado. Hasta que no hayamos aventado el sopor que nos abruma, ni podremos percibir las bellezas de nuestro territorio y de nuestro cielo, ni la poesía de nuestra tradición, ni la grandeza de la misión nuestra, y quedarán estos bienes envidiables como quedan los filones preciosos inertes, yertos ante la torpe mirada del salvaje.

La Cruz del Sur ha de brillar más, tanto más cuanto más hayamos hecho por individualizar nuestra raza y nuestra región, y cuanto más adecuados y científicos sean los elementos con que nos individualicemos. Y hay que trabajar, trabajar a conciencia, con toda decisión.

Pedro Figari

HACIA EL MEJOR ARTE DE AMERICA*

Si hasta aquí los americanos del Sur hemos podido dejarnos llevar, "a la buena de Dios", disfrutando fácilmente de las opulencias naturales, y aprovechando del esfuerzo de los demás pueblos y razas, para vivir como civilizados, y hasta para progresar sin hacer nada o muy poco propio, hoy día ya no es posible seguir así, remolcados, como eternos beneficiarios. Fuera de ser inconveniente, es deslucido este papel, y hasta incompatible ahora, con la realidad que nos modelan los tiempos nuevos: hay que trabajar.

---

* Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa* de Buenos Aires, el 26 de junio de 1925. Fue publicada en dicho diario el 27 de junio con el título "Hacia la eficiencia de América", y luego en el T. XI, año 1925, de los *Anales* del mencionado Instituto, con el título que figura aquí.

El Presidente del Instituto, Dr. Carlos Ibarguren, presentó al conferencista con estas palabras:

"Señores: el pintor Pedro Figari nos hablará hoy en su visión sociológica sobre el destino de América. El publico conoce la obra pictórica, original y fuerte, de este artista uruguayo, que de manera personalísima evoca en pinceladas vibrantes la vida criolla del siglo pasado. Sus cuadros infunden con vigor la sensación del ambiente regional, borrado ya por la "avalancha" europea. Sus trazos viven porque son color y movimiento, diríase al verlos que oímos el alboroto de la negrada y sus candombes, aspiramos en la pampa salvaje el viento, con olor a hierbas, que desfleca la crin de los potros que galopan en tropilla...

"La pintura de Figari ha sido contemplada en Europa con interés profundo, y gustado como esas frutas exóticas, frescas y jugosas, que llevan en su pulpa la savia nueva de las tierras vírgenes.

"Su paleta inquieta y antiacadémica, es nueva porque está fuera de las escuelas que han moldeado las formas en el Viejo Mundo, y es joven, porque canta, ríe y salta como un niño suelto, ansioso de aire y de luz, que ha estado preso largos años dentro de una toga.

"La palabra que escucharéis, no será la del ex magistrado, sino la de un artista que difunde optimismo, exaltado por su ideal americano cuya realización integral anhela con fervor, nos mostrará el porvenir claro y pujante de América, salvadora de la humanidad, en este minuto sombrío que parece anunciar tanto una aurora como un crepúsculo".

Felizmente, se sienten en formas diversas los estremecimientos de un despertar autónomo en la conciencia de estos pueblos. América quiere prepararse, ella también, para alcanzar su eficiencia, y para entonar su canción. Debemos congratularnos mucho por un hecho así, tan hermoso, tan auspicioso, y debemos empeñarnos en ser dignos de nuestra misión.

Yo creo que nuestra raza, superior como la que más, constituida por selecciones cosmopolitas, y radicada en territorios inmensos, e inmensamente ricos, puede desempeñar en el mundo una misión de fecundidad y de brillo, pero esto exige que trabajemos mucho, y que trabajemos bien. Sólo a condición de que hayamos articulado, con tino, una serie de ordenamientos dispuestos a definir, a arquitecturar, si así puede decirse, el alma americana, podrá ésta manifestarse capaz y triunfal. Para esto se comprende que no basta que imite y asimile, sino que es preciso que se la prepare para producir, por sí misma, para construir su ciencia, sus artes e industrias, según lo exigen los tiempos. Sólo así podrá América, exhibirse bien consciente, y engalanada con las enormes ventajas que tiene a su favor, como mundo nuevo, el que, al propio tiempo que puede optar con libertad, y afirmarse en las excelencias de sus territorios vírgenes, tan ricos, puede aprovechar de la experiencia mundial para encaminarse.

Si hemos de asegurar el buen éxito de esta empresa, que, aunque pacífica y mansa, no deja de ser ardua y gloriosa como una campaña guerrera, debemos comenzar por examinar nuestras posiciones y debemos encarar este examen derechamente, severamente con la mayor libertad posible, porque sería insen-

sato disimular para darnos corte. Lo que conviene es observar y señalar, para rectificarnos y mejorar, y no callar y disimular por complacer fácilmente, o cruzarnos de brazos ante una dificultad, en vez de sitiarla para vencerla.

Por de pronto es fácil advertir que nuestras riquezas naturales no están consideradas aún como una serie de ricos filones, más o menos hondos, a conquistar mediante un plan madurado, sino, más bien, como algo que ofrece caudales a recogerse, siempre que se hallen a flor de tierra. No ha nacido todavía aquí el espíritu de utilización y aprovechamiento metódicamente ordenado; y casi no hacemos experimentación en América, donde debiera ya estar todo sometido a la gloria del trabajo dominador. No sólo hay dispersión de energías y de riquezas, sino desconocimiento del ambiente, de sus elementos y recursos, de muchos valores importantes del mismo, desconocimiento debido, más que a incuria, a nuestros métodos de educación, que han formado una ideología de tal modo inadecuada, por verbalista y anticientífica, que hasta parece de buen gusto manifestar indiferencia por lo que nos es propio, con ser tan estimable. Si los extranjeros no conocen mejor que nosotros nuestro ambiente y las propias peculiaridades más genuinas, por lo menos, se interesan más en ellas, y las estiman en más.

Cierto que nosotros retribuimos eso mismo, al interesarnos más en lo extranjero que en lo nuestro, y al apreciarlo más. La diferencia consiste en que nosotros vamos, y ellos vienen de vuelta. Ellos han magnificado ya, soberbiamente lo que les es propio, mientras que nosotros lo hemos desdeñado, hasta dejarlo caer en olvido.

NUESTRO "SNOBISMO"

Nuestro "snobismo" todavía nos hace sonrojar frente a la sencillez de nuestra ascendencia, y hasta de nuestros modestos y encantadores vestigios urbanos, no ya ante la áspera rusticidad campera, a la que tanto debemos.

Nos molesta saber que en la Plaza de Mayo, sólo algunas décadas atrás —naturalmente antes del rascacielos y del taxi, pero no tanto— se reunían los negros esclavos para sus más abigarradas demostraciones. Y nos molesta, precisamente, porque a fuerza de haber enaltecido lo extranjero, que fue tan sencillo y rústico como lo nuestro, necesariamente, si no más, se nos ha hecho entender que ellos provienen de cepas suprahumanas y prodigiosas, a fuerza de haber enaltecido a su ascendencia, y la insignificancia nuestra que no es tal —muy al contrario— nos humilla, en vez de causarnos profunda satisfacción al considerar la enorme rapidez de nuestros progresos, gracias a nuestra ascendencia. Este defecto de nuestra mentalidad, por deslumbramiento, no nos permite apreciar nuestro ambiente y amarlo. No obstante, si hemos de ser constructivos, es en él que hemos de afirmarnos, para perfilar y fundamentar nuestra personería y nuestra obra americana, de igual modo que edificamos nuestra casa, y la cimentamos, en nuestro terreno. Yo me he acostumbrado a mirar con admiración, con reconocimiento, y enternecido, el pasado nuestro.

Es el propio "snobismo" antedicho el que nos hace cuidar más de la ciudad que de la campaña. Al lado

de esta urbe galopante, estupenda, que se la atiende y se la regala como a niña mimosa, la campaña es la gran Cenicienta. En medio de las opulencias del campo, yacen los brazos forzosamente inertes por falta de organización y de aptitud. Hasta por egoísmo deberíamos remediar esto, desde que la ciudad, como que más bien administra su producir, vive, en lo fundamental, de lo que produce la campaña. Y la mujer rural con ser la que tiene sobre sí como esposa y madre, los destinos de la raza, a menudo es paria, bien que a pesar del abandono en que está, contribuya asimismo a las cargas públicas y a solventar los propios presupuestos fastuosos. La mujer de campo, enclavada en su rancho, desmantelado casi siempre, desamparada frente a las monotonías de la soledad inmensa, cumple su alta misión sin estímulos, ni halagos, ni aptitudes, punto menos que como animal, y así pasa todos los días, los años, la vida, y todavía se la tacha de haragana, como si, en tales condiciones, pudiera ser hacendosa. En la ciudad, en cambio, la mujer lo puede todo, y es por eso que nos hace honor por su talento, por sus iniciativas, por su belleza y por su gracia proverbial. A ésta incumbe más principalmente que a nadie, la defensa de nuestra hermana, la rezagada de afuera.

LA IMPREVISION

Siguiendo el examen nuestro, vemos que, nuestras riquezas, a fuerza de ser cuantiosas, quedan desconocidas, y hasta omitidas, y no porque no se sientan también en América las exigüidades de la pobreza, en medio del brillo de lo opulento, sino por impre-

visión. Ni se vislumbra el valor de la fauna, la flora, casi prodigiosa y de nuestra arqueología, cuyos vestigios diseminados, y preciosos, denotan civilizaciones antiguas dignas de severo estudio, las que ofrecen el doble interés del misterio y del aislamiento, puesto que éstas hubieron de plasmarse por sí mismas, y no como las otras, por el concurso de los pueblos y razas del mundo. Todo esto, con ser de tan alto interés, así como los tejidos, teñidos, cerámicas admirables, no ha determinado aún un serio esfuerzo dominador, bien que nos prometan caudales, que es difícil justipreciar por su propia rareza. Seguimos confiando, como antes, en los buenos años y las buenas cosechas, si bien nos van presionando cada vez más los acontecimientos, así como nuestras propias necesidades y aspiraciones, cada día más rotundas.

Se comprende que no podamos quedar ya librados al rodar lento de la evolución natural. Por de pronto, la catástrofe europea ha precipitado, y hasta perturbado, ese andar, y una suma de elementos nuevos, y extraordinarios, algunos perentorios, quizá, de que me ocuparé, nos obligan a pensar, a ordenar, a trabajar; en dos palabras: a trazar nuestro plan orgánico.

El propio Viejo Mundo, que sonreía maliciosamente al hablar de las cosas de "South America", espera ya algo más que nuestras exportaciones de materias primas, espera, que, al modelarse el espíritu de esta nueva raza, y al ofrecer al mundo el aporte de su eficiencia, ha de ser útil a todos, lo que ha de sernos particularmente grato a nosotros, que tanto debemos por ahí. Una raza que ha podido construirse con tanto privilegio como es la nuestra y libre de enconos; una fuerza-idea, según habrá de serlo América, si

forma conciencia cabal de su misión congénita, en vez de seguir rastros ajenos, para decidir de sus destinos propios; una raza que tiene tanta, tanta riqueza, así que trabaje habrá de mitigar muchos dolores y quebrantos, como son los que sufre el Viejo Mundo, convulso, como liquidación del viejo régimen de argucias fronterizas y de violencias, que fue la base constitutiva de aquellos pueblos, según la dulce frase cristiana.

Los nuevos factores premiosos a que me referí, son éstos: ¿cómo recibimos juiciosamente los oleajes inmigratorios, ávidos de empresa y de trabajo, esos que se prevén ya, si aún no se sienten suficientemente? Ante las nuevas exigencias, ¿cómo administrar mejor nuestras riquezas naturales? ¿Cómo aprovecharnos mejor de lo nuestro, los americanos: nuestra flora, nuestra fauna, nuestra arqueología vírgenes, y, por lo tanto, de enorme valor, frente a los agotamientos congojosos que experimentan los pueblos del Viejo Mundo? ¿Entregamos esto a los demás, según se entregaban antes las pepitas de oro, conformándonos con disfrutar pasivamente, de los beneficios del arrendamiento? ¿Dejamos al pueblo librado a su suerte para que preste sólo un triste papel auxiliar?

¿Dejamos la defensa y el cultivo del interés esencial de América, que es autonomía, esa causa santa del americanismo, librada a la iniciativa privada, la que puede echar a un lado lo que demanda preparación, por estar fuera de sus medios, o por ser incompatible con sus impaciencias, por más que sea de alto y preciado interés? Esto ni lo permite nuestra dignidad de americano, ni nuestro propio decoro, mucho menos ahora, cuando se entonan loas al encumbramiento de la alta misión que nos señalan

los acontecimientos mundiales del porvenir, proclamas que escuchamos —confesémoslo— con íntima fruición legítima... legítima, se entiende, si hacemos honor a la firma, según decían los antiguos.

"O NOS INDUSTRIALIZAMOS O NOS INDUSTRIALIZAN"

Hace unos seis años, movido por mi fervor americano, y americanista, propuse al gobierno de mi país, que, para prevenir todos estos apremios, que ya se veían venir, iniciara un movimiento de aproximación o interconocimiento entre los pueblos de América, dispuesto a preparar, por una sabia colaboración, nuestra mayor eficiencia; y decía entonces: "o nos industrializamos o nos industrializan". Dicha iniciativa fue simpáticamente acogida allí, aquí y en otras partes, y de igual modo quedó olvidada, menos simpáticamente, hay que declararlo; y sigue olvidada, si bien todo acentúa la necesidad de atenderla. Por eso es que vengo a hablaros de lo mismo.

Si bien lo más urgente y directo es preparar el trabajo industrial, que es eminentemente educador, organizador, comprensivo y aun de gran trascendencia, será bueno abordar todos los sectores a la vez, como en un movimiento envolvente de modo que la etapa evolucional en que nos toca actuar, sea lo más nutrida y eficaz que pueda ser.

Se requiere ante todo un amplio plan de educación integral, no puramente teórica, sino a la vez práctica, muy práctica y complexiva, para formar las aptitudes múltiples que exige la tarea productora, y para entrar de lleno a la vida experimental, fecunda como es, así como a todas las manipulaciones,

investigaciones y adaptaciones que demanda la gestación y eclosión del espíritu ejecutivo, emprendedor y decidido, de una raza fuerte.

Desde los bancos de la escuela primaria debe despertarse el ingenio y la industriosidad del educando: ésa es la gran fuerza creadora que ha de conquistar nuestra mayor eficiencia.

Bien sé que lo primero que formulan los labios es la frase sacramental "Falta de recursos", la que se expresa con la convicción que suponen las trabas burocráticas de la rutina ordinaria, tan poco hecha a la renovación, cuanto poco fecunda y muy onerosa. Es sobre los gastos aparatosos de alarde, que deben hacerse economías con mano fuerte, mas no sobre lo que ha de reproducir, lo que ha de fructificar, lo que ha de pararnos, que es hasta ahora una cuestión de dignidad. Esto es siempre una gran colocación, y hasta es torpe no querer enriquecernos y mejorar. Y asusta el gasto porque, acostumbrados como estamos a lo rumboso, parece que lo primero que habrá de exigirse es el palacio y la gran instalación, cuando nada de esto hace falta: lo que hace falta es la idea, la idea que late por dentro del servicio escolar, la idea directriz, la cual, a ser buena, es siempre razonable, cuando no es modesta.

Lo que se requiere principalmente para llevar a buen término la obra educadora son adaptaciones y ajustes dentro de lo que hay a fin de que sirva lo más y lo mejor posible, ya que es tanto lo que cuesta y esto no es dispendioso, si ha de ser sesudamente inspirado. Al contrario, esto es un gran negocio, si puede emplearse esta palabra sobre asuntos públicos. Por otra parte, si, según se ha dicho, y es verdad: después del pan, la educación es la mayor

necesidad de un pueblo, hay que cumplir este deber sin vacilaciones y de buena fe.

No basta para cohonestar nuestra conciencia, hacer ver que educamos lo mejor que nos es posible; hay que hacerlo de la mejor manera posible, aunque no lo parezca. Las nociones no utilizables son un lujo más bien, lujo que está fuera de lugar cuando hay cosas urgentes y más importantes que atender.

EL PORVENIR

La prueba más alta que puede dar un pueblo acerca de su cordura, es la que pone de manifiesto al decidir la elevación de sus propios destinos. El gasto se trueca entonces en semilla auspiciosa. Y entre nosotros nadie duda ya que la instrucción que se da al pueblo en nuestra América es insuficiente e inconducente, por cuanto es teórica y conduce a la especulación, al expediente, al proletariado intelectual, que abarrota el radio temible y caro de la burocracia, el del electorado y el de las propias culturas fastuosas de más brillo que promisoras, por lo menos cuando no se llega a ellas por medio de sabias selecciones vocacionales. La obra educadora, constructiva como es, debe ser encarada como una cuestión de honor nacional y racial.

Si hemos de hacer obra grande y superior, de eficiencia positiva, también hemos de ceñir nuestro esfuerzo a un estrecho criterio utilitario, de inconsulta impaciencia o de rendimiento inmediato. Hay que preparar; hay que prever y hay que prevenir. Así, por ejemplo, debería promoverse lo más posible,

la fundación de núcleos rudimentarios de producción, dondequiera que hay población, aun cuando, por falta de comunicaciones, no pudieran hacerse explotaciones en grande, según lo han hecho ya en algunas partes, honrosas instituciones privadas argentinas. Al mejorar la suerte de los moradores, no sólo se preparan posibilidades y prosperidades futuras, sino que al propio tiempo que se cumplen elementales deberes de humanidad se siembran buenos ejemplos, que son también buenas semillas.

Para todo esto, que, en definitiva, es organización, y, como tal, la obra superior del gobierno, se requiere ante todo conocer el ambiente, porque, sin eso, acertar es como hacer blanco a oscuras; y es precisamente dicho conocimiento el que nos ha de sugerir los mejores arbitrios. Algunos idealistas, felizmente, han trabajado ya en esta obra. El trabajo realizado por los investigadores, los naturalistas, los abnegados excavadores —obra que yacía frente a la estupefacción de la indiferencia pública, cuando no de la sátira zafia— lo que han preparado los amantes de la tradición, los coleccionistas, una legión de estudiosos y de trabajadores, beneméritos, doblemente beneméritos, porque fueron eminentemente previsores, certeros y desinteresados, de los cuales algunos son conocidos, otros menos conocidos y algunos, quizá, definitivamente desconocidos; todo eso que se ha hecho es un gran paso, desde que han arrimado aportes preciosos, particularmente preciosos hoy, que tanto los necesitamos.

Frente al "aluvión" inmigratorio que nos arrolló en la segunda mitad del siglo pasado, lo que pudo mantener en cierto modo nuestro contacto con el ambiente, por un lado, fueron todos esos supuestos

"ilusos", y, por el otro, el extraordinario poder de absorción que ejercen estas tierras, que se diría que están predestinadas al culto de la emancipación y de la libertad.

A los que piensan ejercer hegemonías definitivas en América desde el Viejo Mundo, así como que es posible y fácil mantener a sus emigrados y a su propia descendencia, en el culto de origen, habría que contarles lo que le ocurrió a uno de los personajes extranjeros que vienen a comprobar el estado de "su colonia". Visitando una escuela de su raza, preguntó a una chica, quién había hecho la unidad de la patria. El se refería a la suya, y la chica contestó: Urquiza.

Estas tierras tienen otra misión que la de guardar los viejos tesoros étnicos de los pueblos chicos, tesoros que, por lo demás consideramos con respeto, y también con reconocimiento estas tierras tienen la misión de formar un mundo nuevo, depurado, libre de las rémoras incorporadas en aquellas gestaciones multiseculares, delirantes, violentas, gestaciones que se pierden en los tiempos como un "film" guerrero, cada vez más guerrero, más voraz, y más veloz. Hay que formar una conciencia bien clara sobre todo esto. Hallándome en una reunión en Europa, hace unos doce años, en tiempos en que todavía Sud América hacía sonreír, algunas personas se complacían en hacerme preguntas acerca de "nuestras cosas", y yo, con la suspicacia "por si acaso" de nuestros paisanos, dije: "Soy el primero en reconocer y admirar el soberbio grado de lucimiento y de cultura alcanzado por ustedes, así como en deplorar nuestras deficiencias; pero si yo fuera encargado, por cualquier gobierno sudamericano, de venir a buscar vuestros

progresos, me esmeraría en tomar sólo lo que nos conviene, dejando lo demás. Por ahí, ya llegaremos nosotros también, algún día, a un grado superior de civilización".

LOS LIRICOS

Los líricos, los mismos que han mantenido, como el gaucho, el culto inconmovible al terruño, y me refiero no sólo a los poetas, sino a los idealistas de todos los sectores, que son también líricos y poetas a su modo, incluyendo a la vez a los estudiosos, a los experimentadores, a los hurgadores del misterio, y más particularmente a los que lo hacen con fines impersonales, a los líricos, digo, toca siempre la suerte del Redentor, a pesar de ser tan útiles a la sociedad. Es que, para juzgar como actuamos acosados por la vida y en un terreno movedizo, cuál es la realidad que palpita, nos resulta difícil distinguir las proyecciones de un esfuerzo, si bien lo hacemos desde la cumbre de esta misma hora, en que disfrutamos cómodamente de los beneficios alcanzados por los grandes líricos ancestrales: héroes, experimentadores, poetas, investigadores, o sea, poetas medularmente líricos, ellos también que afrontaron las rudezas del esfuerzo ímprobo, para ser útiles. Es que los idealistas líricos de ayer, son los que nos resultan más prácticos hoy, son los que nos han dado los sueros salvadores, el dominio mecánico y nuestra propia verticalidad, debido a las informaciones que aploman nuestra conciencia, y nos dan la serena dignidad de la autonomía.

Los idealistas son los trabajadores del porvenir, de un porvenir que, por lo mismo que es continuo,

forma en cada hora el presente, el mismo que hoy nos deparan las ventajas conquistadas, las mismas que fueron tan duras de alcanzar. Para cerciorarnos de su magnitud, bástenos considerar los abismos que median entre esa urbe admirable, que nos hospeda, y una toldería...; y abisma el pensar en lo que hubo de luchar y pensar el hombre, el optimista lírico, el combativo de todos los tiempos, hasta para llegar a construir sólo una simple toldería!...

Los que cultivan como cosa mejor una buena digestión, los "digestivos" diríamos de materialismo chato, son por fortuna cada día menos en cantidad y más vergonzantes en calidad. Es así que todos nosotros, unos más, otros menos, todos hemos mordido esa manzana amarga del idealismo, que hasta nos cuesta calificar así, por mucho acíbar que tenga, porque la amamos.

Ciñéndome aún más al asunto, creo que debemos esperar nuestra mayor eficiencia del ingenio de la raza, que ha de despertar sus aptitudes constructivas, su ciencia y sus artes. Hay que cultivar, pues, particularmente, el ingenio productor —o sea lo mismo que más se descuida— y hay que formar clara conciencia de que es preciso de que seamos nosotros para ser alguien, si hemos de ser o de hacer algo. Una vez capacitados para la acción libre y directa, estimulado y educado el ingenio de la raza, fructificará y brillará el americanismo integral, fuerte y copioso, tanto más cuanto que se le vea más identificado con el laboratorio pluriforme de América, y cuantos mayores recursos y formas ofrezca dicho laboratorio global.

Desde la escuela primaria, repito, debe cultivarse la industriosidad de la raza, para que ese elemento de avance, tan fecundo, no se desperdigue en salvas y flores.

Lo que no deja ver tan claramente el rumbo es la confusión reinante acerca de ciertas ideas primarias y esenciales. Nosotros hemos adoptado la rancia denominación de arte, tan rutinaria y excluyente, que identifica este concepto con las llamadas bellas artes, o sea las que de antiguo estaban destinadas al culto de dioses y magnates, que no son nuestros. Este concepto anticientífico, que no responde al concurso humano, ni al sentido común, ni a la verdad, deberíamos rectificarlo los americanos desde que queremos y debemos constituir una entidad moderna, y, consiguientemente científica, la más amplia y la mejor.

Nosotros debemos reaccionar contra todo error, y muy particularmente sobre asuntos tan fundamentales, contra toda falacia, por alta que sea su alcurnia y por más que los filósofos más autorizados hayan seguido esa faz tradicional y falsa del pensamiento, errores y falacias cuyos efectos perniciosos se advierten, apenas se esculpe el abigarramiento y confusión de las explicaciones que pretenden darnos sobre los dominios artísticos, estéticos y los propios científicos, tan enredados... Si aclaramos nuestro pensamiento, ya habremos hecho algo, y decidiremos mejor de nuestra acción. Aquella falsa ideología nos hace ver soluciones de continuidad, como abismos, inexistentes en la realidad, que es eminentemente continua y encadenada en todos sus aspectos, y así es como nos conviene encararla, para no extraviarnos en ella.

EL INGENIO Y EL ARTE

El arte humano, como manifestación del ingenio del hombre, es idéntico esencialmente, cualquiera que sea la pista en que se ejercite, puesto que deriva de un mismo instrumento —el ingenio— y tiende igualmente a servir nuestras necesidades y aspiraciones de mejoramiento, en el esfuerzo de adaptación al ambiente, a la realidad en que vivimos, y que es la vida misma.

Yo no me permitiré jamás la irreverencia —dado que sea un lustre la sustantivación de arte y la adjetivación de artista o artístico— de dejar de considerar como arte, y arte superior, todo el esfuerzo humano tendiente a mejorar nuestra condición, y como eximios artistas, a todos los que han alcanzado, por cualquier senda, la satisfacción de prestar grandes servicios a la humanidad. Entiendo, pues, que siempre, y muy particularmente en la hora actual de América, todas las artes —esto es, todas las formas del ingenio— deben estimularse y florecer al propio tiempo y cuanto sea posible: las investigatorias, las gubernamentales, las industriales, las pedagógicas, las de experimentación, etc., lo propio que las poéticas y literarias, pictóricas, musicales, escultóricas, arquitectónicas. Todo eso es la vida, la vida real, la vida efectiva, la vida integral. Es casi una aberración inexplicable, si no inexcusable, el que todavía hoy se considere por los filósofos como antagónicos, esfuerzos que convergen al mejoramiento humano, y que hacen posible una mayor y mejor adaptación del hombre y de la sociedad a su ambiente natural con más eficacia y con más dignidad.

Es así que, para realizar este esfuerzo conjunto, americano, todos debemos alistarnos por igual, todos los que creemos y aspiramos a alcanzar una cultura autónoma, fuerte, libre y buena.

Todos hacen falta, y aún somos pocos; hasta los pesimistas, que comienzan por estar de antemano persuadidos de la ineficacia del esfuerzo, con estar en pleno disfrute del esfuerzo hecho anteriormente, nos serán útiles, ellos mismos, si trabajan como controles y como aguijones, puesto que nada enardece nuestras energías optimistas cuanto lo hace la negación de su fecundidad.

De los que nada hay que esperar, es de los indiferentes, de los ociosos, de los pasivos, como no sea el que se acojan al viejo precepto: "los últimos serán los primeros", para entrar al disfrute de los beneficios, una vez alcanzados.

Este pensamiento de emancipación americana ya aletea en toda América, y hay que fomentarlo para que tome su vuelo, caudal triunfal. Días pasados, debido a una gestión hecha en su reciente visita de aproximación por nuestro amigo el vigoroso poeta Oliverio Girondo, pudimos ver que en México hay un fuerte empuje en este sentido. Las pinturas expuestas en Amigos del Arte nos informan de que hay ya en aquel país cientos de miles de niños que tienen un nuevo lenguaje, amplio, propio, frente al mutismo de los nuestros, y que se preparan para hacer honor a la tarea americanizadora; quién sabe cuántas otras iniciativas fermentan ya en estos territorios inmensos de América. Por de pronto hay sumo interés en conocer a fondo todo esto, hasta para no quedar rezagados, lo cual sería más que nunca deplorable

después de habernos atribuido un papel tan eminente en los desarrollos mundiales del futuro.

Apenas se medite, ni se concibe que no se haya establecido un medio regular de interconocimiento y de aproximación en estos pueblos, que tienen iguales necesidades, iguales aspiraciones, iguales destinos. Este propio hecho, monumentalmente auspicioso, así como el de no haber odios, por más que pueda haber mayores o menores simpatías de pueblo a pueblo, según ocurre hasta en el cenáculo de la familia, nos da la posibilidad de ofrecer al mundo, como digno coronamiento de nuestra epopeya soberbia —poema máximo y glorioso de la raza— una política conjunta y solidaria y una diplomacia sin tapujo alguno, desde que los americanos sólo trataremos y debemos tratar de aspiraciones, que, por su probidad, por su equidad, no tienen para qué huir la luz plena, y que, al contrario, la exigen. Y una solidaridad así, real y fuerte como un ejército, invencible, científica, pacífica, ecuánime, constructiva por excelencia, es una entidad destinada a ganar los corazones, en vez de exasperarlos como exasperan las rivalidades fronterizas, atavismo antisecular inconducente, que debe ser extirpado en América como lo será algún día también del resto del mundo.

HACIA UNA VIDA NUEVA

Entonces, en este continente, tendidos nuestros puentes a los cuatro vientos, aparecerá un inquieto deseo incognoscitivo, y podremos inaugurar una vida nueva y llena de perspectivas gratas, la que no precisa acudir al "camouflage" de las fiestas para disi-

mular una real indiferencia, porque ésta será sustituída por convicciones, todas superiores como ciertas, por sentimientos, todos sensibles como legítimos.

Para iniciar esta gran obra, yo creo muy útil, y hasta indispensable, la celebración de un gran congreso americano. Aun cuando se haya dicho por alguien "si nada queréis hacer, haced un congreso", frase circunstancial e inconsistente, sobre todo aquí en América, donde todo puede expresarse y debe expresarse claramente, sin las recámaras y reticencias que inspira la rivalidad insalvable, pienso que un acto general, así, de aproximación, ha de ser de gran conveniencia.

Desde luego hay varios temas comunes importantísimos para tratar, si acaso no fuese ya una conquista el habernos determinado a un acercamiento y conocimiento recíproco.

Así, por ejemplo, habría un alto interés continental en deliberar acerca de los siguientes puntos:

1°) Fijar en lo substancial, el mejor criterio americano de educación integral, en atención a su estructura, a sus necesidades y a sus aspiraciones.

2°) Buscar los mejores arbitrios para mejorar la suerte de la mujer de campo principalmente.

3°) Examinar los mejores métodos a seguir para la fundación de núcleos de producción y mejoramiento, en las poblaciones rezagadas, intercambiando, si fuera menester, los elementos que para ellos se requieren.

4°) Encarecer la ventaja de que cada Estado haga la investigación más completa que le sea posible, de sus riquezas y recursos naturales, así como de

todo lo que se refiere a las civilizaciones autóctonas, encareciendo a la vez la ventaja que hay en hacer conocer su resultado.

5º) Tratar el aprovechamiento mayor que sea posible de las riquezas naturales y materias primas, examinando la posibilidad de mancomunicarse los Estados con ese fin en los casos en que sea esto mejor.

6º) Determinar las orientaciones mejores de la acción conjunta, los mejores arbitrios, recursos y procedimientos, en los lineamientos generales y comunes y sin invadir lo que es privativo de cada país.

En este certamen, al que seguramente acudirían los hombres más preparados de América, los que podrían exponer sus vistas de carácter general, a la faz del mundo, al propio tiempo que suministrar antecedentes acerca del estado global de su respectivo país, sus riquezas, sus recursos, sus obras, sus propósitos y el estado de sus investigaciones, quedaría fijada la necesidad de meditar la solución de los grandes problemas nacionales, regionales y continentales, librados hasta aquí a la fatalidad o a la imitación, y aquello significaría un gran paso, y un fuerte estímulo, muy saludable para nuestra indolencia habitual.

Se vería bien pronto que es bueno cambiar ideas, cuando hay tareas comunes a realizar, y ya no perderíamos contacto al advertir la suma de perspectivas y espoleos de una obra, que, si bien demanda esfuerzo, está destinada a grandes satisfacciones y provechos, de una obra tal que, a pesar de su magnitud enorme, no hiere ni puede herir ni un solo interés legítimo.

Así como cupo a la Argentina el honor de desempeñar un papel prominente de iniciación y de amplia política continental en los fastos de la epo-

peya americana, la que va agigantándose en el concepto humano, a medida que pasa el tiempo, lo propio que la ínclita figura del gran San Martín, así le correspondería una misión análoga e igualmente gloriosa a la Argentina, en lo que podríamos llamar la epopeya orgánica, pacífica, tendiente a emancipar la conciencia de América y a plasmarla autónoma: lo cual es también libertad y es dignidad también.

Confío en que los que creen en la eficiencia de América, harán prosperar esta iniciativa según merece.

APENDICE

JUAN CARLOS FIGARI CASTRO*

Juan Carlos Figari, arrebatado brutalmente no hace dos meses, por una estúpida meningitis, el hijo de nuestro querido y grande Pedro Figari, era él mismo un grande y noble artista. Grande por su talento ya asegurado a pesar de su juventud, por su personalidad muy original, que había bebido sin duda en la admirable fuente siempre renovada del genio paterno, pero que se abría en una obra en la que nadie puede encontrar ni ajena inspiración, ni todavía menos, imitación. Noble por su bella ambición, por sus inquietudes, por su oscurecimiento voluntario dictado por su insatisfacción, por el deseo de hacer siempre mejor.

Tales afirmaciones no valdrían nada si no estuviese para apoyarlas, la obra de Juan Carlos Figari, su obra de pintor, su obra de arquitecto. Era de estas obras que queríamos hablar hoy, rindiendo homenaje a la memoria de un hombre joven que, al morir, se ha

---

* Esta página de Figari sobre su hijo Juan Carlos, presentada por Charles Lesca, se publicó en francés en *Revue de l'Amerique Latine,* París, 1º de enero de 1928 (págs. VIII a X de su "Supplément illustré") Escasamente conocida, resulta de inclusión obligada en el volumen que recoge la obra educacional de Figari, de la que su hijo fue, en diversas formas, tan íntimo y calificado colaborador, como lo fuera también de la obra artística a que aquélla sirvió de antecedente. Por no conservarse versión en español, hemos hecho la traducción para esta publicación. *A. A.*

llevado tantas esperanzas. Pero hemos recibido de su padre, a quien habíamos pedido ciertos datos biográficos sobre su hijo, una carta admirable de emoción contenida, en la que el espíritu y la razón triunfan, en una lucha trágica, de un corazón desgarrado. ¿Qué serían nuestras pobres frases, comparadas a estos acentos? Cedamos la palabra a Pedro Figari, y, después de haber leído esta página, se estará convencido de que es el crítico más clarividente y más justo el que ha hablado aquí de Juan Carlos Figari. — C. L.

Como siempre, trataré de deciros lo que pienso íntimamente, con entera sinceridad, no sin comprender que pueda encontrarme ofuscado. Pero mi opinión sobre mi hijo es la misma después de este golpe inicuo que la que era antes de que pudiese imaginarlo; y como lo podéis suponer, esa opinión está fundada sobre antecedentes bien conocidos y bien estudiados.

Además de sus croquis y de sus dibujos, tengo aquí una cincuentena de cuadros y de esbozos suyos, que dicen claramente a quien quiera examinarlos, la fuerza de su espíritu, *muy personal,* sus dones de observador agudo, que debió poner en obra en un medio virgen donde no había ninguna tradición de cultura en el sentido en que él dirigió su esfuerzo, y donde era preciso mirar con los propios ojos para comprender. Y que él comprendió, su obra lo prueba, aunque él la haya considerado siempre como un bosquejo, no por modestia, sino por ambición. No se satisfizo nunca con lo que hacía, a pesar de la fuerza de sus realizaciones, porque pretendía siempre hacerlo mejor. Por eso la pérdida que he tenido es para mí tan inmensamente grande y dolorosa; es una pérdida que sobrepasa la del corazón.

El fue, desde que comencé mi carrera de pintor regional, mi camarada y mi colaborador, y lo había sido ya —¡y de

qué manera!— en mi obra escolar, donde pude juzgar sin temor de error su fuerza y su clarividencia. También afirmo sin vacilar que hubiese podido formarse libre y fuertemente, como fue siempre mi ambición para mi hijo, y que hubiese sido capaz de superarme fácilmente, puesto que comenzaba por donde yo termino mi vida de observación y de estudio autodidáctico Os confieso que mirándolo trabajar, sentía una gran satisfacción y quizás un poco de envidia.

Ha muerto a los treinta y tres años, y tenía ya una madurez y una libertad de espíritu sorprendentes.

Cuando emprendí organizar la enseñanza industrial en el Uruguay, me secundó con una gran precocidad, como habría podido hacerlo un hombre experimentado. Reformó el edificio de la escuela admirablemente, con mucho gusto, un gran cuidado de economía, y, va sin decir, un desinterés absoluto. Me ayudó a organizar la escuela, se encargó de varios talleres y dejó de su pasaje allí huellas envidiables.

Comprenderéis que es para mí un elemental deber de probidad afirmar estas cosas, aunque a el no le gustase que yo lo hiciese, deseoso siempre de secundarme sin aparecer, pero yo, que sé de qué ayuda me fue su colaboración, estoy moralmente obligado a revelarlo hoy, que ya no puedo esperar que él se de la satisfacción de mostrar lo que podía hacer con una preparación tan intensa. Estoy tanto más obligado cuanto que mi buen hijo no ha sido nunca comprendido Parecía que sus juicios y sus obras no eran más que el simple reflejo del esfuerzo paterno. Trabajó mucho, estudió con encarnizamiento, tanto en el Uruguay como en Buenos Aires y en París, pero siempre a mi lado, y cuando yo lo invitaba a hacer una demostración personal, se resistía y me decía· "Cuando tu situación esté bien establecida, tendré tiempo de ocuparme de mí mismo".

Entretanto, trabajaba, se interesaba en su carrera de arquitecto, en la pintura, en la decoración, en la música,

sin desdeñar ningún sector de la cultura general, y cuando iba a abrirse, la muerte lo atacó.

Quiero que quede claramente establecido que cooperó a mis investigaciones y a mis tentativas para crear un arte regional, para reconstruir la leyenda del Río de la Plata, y que me secundó eficazmente con un sentido estético, artístico y crítico, sano y muy agudo, al punto de que no puedo afirmar que yo hubiera podido, sin él, hacer la obra que resume las ansiedades y las aspiraciones de una vida larga y accidentada como la mía.

Pedro Figari.

FIN

